CLÁSICOS A MEDIDA

Un mundo feliz

Aldous Huxley

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Un mundo feliz

Aldous Huxley

Adaptación de Vicente y Laura Muñoz Puelles
Ilustraciones de Xavier Bonet

ANAYA

Índice

Introducción
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Apéndice
Créditos

Introducción

Una familia eminente

Aldous Huxley (1894-1963) nació en Godalming, condado de Surrey, Inglaterra, en el seno de una familia eminente, algunos de cuyos miembros destacaron en campos tan variados como la ciencia, la medicina, el arte y la literatura. El propio Aldous poseía un saber enciclopédico, resultado de su enorme curiosidad intelectual, y en él convergían las cualidades de muchos miembros de la familia.

El abuelo de Aldous, Thomas Henry Huxley (1825-1895), fue un célebre biólogo y humanista. Recibió el apodo del Bulldog de Darwin por su enconada defensa de la teoría de la evolución del naturalista británico, que ayudó a explicar y popularizar. Su insistencia en la reforma educativa contribuyó a mejorar la enseñanza de la ciencia. Se le considera inventor del término «agnóstico», que describe a quien, en cuestiones intelectuales, solo se deja guiar por la razón, sin atender a otras consideraciones.

Leonard Huxley (1860-1933), hijo del anterior y padre de Aldous Huxley, fue escritor, profesor y editor. Se casó por primera vez con Julia Arnold (1862-1908), profesora, directora de escuela y sobrina de Matthew Arnold (1822-1888), uno de los críticos y poetas victorianos más relevantes.

Leonard y Julia tuvieron cuatro hijos, de los cuales los más destacados fueron el biólogo Julian Huxley (1887-1975) y el escritor Aldous Huxley, autor de esta novela, Un mundo feliz.

A la muerte de su primera esposa, Leonard volvió a casarse. Su segunda esposa fue Rosalind Bruce, con quien tuvo dos hijos más. El más joven de estos fue Andrew Huxley (1917-2012), fisiólogo y biofísico, que en 1963, el año del fallecimiento de Aldous, recibió el Premio Nobel de Fisiología y Medicina.

Julian Huxley, el hermano mayor de Aldous, fue escritor, biólogo evolutivo —ayudó a diseñar la síntesis evolutiva moderna, que aúna la teoría de la evolución de las especies con la genética—, etólogo, es decir, estudioso del comportamiento animal, secretario de la Sociedad Zoológica de Londres y primer director general de la UNESCO, entre otras cosas.

Vemos, pues, que Aldous Huxley se vio inmerso desde su nacimiento en un entorno cultural extraordinariamente fecundo, tanto en el terreno de la ciencia como en el de la ficción. La variedad de sus intereses puede rastrearse en su numerosa producción literaria, que abarca poemas, ensayos, estudios históricos, infinidad de artículos, traducciones, cuentos —uno de ellos para niños, Los cuervos de Pearlblossom—, novelas, obras de teatro y

guiones de cine.

Una educación polifacética

De niño, Aldous era apodado por sus compañeros de juegos «Oggie», abreviatura de The Ogre o el Ogro, por su precocidad, su dedicación al estudio y su asombrosa erudición. Su hermano Julian escribió sobre esta época: «Desde su niñez advertí, de manera intuitiva, que Aldous poseía cierta superioridad innata y que se movía en un plano diferente del nuestro. Eso resultó evidente cuando Aldous tenía cinco años y yo era un estudiante de doce, y perduró toda su vida».

Durante esos primeros años, las influencias predominantes en su educación fueron el laboratorio botánico bien provisto de su padre, las obras de teatro organizadas por su madre, quien le inculcó el interés por la poesía, y las aficiones naturalistas de su hermano Julian, que le llevaban a recorrer el campo en bicicleta, en busca de plantas e insectos.

Su primo Gervas Huxley, que convivió con él durante los cinco años de escuela preparatoria que pasaron en la Hillside School, cerca de Godalming, escribió: «Aldous poseía la llave de una fortaleza impenetrable que le protegía de las duras pruebas y sufrimientos de la vida escolar… No recuerdo que perdiese nunca el control de sí mismo ni que cediese a emociones violentas, como hacíamos los demás. Era imposible pelearse con él. Cualquier atisbo de malicia o de malhumor desaparecía al toparse con su evidente sinceridad y su absoluta falta de egoísmo». Cuantos le trataron a lo largo de su vida lo encontraron siempre con esa amable disposición.

En 1908, siguiendo los pasos de sus hermanos, entró en el más célebre y selecto de los colegios privados, el de Eton. Ese mismo año fue llamado a despedirse de su madre, enferma de cáncer. Poco antes de morir, ella le escribió una carta donde le decía: «No seas demasiado crítico con los demás, y ama mucho», consejos que nunca olvidaría pero que le costaría seguir, a causa de su mente esencialmente crítica y su tendencia a la depresión y el ensimismamiento.

En 1911 contrajo una grave infección ocular, una queratitis que tardó en ser atendida y que le dejó prácticamente ciego durante varios años. Su hermano Julian escribió al respecto: «Creo que en cierto modo su ceguera fue una bendición para él. Por una parte, acabó con su idea de dedicarse a la medicina como carrera. Por otra, le obligó a entrenar su memoria y favoreció su capacidad de concentración».

Aprendió a leer y a tocar el piano con el sistema Braille para ciegos, y volvió a escribir a máquina. A base de ejercicios oculares, recuperó parcialmente la vista durante un tiempo. Las fluctuaciones de su agudeza visual le acompañaron toda su vida.

En 1913 ingresó en el Balliol College, de Oxford, donde estudió literatura

inglesa. A poco de instalarse, su hermano Trevenen (1891-1914) sufrió una profunda depresión, a causa del decepcionante resultado de unos exámenes y de un amor contrariado. Fue internado en una clínica, de la que escapó, y se ahorcó en un árbol de un campo vecino.

En 1916 Aldous se graduó con honores de primera clase y se ofreció al ejército británico para participar como voluntario en la Primera Guerra Mundial, llamada por entonces la Gran Guerra, que había empezado dos años antes. Fue rechazado por su discapacidad visual. Ese mismo año publicó su primer libro de poemas, La rueda ardiente, al que pronto siguieron otros. A lo largo de su vida alternó la publicación de nuevos poemarios con la de antologías de poemas publicados anteriormente.

Aldous trabó amistad en Oxford con lady Ottoline Morrell, conocida en la alta sociedad londinense por sus excentricidades y su manera de vestir. Estaba casada con el diputado liberal Phillip Morrell, con quien compartía las pasiones del arte y la política. Era dueña de una amplia casa señorial del siglo XVII, Garsington Manor, cerca de Oxford, donde reunía y amparaba a intelectuales, refugiados de guerra y objetores de conciencia, a quienes ofrecía refugio y trabajo temporal en su granja.

Aldous conoció allí a escritores como Bertrand Russell (1872-1970), Virginia Woolf (1882-1941), T. S. Eliot (1888-1965) y D. H. Lawrence (1885-1930), con quien, pese a su diferente extracción social, a sus distintos temperamentos y a sus modos de vivir y de pensar casi opuestos, contrajo una firme amistad. También fue allí donde se enamoró de una joven belga de 18 años, Maria Nys, intuitiva y espontánea, que era refugiada de guerra.

Tras pasar ocho meses trabajando en la granja de Garsington, Aldous enseñó francés durante un año en el Eton College. Entre sus alumnos estaba Eric Blair, que luego adoptaría el seudónimo de George Orwell (1903-1950) y, a semejanza de Aldous, escribiría una novela distópica, 1984 (1949). Tiempo después, sus alumnos recordarían a un profesor que permanecía en pie durante la clase con aire de mártir y era incapaz de mantener la disciplina, pero que les enseñó a emplear las palabras con claridad y precisión.

También trabajó temporalmente en Brunner Mond, una planta química avanzada situada en Billingham, en el noroeste de Inglaterra, experiencia que él mismo consideraría como una fuente importante de inspiración para Un mundo feliz, ya que le proporcionó la visión de un universo ordenado y bien regulado dentro de un mundo incoherente y sin planificar.

El oficio de escribir

Esos trabajos ocasionales no llegaban a satisfacerle y acababan aburriéndole. Carecía de vocación para la enseñanza, la guerra había terminado y Maria Nys había vuelto a Bélgica. Aldous necesitaba encontrar una ocupación que le permitiera casarse y formar su propia familia. El oficio

de escribir le atraía enormemente, pero renunciar a un empleo fijo y lanzarse a la inseguridad de la vida literaria siempre ha sido un paso difícil para un joven sin fortuna propia.

En 1919 Aldous escribió a su padre, un tanto avergonzado, para pedirle un préstamo, con la idea de ganar tiempo para crear una obra de éxito. La petición fue atendida, y años después Leonard Huxley sería recompensado con la satisfacción de ver a su hijo convertido en uno de los autores más leídos en lengua inglesa.

Aldous se casó con Maria Nys en la pequeña ciudad de Bellem, en Bélgica, y se establecieron en el barrio londinense de Hampstead. Mientras escribía su primer libro de cuentos, Limbo, colaboró en la revista literaria The Athenaeum e hizo crítica de teatro para The Westminster Gazette.

En abril de 1920 nació su único hijo, Matthew (1920-2005), futuro epidemiólogo y antropólogo. Sin embargo, la vida en Londres no acababa de gustarles. Tanto a Aldous como a Maria les resultaba demasiado ajetreada y artificiosa. Decidieron, pues, instalarse en Italia, donde muchos escritores ingleses les habían precedido a lo largo de los siglos. Tras una breve estancia en Florencia eligieron Forte dei Marmi, al norte de Pisa.

Pese a su belleza, el país no estaba exento de peligros. En 1922, Benito Mussolini (1883-1945) tomó el poder en Italia e impuso la dictadura fascista. Aldous Huxley pudo ver entonces cómo un Gobierno autoritario, apoyado en unos medios de comunicación desaprensivos, era capaz de ejercer un control absoluto sobre las masas, idea que está en la base de Un mundo feliz.

Primeros éxitos

Limbo tuvo éxito, y otros libros se fueron publicando. En 1921 apareció Crome Yellow (Los escándalos de Crome en su versión española), novela satírica donde caricaturizaba el estilo de vida en Garsington Manor, y en 1922 otro libro de cuentos, Mortal Coils (La envoltura humana en su versión española). Los escándalos de Crome desagradó a algunas personas que le habían servido de modelo, en particular a lady Ottoline Morrell, que se sintió ofendida y traicionada en su confianza. La crítica, sin embargo, recibió favorablemente ambos libros, y en Estados Unidos Scott Fitzgerald (1896-1940) definió a Aldous como el escritor más ocurrente que en aquel momento escribía en inglés.

En 1923 Huxley publicó su segunda novela, Antic Hay, traducida al español como Danza de sátiros, descripción irónica de la ociosa élite cultural londinense en la turbulenta posguerra. El protagonista principal es un joven, inventor de unos pantalones neumáticos destinados a aumentar la comodidad de las personas que permanecen sentadas durante largo tiempo.

Al año siguiente Aldous sacó a la luz otro libro de cuentos, Little Mexican and Other Stories, que en lengua española ha recibido títulos diversos, como

El pequeño mexicano, El joven Arquímedes y Mi tío Spencer, y en 1925 editó una novela, Those Barren Leaves, traducida al español como Esas hojas caídas y también como Arte, amor y todo lo demás.

En Esas hojas caídas, que podría considerarse como una exposición de las diversas formas del amor, Huxley, estimulado por su estancia en Italia, hizo un retrato irónico y penetrante de unos ingleses reunidos en un palacio italiano por una mujer socialmente muy ambiciosa, apasionada por la cultura y las personas cultas, que busca el afecto inagotable de sus invitados, uno de los cuales es el director de una revista dedicada a la cría de conejos.

En Contrapunto (1928), su novela más larga y uno de sus mayores éxitos, Huxley volvió a describir la sociedad londinense de Danza de sátiros, pero con mayor habilidad y amplitud. Es una novela de ideas, donde no hay propiamente un tema central único, sino una serie de líneas argumentales interconectadas y temas recurrentes, como en el contrapunto musical, donde se busca cierto equilibrio armónico. Como en Los escándalos de Crome, muchos personajes están basados en personas reales. El propio Aldous es representado como el novelista Philip Quarles, un hombre retraído y cerebral, en desacuerdo con el mundo y con sus propias emociones. Otro novelista, D. H. Lawrence, a quien Aldous admiraba mucho, está retratado como Mark Rampion, escritor y pintor.

En 1928, Aldous Huxley y D. H. Lawrence volvieron a encontrarse en Florencia e hicieron proyectos para visitar juntos el rancho que el segundo poseía en Taos, Nuevo México. Pero Lawrence se encontraba en un estado avanzado de tuberculosis. El matrimonio Huxley se desveló por su salud, defendió sus intereses editoriales y le asistió hasta su muerte en marzo de 1930 en Vence, Francia.

Luego, Aldous reunió y publicó las cartas de Lawrence. Y en 1937, cuando los Huxley viajaron a Estados Unidos, donde ya permanecerían para siempre, pasaron un tiempo en el rancho de Lawrence, con su viuda y junto a las cenizas del amigo difunto, trasladadas hasta allí desde Francia. Era el mismo paisaje semidesértico de Nuevo México que aparece en la Reserva de Un mundo feliz, donde viven los llamados salvajes y los proscritos de la civilización, y que Aldous había descrito en 1931 antes de verlo.

Un mundo feliz

Hay argumentos que flotan en el aire, por así decirlo, y que los escritores más intuitivos perciben antes. La visión tenebrosa de Brave New World (en español, Un mundo feliz) ya rondaba la mente de Huxley en 1921, como muestra un pasaje de Los escándalos de Crome, donde un personaje, Scogan, predice un mundo futuro en el que la familia desaparecerá, la población nacerá en botellas y el amor será libre. Pero, tras la Revolución rusa de 1917, la toma del poder de Mussolini en 1922, la Gran Depresión de

finales de los años 20 y el ascenso del nazismo en Alemania, la posibilidad de un Estado planificado, controlado por una élite totalitaria, empezó a parecer más cercana.

Huxley decidió ponerse a escribir Un mundo feliz mientras vivía en una villa en Sanary-sur-Mer, costa de Provenza, Francia, donde se había instalado tras sus viajes por Italia. La urgencia de expresar unas preocupaciones sobre el futuro que compartía con mucha gente le hizo trabajar bajo presión, y tardó solo cuatro meses, entre mayo y agosto de 1931, en acabar el libro, que se publicaría al año siguiente.

Aldous Huxley dijo en varias ocasiones que su novela empezó siendo una parodia de las novelas utópicas de H. G. Wells (1866-1946), uno de los padres de la ciencia ficción, como Una utopía moderna (1905) y Hombres como dioses (1923). Esas novelas proporcionaban una visión esperanzadora del futuro. Pero, al burlarse del optimismo de Wells y verse apremiado por los turbios acontecimientos del presente, Huxley se había visto atrapado en el torbellino de sus propias ideas, y había escrito una distopía o utopía negativa desesperanzadora. Wells llegó a darle la réplica en The Shape of Things to Come, en español La forma de lo que vendrá (1933), novela en la que los ciudadanos ilustrados del mundo son capaces de deponer pacíficamente a los dictadores.

Conviene mencionar que, aunque en español hay cierta tendencia a emplear los términos utopía y distopía indistintamente, el origen del primero es muy anterior, y procede de la obra de ficción del mismo nombre, Utopía (1516), de Tomás Moro (1478-1535), que cuenta cómo debería ser la vida en un Estado insular ideal. En cambio, el concepto de distopía como género literario diferenciado surgió en la década de los sesenta en Estados Unidos, cuando los estudiosos acuñaron el término para referirse a las antiutopías o utopías negativas. Como señala la Real Academia Española, una distopía es la «representación ficticia de una sociedad futura de características negativas causantes de la alienación humana». Por el contrario, una utopía es la «representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano». Según estas definiciones, y dadas las características negativas de la sociedad que plantea, Un mundo feliz, la quinta novela de Aldous Huxley, es propiamente una distopía.

Esta edición

La obra que aquí presentamos es una adaptación del texto publicado por Aldous Huxley en 1932. Aunque no se trata, obviamente, de una versión íntegra, se ha mantenido la estructura original de 18 capítulos. Se ha recogido lo esencial de la historia y se ha procurado conservar la intención y el estilo que Huxley utilizó a la hora de escribir Un mundo feliz, la novela que es, para muchos, el mejor libro de ciencia ficción jamás escrito.

Un mundo feliz

Capítulo I

Un edificio gris, macizo, de treinta y cuatro pisos. Sobre la entrada principal, las palabras *CENTRO DE INCUBACIÓN Y CONDICIONAMIENTO DE LA CENTRAL DE LONDRES* y, en una placa, el lema del Estado Mundial: *Comunidad, Identidad, Estabilidad.*

La enorme sala de la planta baja estaba orientada al norte. Una luz pálida y fantasmal entraba por los ventanales y arrancaba destellos del cristal, el níquel y la porcelana de los instrumentos de laboratorio. Enfundados en sus batas blancas, los trabajadores llevaban las manos cubiertas con guantes de goma de un tono cadavérico y se inclinaban sobre los oculares de los microscopios, alineados a lo largo de las mesas. La temperatura era tropical.

—Y esta —dijo el director, abriendo la puerta— es la Unidad de Fecundación.

Trescientos fecundadores trabajaban en silencio cuando el director de Incubación y Condicionamiento (DIC) entró en la sala, seguido de cerca por un grupo de estudiantes muy jóvenes.

Cada uno de ellos llevaba un pequeño cuaderno donde garabateaba apresuradamente lo que el gran hombre decía. Y es que el DIC de la Central de Londres siempre prefería acompañar en persona a los nuevos alumnos en su visita por los diferentes departamentos.

—Solo para darles una idea general —explicaba.

Y es que, naturalmente, algún tipo de idea general debían tener para cumplir adecuadamente con sus funciones, si pretendían ser miembros felices y útiles para la sociedad.

—Mañana —añadió, con una sonrisa— ustedes se dedicarán a un trabajo serio y no tendrán tiempo para vaguedades. Mientras…

Mientras, escuchaban al gran hombre y anotaban sus palabras.

Alto y delgado, muy erguido, el DIC avanzó hacia el centro de la sala. Tenía la barbilla prominente y los dientes bastante grandes, apenas cubiertos por unos labios carnosos. ¿Viejo? ¿Joven?

¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y cinco? Era difícil saberlo. De todos modos, en aquel momento del año 632 después de Henry Ford[1], esa cuestión no interesaba a nadie.

—Empezaré por el principio —dijo el director.

Y los estudiantes más aplicados anotaron la intención del director en sus cuadernos: «Empezaremos por el principio».

—Estas son las incubadoras —dijo el DIC, señalando unos armarios acristalados, que contenían filas de tubos de ensayo con etiquetas—. Aquí tenemos la provisión semanal de óvulos conservados a treinta y siete grados. Los espermatozoides —señaló otro armario— han de conservarse a una temperatura inferior, que es de treinta y cinco grados.

Apoyado aún en las incubadoras, mientras los lápices de los estudiantes seguían deslizándose por las páginas, el director les ofreció una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Primero expuso la fase quirúrgica:

—La extirpación del ovario se produce siempre voluntariamente, en beneficio de la sociedad —explicó—. Lleva consigo una bonificación equivalente al salario de seis meses.

A continuación resumió la técnica para mantener el ovario extirpado vivo y en continuo desarrollo. Los óvulos desprendidos y maduros se conservaban en una solución especial.

Llevó a sus alumnos a las mesas de trabajo y les mostró cómo se extraía esa solución de los tubos de ensayo; cómo se vertía, gota a gota, sobre los portaobjetos previamente caldeados de los microscopios; cómo se inspeccionaba cada óvulo en busca de posibles anomalías y, si era apto, se trasladaba a un recipiente poroso; cómo ese recipiente era sumergido en una suerte de sopa tibia donde los espermatozoides nadaban libres, en una concentración mínima de cien mil unidades por centímetro cúbico; cómo, pasados diez minutos, el recipiente se retiraba de la sopa y se examinaba de nuevo su contenido; cómo, si algún óvulo quedaba sin fertilizar, volvía a sumergirse una y otra vez, hasta que lo conseguía.

Los óvulos fecundados regresaban a las incubadoras, donde los Alfas y los Betas, destinados a convertirse en seres humanos de alto nivel, permanecían hasta ser embotellados definitivamente, mientras que los futuros Gammas, Deltas y Epsilones, destinados a

convertirse en seres humanos de menor nivel, se extraían después de solo treinta y seis horas, para ser sometidos al método Bokanovsky.

—¡El método Bokanovsky! —repitió el director, apuntando al techo con el dedo índice.

Y los estudiantes subrayaron el nombre en sus cuadernos.

Un óvulo, un embrión, un adulto. Eso era el proceso normal. Pero un óvulo bokanovskificado, esto es, sometido a sucesivos tratamientos extremos, como radiaciones, cambios bruscos de temperatura e inmersiones en alcohol, se dividía varias veces hasta dar lugar, en el mejor de los casos, a noventa y seis seres humanos idénticos, en vez de uno solo. Eso era el progreso.

Un estudiante se atrevió a preguntar qué ventaja tenía ese método de producción artificial de los seres humanos, en comparación con la reproducción natural.

—¡Hijo mío! —exclamó el DIC, volviéndose hacia él—. ¿No lo ve usted? ¿No puede verlo? —Levantó una mano con expresión solemne—. ¡El método Bokanovsky es uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social! Piénselo detenidamente: hombres y mujeres en serie, idénticos, en lotes uniformes. El personal entero de una pequeña fábrica puede ser producto de un solo óvulo bokanovskificado, lo que hace que todos sus miembros reaccionen al mismo tiempo y se comporten de modo idéntico. Si pudiéramos bokanovskificar indefinidamente, no habría problemas. Pero ¡ay! —suspiró, moviendo la cabeza—, no podemos hacerlo. Un solo óvulo es incapaz de proporcionarnos más de noventa y seis individuos.

Llamó a un joven rubio de ojos azules y aspecto saludable, que pasaba junto a ellos en aquel momento:

—¡Señor Foster!

El joven se aproximó.

—Venga con nosotros —le mandó el DIC— e ilumine a estos muchachos con sus conocimientos.

—Con mucho gusto —añadió el señor Foster, sonriente, y los condujo a la Sala de Envasado.

Era una estancia calurosa y húmeda, donde los óvulos fertilizados se colocaban en una solución salina[2] y pasaban de los tubos de ensayo a unos frascos mayores. Luego, mediante una cinta

transportadora interminable, esos frascos llegaban a los etiquetadores, que hacían constar los antecedentes, la fecha de la fecundación y el grupo Bokanovsky al que cada óvulo pertenecía. Desde allí eran transferidos a los oscuros sótanos.

El señor Foster los guio hasta una escalera descendente, por la que bajaron.

Dos puertas y un pasadizo con un doble ángulo protegían los sótanos de cualquier posible filtración de la luz.

—Los embriones son como una película fotográfica —bromeó el señor Foster, mientras empujaba la segunda puerta—. Solo soportan la luz roja.

Y, en efecto, la oscuridad tropical en la que se encontraban fue dando paso a un entorno visible y carmesí. Los frascos, alineados en filas inacabables, brillaban como rubíes, y entre ellos se movían los pálidos y rojos espectros de mujeres y hombres. El chirrido de la maquinaria sacudía el ambiente.

—Deles unas cuantas cifras, señor Foster —dijo el director, cansado de hablar.

El señor Foster se sintió muy feliz de poder darlas.

—El sótano tiene doscientos veinte metros de longitud, doscientos de anchura y diez de altura —explicó, señalando al techo.

Los estudiantes vislumbraron varios niveles de estantes. Cada estante era en realidad un transportador que viajaba a una velocidad reducida, ocho metros al día. En la mañana del día 267, cada frasco llegaba a la Sala de Decantación.

—Pero en el intervalo —concluyó el señor Foster— nos las hemos ingeniado para hacer muchas cosas más. ¡Muchísimas cosas! —se jactó, con una sonrisa triunfal.

—Ese es el espíritu que me gusta —comentó el DIC—. Demos una vuelta. Cuénteles todo, señor Foster.

El señor Foster se lo contó debidamente.

Les habló del desarrollo de cada embrión en su recipiente y les enseñó las mangueras con las que determinadas sustancias se inyectaban automáticamente, a medida que recorrían la cinta. Describió la circulación materna artificial instalada en cada frasco, en el metro 112 de la cinta, y les mostró el depósito de sangre artificial y la bomba centrífuga[3] que mantenía el líquido amniótico

en movimiento dentro de la falsa placenta.

También les habló del mecanismo mediante el cual todos los embriones eran sacudidos simultáneamente para familiarizarlos con el movimiento. Dejó entrever la gravedad del llamado «trauma de la decantación» y enumeró las precauciones tomadas para reducirlo a un mínimo, mediante el correcto entrenamiento del embrión envasado. Y les habló de las comprobaciones de sexo y de las esterilizaciones que se llevaban a cabo para controlar la población.

—También predestinamos y condicionamos —explicó el señor Foster—. Decantamos[4] nuestros bebés como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones, como futuros poceros[5] o futuros… —iba a decir «futuros controladores mundiales», pero rectificó a tiempo y dijo— futuros directores de incubación.

El DIC agradeció el cumplido con una sonrisa.

Se encontraban al nivel del metro 320 del estante número 11. Un joven mecánico Beta Menos manipulaba con un destornillador y una llave inglesa la bomba de sangre artificial de un frasco que transitaba. El chirrido del motor eléctrico se iba haciendo más grave a medida que apretaba las tuercas. Examinó el contador de revoluciones, retrocedió dos pasos y empezó el mismo proceso con la bomba siguiente.

—Este hombre se encarga de reducir el número de revoluciones por minuto —aclaró el señor Foster—. La sangre artificial circula más despacio, por lo que pasa por el pulmón a intervalos mayores de tiempo y suministra menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para mantener un embrión por debajo de los niveles normales —matizó—. Cuanto más baja es la casta[6], menos oxígeno se le suministra. El primer órgano afectado es el cerebro. Después, el esqueleto.

Se detuvieron ante un estante de embriones destinados a trabajar en países tropicales o sometidos a las altas temperaturas de las fábricas metalúrgicas. El señor Foster les explicó que los embriones eran expuestos a temperaturas cálidas en una cámara y luego, en otra, a un frío insoportable, de forma que al dejar sus frascos y convertirse en bebés amaran el calor y temiesen el frío. Más tarde, sus mentes serían entrenadas para reaccionar adecuadamente a los cambios de temperatura.

—Nosotros los condicionamos para resistir el calor —concluyó el

señor Foster—. Y nuestros colegas de arriba les enseñarán a amarlo.

—Y ese —añadió el DIC sentenciosamente—, ese es el secreto de la virtud y la felicidad: amar lo que uno tiene que hacer. Todo condicionamiento aspira a esta meta: conseguir que la gente se adapte con agrado a su ineludible destino social.

En un espacio entre dos túneles, una enfermera se encontraba sondeando delicadamente, con una larga y fina jeringa, el contenido gelatinoso de un frasco. Los estudiantes y sus guías se quedaron mirándola, en silencio.

—Muy bien, Lenina[7] —exclamó el señor Foster cuando ella retiró la jeringa y se incorporó.

Pese a la luz tenue de las lámparas rojas, podía apreciarse que era extraordinariamente hermosa.

—Encantadora, encantadora —comentó el DIC, y le dio a la joven dos o tres palmaditas en el trasero, a cambio de las cuales recibió una sonrisa de deferencia.

—¿Qué les está usted administrando? —preguntó el señor Foster en un tono muy profesional.

—¡Ah, lo de siempre para el tifus y la enfermedad del sueño! —contestó Lenina.

—A los trabajadores que van al trópico se les aplica un tratamiento para inmunizarlos ante las enfermedades tropicales —explicó el señor Foster a los estudiantes. Luego, volviéndose hacia la joven, dijo—: A las cinco menos diez en la azotea, como de costumbre. Ahora —continuó, dirigiéndose de nuevo a los estudiantes— me gustaría mostrarles un condicionamiento muy interesante para los intelectuales Alfa Plus.

Pero el DIC acababa de consultar su reloj.

—Me temo que hoy no tenemos tiempo para eso, Foster —dijo—. Son las tres menos diez. Hemos de subir a las guarderías antes de que los niños terminen su siesta.

---

[1] Empresario estadounidense (1863-1947), creador de las cadenas de producción modernas, utilizadas para la producción en masa. Huxley emplea su nombre para fechar los años de una supuesta era fordiana, de la que han transcurrido 632 años.

[2] Solución salina: mezcla acuosa de sales, particularmente cloruro de sodio.

[3] Bomba centrífuga: máquina o artefacto para impulsar agua u otro líquido en una dirección determinada.

[4] Decantar: separar un líquido del poso que contiene, vertiéndolo con suavidad en otro recipiente. En este caso es un proceso equivalente al nacimiento, pero sin la presencia de la madre.

[5] Pocero: persona encargada de limpiar los pozos o depósitos de inmundicias.

[6] Casta: clase o grupo social. En este caso, la casta más alta sería la de los Alfas y la más baja la de los Epsilones.

[7] Nombre derivado de Lenin, seudónimo de Vladímir Ilich Uliánov (1870-1924), principal dirigente de la Revolución rusa de Octubre de 1917.

Capítulo II

El DIC y sus alumnos entraron en el ascensor más próximo, que los dejó en el quinto piso.
En el rótulo de la entrada podía leerse: *Guarderías infantiles. Salas de Condicionamiento Neopavloviano*[8].

Pasaron a una gran estancia vacía, alegre y soleada. La pared orientada hacia el sur era un inmenso ventanal. Cinco o seis enfermeras, con gorros blancos, chaquetas y pantalones de uniforme, colocaban en el suelo una larga hilera de jarrones con rosas.

Al ver al DIC, todas se pusieron firmes.

—Coloquen los libros —dijo él con aspereza.

Las enfermeras obedecieron en silencio y dispusieron los libros infantiles, de cubiertas vivamente coloreadas, entre los jarrones con rosas.

—Traigan a los niños.

Las enfermeras abandonaron la sala para volver enseguida, empujando una especie de carritos de té muy altos, cada uno con cuatro compartimentos protegidos por una tela metálica y unos niños de ocho meses en cada compartimento, todos exactamente iguales. Era evidente que se trataba de un grupo Bokanovsky. Vestían de color caqui, como correspondía al nivel Delta.

—Déjenlos en el suelo. Y ahora sitúenlos de modo que puedan ver las flores y los libros.

Los niños callaron y empezaron a arrastrarse hacia aquellos objetos de brillantes colores y formas alegres. Al acercarse emitieron gorjeos y ronroneos de placer.

El director se frotó las manos.

—¡Excelente! —exclamó.

Los gateadores más rápidos ya habían llegado a su meta. Las pequeñas manos se tendían, inseguras, deshojaban las rosas y arrugaban las páginas ilustradas de los libros. El DIC esperó hasta

verlos felizmente atareados e hizo una señal.

La enfermera jefe, de pie junto a un cuadro de mandos, accionó una palanca.

Se produjo una violenta explosión. Sonó una sirena y las alarmas aullaron enloquecidas.

Los niños empezaron a gritar, con las caras desfiguradas por el pánico.

—Ahora —vociferó el DIC— reforzaremos la lección con una suave descarga eléctrica.

Hizo una nueva señal con la mano, y la enfermera principal bajó otra palanca. Los chillidos infantiles se hicieron más angustiosos. Los pequeños cuerpos se retorcían y contraían, y sus miembros se agitaban entre convulsiones.

—Podríamos aumentar la intensidad de la descarga —gritó el DIC—, pero con eso bastará.

Repitió la señal. Las explosiones cesaron, y la sirena y las alarmas dejaron de sonar. Los cuerpecillos se relajaron y los sollozos se calmaron un poco.

—Vuelvan a dejarles las flores y los libros.

Las enfermeras obedecieron. Pero, al acercarles de nuevo las flores y los libros, los niños retrocedieron aterrados y volvieron a chillar con fuerza.

—Observen —dijo el director—. Libros y explosiones, flores y descargas eléctricas, todas esas combinaciones han empezado a asociarse en la mente de estos niños. Al cabo de doscientas repeticiones, la asociación se hará permanente.

»Crecerán con lo que los psicólogos suelen llamar una “aversión instintiva” a los libros y a las flores. Reflejos inalterablemente condicionados. Estarán a salvo de los libros y de la botánica para toda su vida. Vuelvan a llevárselos —les pidió a las niñeras.

Los bebés vestidos de caqui ocuparon sus compartimentos en los carritos y fueron empujados fuera de la sala.

Un estudiante levantó la mano. Entendía que a los miembros de las castas inferiores se les impidiese derrochar el tiempo con libros, ya que estos podían descondicionar alguno de sus reflejos, pero no entendía lo de las flores. ¿Por qué molestarse en eliminar psicológicamente esa afición por las flores entre los Deltas?

El DIC lo explicó con detalle. Se hacía así por razones de alta

política económica. Un siglo antes, los Gammas, los Deltas y hasta los Epsilones habían sido condicionados para apreciar las flores en particular y la naturaleza salvaje en general. Se esperaba que esa afición les hiciese visitar el campo con frecuencia, y que eso aumentara el uso del transporte.

—¿Y no aumentó? —preguntó el estudiante.

—Sí, y mucho —contestó el DIC—. Pero las flores y los paisajes son gratuitos, y no aportan ningún beneficio económico. Por eso se decidió abolir su disfrute, al menos entre las castas más bajas. En vez de favorecer esa inclinación, condicionamos a las masas para odiar el campo. Pero simultáneamente las condicionamos para amar y practicar los deportes campestres. Y, al mismo tiempo, procuramos que todos los deportes al aire libre exijan el empleo de aparatos sofisticados. Así consumen artículos manufacturados además de utilizar el transporte. Y eso explica las descargas eléctricas relacionadas con las flores.

—Comprendo —dijo el estudiante.

—Hace mucho tiempo —prosiguió el director—, cuando Nuestro Ford todavía estaba en la tierra, hubo un niño llamado Reuben Rabinovitch. Reuben era hijo de padres de habla polaca. Saben lo que es el polaco, ¿verdad?

—Una lengua muerta, como el francés y el alemán —contestó un estudiante.

—¿Y «padres»? —preguntó el DIC.

Se hizo un incómodo silencio, y algunos muchachos se sonrojaron. Por fin, uno de ellos levantó la mano.

—Los seres humanos eran…, bueno, eran vivíparos.

—Muy bien —dijo el director, afirmando con la cabeza.

—Y cuando los bebés eran decantados… —siguió el estudiante.

—«Nacían» —corrigió el director.

—Bueno, pues entonces eran los padres, es decir, no los bebés, claro, sino sus descendientes…

El pobre muchacho calló, hecho un lío.

—En definitiva —resumió el director—, los padres eran el padre y la madre. Sé que estos hechos son desagradables, pero la mayoría de los hechos históricos son desagradables.

Volvió al pequeño Reuben, en cuya habitación una noche, por descuido, su padre y su madre se dejaron la radio encendida.

—Porque no deben ustedes olvidar que, en aquellos tiempos de grosera reproducción vivípara, los niños eran criados siempre por sus padres y no en los Centros de Condicionamiento del Estado.

»Mientras el niño dormía, la radio empezó a emitir un programa desde Londres, y a la mañana siguiente, para asombro de ambos padres —algunos muchachos se aventuraron a intercambiar risitas—, el pequeño Reuben se despertó repitiendo palabra por palabra una larga conferencia impartida por aquel curioso escritor antiguo, uno de los pocos cuya obra se ha permitido que llegue hasta nosotros, George Bernard Shaw[9]. Para los padres del pequeño Reuben la conferencia era completamente incomprensible. Creyendo que su hijo había enfermado, llamaron al médico. Este, por fortuna, entendía el inglés, y reconoció la charla de Shaw. Advirtió la importancia del caso y lo describió en una carta, que envió a las publicaciones médicas.

»Se había descubierto el principio de la hipnopedia, esto es, la enseñanza durante el sueño. El caso del pequeño Reuben ocurrió solo veintitrés años después de que Nuestro Ford lanzara al mercado su primer modelo T[10]. —Al decir estas palabras, el director hizo la señal de la T en su vientre y todos los estudiantes le imitaron reverentemente.

Los estudiantes le seguían, garabateando con desesperación mientras caminaban e incluso dentro del ascensor.

«Silencio, silencio», susurró un altavoz cuando llegaron a la planta decimocuarta, y «silencio, silencio», repetían infatigablemente los altavoces instalados en los pasillos. Los estudiantes y hasta el mismo director empezaron a andar de puntillas. Eran Alfas, por supuesto, pero incluso los Alfas habían sido condicionados. «Silencio, silencio». La decimocuarta planta vibraba al son de aquella orden.

Tras recorrer unos metros, llegaron ante una puerta que el DIC abrió con precaución. Atravesaron el umbral y se adentraron en la penumbra de un dormitorio cerrado. Ochenta camas se alineaban a lo largo de la pared. Se oía una respiración muy lenta, y un murmullo continuo, como de voces muy débiles que susurraban a lo lejos.

—¿Qué lección han tenido esta tarde? —preguntó el director.

—Hemos dado Sexo Elemental durante cuarenta minutos —

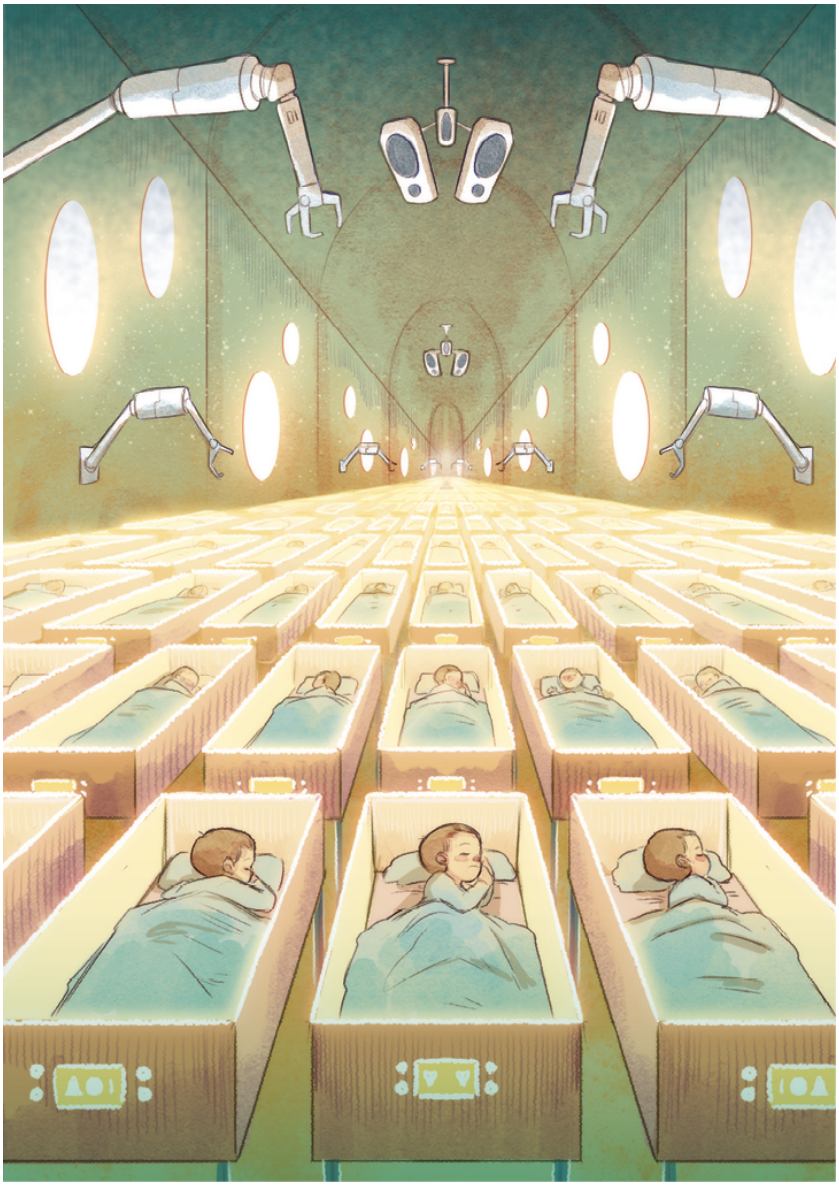
contestó la enfermera—. Pero ahora hemos pasado a Conciencia de Clase Elemental.

El director recorrió la larga fila de cunas. Sonrosados y relajados por el sueño, ochenta niñas y niños pequeños yacían respirando suavemente y aprendiendo sus lecciones sin darse cuenta. El DIC se detuvo e, inclinándose sobre una de las camas, escuchó con atención.

—¿«Conciencia de Clase Elemental» han dicho ustedes? Oigámoslo un poco más alto.

Al final de la sala, un altavoz sobresalía de la pared. El director fue hasta él y pulsó un interruptor.

«… todos visten de color verde —decía una voz suave aunque muy nítida, que empezaba en medio de una frase—, y los niños Deltas, de caqui. ¡Oh, no! No quiero jugar con los niños Deltas. Y los Epsilones son aún peores. Son demasiado tontos para leer y escribir. Además, van de negro, que es un color asqueroso. ¡Soy tan feliz de ser un Beta!».



Tras una pausa, la voz continuó: «Los niños Alfas van de gris. Trabajan mucho más duro que nosotros porque son tremendamente inteligentes. De veras, estoy terriblemente contento de ser un Beta, porque no tengo que trabajar tanto. Y, además, nosotros somos mucho mejores que los Gammas y los Deltas. Los Gammas son

tontos. Todos visten de verde, y los niños Deltas, de caqui. ¡Oh, no! No quiero jugar con los niños Deltas. Y los Epsilones son aún peores».

El DIC volvió a pulsar el interruptor. La voz cesó, pero de las ochenta almohadas continuaba brotando un débil susurro.

—Esta lección —explicó el director— se les repetirá ciento veinte veces, tres veces por semana, durante treinta meses. Luego escucharán lecciones más avanzadas. La hipnopedia es la mayor fuerza moral y socializadora de todos los tiempos.

Los estudiantes lo anotaron así en sus cuadernos.

—Al final del proceso —continuó el DIC— se consigue que la mente del niño memorice todas esas ideas y las acepte. No me refiero solo a la mente del niño, sino también a la del adulto, y durante toda su vida. ¡Esas ideas son las nuestras! —gritó el director, lleno de entusiasmo—. ¡Las ideas del Estado! —Dio un manotazo sobre una mesa—. De ahí se deduce que…

Un ruido le hizo volverse.

—¡Ay, Ford! —exclamó con fastidio—. ¡He despertado a los niños!

---

[8] Relativo a Iván Pávlov (1849-1936), fisiólogo ruso conocido sobre todo por formular la ley del reflejo condicional, que le hizo ganar el Premio Nobel en 1904.

[9] Dramaturgo irlandés (1856-1950) que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1925.

[10] Modelo de automóvil económico, fabricado por la Ford Motor Company de Henry Ford desde 1908 a 1927.

Capítulo III

En el jardín era la hora del recreo. Bajo el cálido sol de junio, seiscientos o setecientos niños y niñas correteaban desnudos por el césped. Chillaban y jugaban a la pelota o se juntaban en silencio entre los arbustos, en parejas o en pequeños grupos.

—Es curioso pensar —comentó el DIC— que incluso en los tiempos de Nuestro Ford casi todos los juegos eran muy simples. Para practicarlos bastaban una o dos pelotas, varios palos y a veces una red. Claro, con un equipamiento tan escaso el consumo apenas crecía. Hoy en día, los controladores solo autorizan juegos sofisticados, que requieren accesorios caros y ayudan a la economía. Y todos deben jugar. El juego y el deporte favorecen la cohesión social.

De pronto se oyó un grito, y de unos matorrales cercanos salió una enfermera, llevando de la mano a un niño que lloraba sin parar. Una niña, que parecía preocupada, iba tras ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el director.

La niñera se encogió de hombros.

—Nada grave —contestó—. Por alguna razón, a este niño no le atraen los juegos sexuales. Ya lo había notado una o dos veces. Y ahora ha vuelto a las andadas.

—No pretendía hacerle daño. De verdad —interrumpió la niña.

—Desde luego que no, cielo —la tranquilizó la niñera—. Por eso —prosiguió, dirigiéndose de nuevo al director— voy a llevarlo al superintendente de Psicología, solo por ver si hay alguna anomalía.

—¡Perfecto, lléveselo! —asintió el DIC—. Y tú, pequeña, tranquilízate. ¿Cómo te llamas?

—Polly Trotski[11].

—Bonito nombre —dijo el director—. Venga, corre por ahí a ver si encuentras a otro niño para jugar.

La niña corrió hacia los matorrales y se perdió de vista.

—¡Deliciosa criatura! —exclamó el director y continuó,

dirigiéndose a los alumnos—: Lo que ahora voy a contarles puede parecerles increíble.

Les reveló la sorprendente verdad.

—Durante un largo período de tiempo, antes de la época de Nuestro Ford e incluso algún tiempo después, los juegos sexuales entre niños habían sido considerados como algo anormal e incluso inmoral. En consecuencia, habían sido prohibidos rigurosamente.

Los estudiantes profirieron voces y expresiones de incredulidad y sus rostros se ensombrecieron. ¿Cómo se podía privar de diversión a aquellas pobres criaturas? Les costaba concebirlo.

—¡Hasta a los adolescentes como ustedes! —añadió el DIC.

—¡No es posible!

—A los adolescentes no se les toleraba nada.

—¿Nada?

—Nada de nada. Incluso se les prohibía explorar sus cuerpos, en la mayoría de los casos, hasta que llegaban a los veinte años.

—¿Veinte años? —repitieron a coro los alumnos, estupefactos.

—¡Veinte años! —repitió el director—. Ya les dije que les parecería increíble.

—Pero ¿qué pasó? —preguntaron—. ¿Cuáles fueron las consecuencias?

—¡Las consecuencias fueron espantosas! —intervino una voz profunda y resonante.

La voz pertenecía a un hombre de mediana estatura y cabello negro, nariz aguileña, labios rojos y gruesos y penetrantes ojos negros, que se había acercado al grupo estudiantil sin que se diesen cuenta.

—¡Espantosas! —repitió, tajante.

El DIC, que ocupaba uno de los bancos de acero y caucho dispuestos en los jardines, se puso en pie de un salto y, con una amplia sonrisa y las manos extendidas, fue al encuentro del recién llegado.

—¡Controlador! ¡Qué inesperado placer! ¡Chicos, ante ustedes tienen al controlador de Europa Occidental, uno de los diez controladores mundiales! Les presento a Su Fordería Mustapha Mond en persona.

A los estudiantes, pasmados, casi se les salían los ojos de las órbitas. ¡Mustapha Mond! ¡Era como si el mismísimo Henry Ford

estuviese con ellos!

El controlador se sentó en el banco con el DIC, y se dispuso a hablarles.

—Todos recordarán, supongo —dijo con su voz fuerte y profunda—, aquella hermosa e inspirada sentencia de nuestro Ford: «La historia es inútil». Por eso a ustedes no se les enseña historia. Pero ahora tendrán que hacer un esfuerzo. Traten de comprender lo que debió de ser tener una madre vivípara. Intenten imaginar lo que significaba «vivir con la misma familia».

Lo intentaron, pero, evidentemente, sin ningún éxito.

—¿Y saben ustedes lo que era un «hogar»?

Todos negaron con la cabeza.

—La gente —explicó Mustapha Mond— vivía en una sola casa, en unas pocas habitaciones sin aire, sin espacio, como conejos. ¡Cuántas relaciones peligrosas e insanas no tendrían lugar entre los miembros del grupo familiar! La madre llegaba a perder la razón a causa de los hijos, que absorbían todo su tiempo. Se desvelaba por ellos como una gata por sus gatitos.

»Nuestro Ford o Nuestro Freud[12], como se llamaba a sí mismo en ocasiones, cuando hablaba de cuestiones psicológicas, fue el primero en señalar los grandes peligros de la vida familiar. El mundo estaba lleno de padres y de madres, y por tanto lleno de

hijos, hijas, hermanos, hermanas, tíos, tías… Lleno de miseria, de agobio, de enfermedades y de locura. Hoy sabemos hasta qué punto es nocivo pertenecer a una sola persona, tener un marido o una esposa, por ejemplo.

Los estudiantes temblaron ante esa perspectiva.

—Un niño —siguió el controlador— nunca debería pertenecer a una madre o a un padre. Es malo para la sociedad. ¡Todos pertenecemos a todos! Hace tiempo que ustedes aprendieron eso durante el sueño.

—¡Todos pertenecemos a todos! —corearon los estudiantes.

—Cuando todos pertenecen a todos, solo se producen emociones superficiales y tranquilas. Como esas emociones no son peligrosas, la sociedad se mantiene estable. Y la civilización depende de la estabilidad social. Las emociones excesivas son las que causan los problemas. No podemos permitírnoslas. La gente ha trabajado demasiado para conseguir unas vidas emocionalmente tranquilas.

»Me pregunto —continuó Mustapha Mond— si ustedes son conscientes de hasta qué punto son afortunados. ¡Piensen en sus vidas! ¿Acaso tienen algún problema que no puedan resolver? ¿Alguno de ustedes se ha visto obligado a esperar mucho tiempo para conseguir algo?

—Bueno, una vez yo tuve que esperar cuatro semanas antes de que una chica me dejara estar con ella —contestó un estudiante.

—¿Y eso le provocó alguna emoción profunda? —inquirió el controlador.

—Sí, me encontré muy mal —respondió el estudiante.

—Exactamente —dijo Mustapha Mond—. Nuestros antepasados eran tan tontos que al principio, cuando los científicos les ofrecieron liberarles de esas emociones, se alarmaron. No les entendieron. Sus gobiernos ni siquiera estaban dispuestos a considerar la producción de seres humanos en masa. Las mujeres eran obligadas a estar embarazadas continuamente, a dar a luz una y otra vez y a ser madres.

Al oír de nuevo la palabra «madres», algunos estudiantes se ruborizaron.

—En Inglaterra la hipnopedia llegó a estar prohibida —informó Mustapha Mond, escandalizado—. La gente creía en la libertad, en la individualidad y en la libertad. También creían en algo llamado

«democracia» y se oponían al sistema de clases, en el que cada uno sabe a qué casta pertenece y dispone de un lugar y un trabajo en la sociedad. Entonces existía algo llamado «Dios». Se aceptaban religiones como el cristianismo, que tenía una cruz como emblema. Como saben, el remate de la cruz se acabó cortando y pasó a ser una T, como la del modelo T de Nuestro Ford.

»Ya les he dicho que las consecuencias de todo aquello fueron espantosas —prosiguió el controlador—. La Guerra de los Nueve Años tuvo lugar en el año 141 después de Ford. Ciudades enteras fueron destruidas. Los cultivos se estropearon y las epidemias estuvieron a punto de acabar con el ganado. El agua se contaminó y se convirtió en un bien muy escaso. Para colmo se produjo el Colapso Económico total, y la gente tuvo que escoger entre un sistema de Control Mundial o la destrucción masiva.

—Estoy seguro de que nadie elegiría la muerte voluntariamente —sugirió un estudiante.

—De hecho, hubo gente que se resistió —comentó Mustapha Mond—. Cuando el Gobierno Mundial se impuso y ordenó que cada mujer, hombre o niño consumiera cierta cantidad cada año para sostener la industria, gente de todas partes protestó. El Gobierno Mundial tuvo que actuar con dureza para forzar el consumo. Se cometieron actos terribles pero inevitables, como la famosa matanza del Museo Británico, en la que dos mil fanáticos de la cultura fueron exterminados con gas mostaza. Al final, los controladores comprendieron que la fuerza no servía de nada. Los métodos de producir seres humanos en masa, más lentos pero más seguros, el condicionamiento neopavloniano y la hipnopedia se mostraron mucho más efectivos. Se hizo una campaña contra el pasado, se cerraron los museos y se derribaron los monumentos históricos que no habían sido derruidos durante la guerra. Todos los libros publicados antes del año 150 después de Ford fueron prohibidos.

»Y entonces —explicó con singular dramatismo— los científicos inventaron el soma, la droga perfecta, que producía alucinaciones agradables sin efectos secundarios. Desde entonces, uno puede alejarse de la realidad cuando quiera, sin tener ni siquiera un dolor de cabeza.

Los estudiantes, que conocían bien los efectos del soma,

asintieron enérgicamente.

—En los viejos tiempos —continuó Mustapha Mond—, la gente cambiaba de aspecto a medida que crecía. Ahora todos permanecemos iguales entre los diecisiete años y los sesenta, con las mismas fuerzas y los mismos gustos. En los horribles viejos tiempos, los ancianos solían renunciar a la vida activa, retirarse, entregarse a la religión. Pasaban el tiempo leyendo o pensando… ¡Pensando! Hoy en día, los ancianos trabajan y disfrutan. No tienen tiempo salvo para el placer, para ir de sensación en sensación, persiguiendo a las muchachas o jugando al golf electromagnético. Y si, por un golpe de mala suerte, esas diversiones fueran insuficientes, siempre tendrán el soma, el delicioso y benéfico soma.

De pronto, en las cuatro mil salas del Centro, cuatro mil relojes eléctricos dieron simultáneamente las cuatro.

Mond se interrumpió.

Unas voces robóticas anunciaron:

—¡Relevo del primer turno del día! ¡El segundo turno toma el control! ¡Relevo del primer turno del día!

---

[11] Nombre derivado de Trotski, seudónimo de Lev Davidovich Bronstein (1879-1940), conocido en español como León Trotski, líder de un movimiento internacional revolucionario identificado con el nombre de trotskismo.

[12] Sigmund Freud (1856-1939), médico neurólogo austríaco, fundador del psicoanálisis. Aldous Huxley bromea con la posible confusión entre Freud y Ford.

Capítulo IV

Cientos de trabajadores dejaron sus microscopios, sus mesas y sus laboratorios y se dirigieron a los ascensores que los llevarían a las duchas y a los vestuarios.

Lenina Crowne había acabado su trabajo en el departamento de embriones y estaba en el vestuario. Cascadas de agua caliente inundaban un centenar de bañeras o se desbordaban borboteando. Ochenta máquinas de vibromasaje amasaban y succionaban simultáneamente la carne firme y tostada de ochenta cuerpos femeninos perfectos. Todas hablaban a voces. Un aparato de música sintética amenizaba el ambiente.

—¡Hola, Fanny! —le dijo Lenina a la joven que utilizaba la máquina de vibromasaje contigua, y que era su mejor amiga.

Fanny trabajaba en la Sala de Envasado y también se apellidaba Crowne. Pero, como los dos mil millones de habitantes del planeta solo tenían diez mil apellidos para todos, la coincidencia no era extraña.

Fanny la miró con curiosidad.

—¿Vas a salir esta noche? —le preguntó.

Lenina arqueó las cejas, sorprendida.

—Sí, como siempre.

—¿Con quién?

—Ya lo sabes. Con Henry Foster.

—¿Otra vez? —El rostro amable de Fanny adquirió una expresión de extrañeza—. No entiendo por qué sigues saliendo con él.

—Bueno, a fin de cuentas —protestó Lenina— solo hará unos cuatro meses que estoy con Henry.

—¡Solo unos cuatro meses! ¡Qué gracia! Además —continuó Fanny, señalándola con un dedo acusador—, únicamente has estado con Henry en todo este tiempo, ¿verdad?

Lenina se sonrojó.

—Así es, no he estado con nadie más —contestó—. Y la verdad es que no veo por qué debería haber habido alguien más.

—¡Oh!, Lenina no ve por qué… —dijo Fanny, como si se dirigiese a un oyente invisible situado tras el hombro izquierdo de su amiga. Luego, con un súbito cambio de tono, añadió—: En serio, creo realmente que deberías tener más cuidado. Ya conoces las reglas. Está horriblemente mal eso de salir tanto tiempo con el mismo tío. A los cuarenta o cuarenta y cinco años, quizá sería comprensible. ¡Pero a tu edad, Lenina! ¡Cuatro meses con Henry Foster, sin tener a otro hombre! ¡No, no puede salir bien! Claro que no es necesario que cortes con él. Sal con otro de vez en cuando y ya está. Él anda con otras chicas, ¿no?

Lenina asintió con la cabeza.

—¿Henry? Por supuesto que sí. Ya sabes cómo es. El ciudadano ideal del Gobierno Mundial. Siempre hace lo que hay que hacer.

—El DIC se enfurecería si supiera lo vuestro. Ya sabes lo terriblemente contrario que es a todo lo que sea intenso o duradero.

—Pues esta tarde el DIC me ha tocado el trasero —dijo Lenina.

—¿Lo ves? —dijo Fanny, exultante—. Eso te demuestra que también él aprecia una saludable relación física. Pero lo de Henry Foster… ¿Sabes? Creo que deberías ser un poco más promiscua. No hay nada de doloroso ni de desagradable en el hecho de tener un hombre o dos, además de Henry.

Lenina negó con la cabeza

—Por alguna razón —musitó—, últimamente no me he sentido muy dispuesta a la promiscuidad. Hay momentos en que no apetece. ¿No te has encontrado tú así también, Fanny?

Fanny asintió, comprensiva.

—Pero hay que hacer un esfuerzo —dijo sentenciosamente—. Una tiene que participar en el juego. A fin de cuentas, todo el mundo pertenece a todo el mundo.

—Sí, todo el mundo pertenece a todo el mundo —repitió Lenina lentamente. Suspirando, se quedó en silencio un instante. Después cogió la mano de Fanny y se la apretó levemente—. Estás en lo cierto, Fanny, como siempre. Haré el esfuerzo. A decir verdad, empieza a aburrirme un poco salir solo con Henry cada día. Es un poco demasiado… perfecto. ¿Conoces a Bernard Marx[13], el especialista en hipnopedia? —preguntó en un tono de falsa

indiferencia.

Fanny la miró sobresaltada.

—¿No te referirás a…? —preguntó.

—¿Por qué no? Bernard es un Alfa Plus. Y además, me pidió que fuera con él a una Reserva de Salvajes. Yo siempre he deseado visitar uno de esos lugares donde la civilización no ha llegado y la gente vive como en el pasado. Pero es difícil conseguir el permiso.

—¿Y no te preocupa su reputación? Dicen que no le gustan los juegos.

—Me da igual —se burló Lenina.

—Además, se pasa casi todo el tiempo solo —dijo Fanny, con un temblor en la voz.

—Bueno, ya no estará tan solo cuando esté conmigo. Y, sea como sea, ¿por qué la gente es tan desagradable con él? Yo lo encuentro muy simpático. Eso sí, es algo tímido y a veces parece como asustado.

—¡Tiene motivos para ser tímido! —exclamó Fanny—. Es pequeño y feo. Parece de una casta inferior. Ya sabes lo que dicen de él, que alguien se equivocó cuando aún estaba en el frasco. Creyendo que era un Gamma, le pusieron alcohol en la sangre artificial.

—Algo que, sencillamente, no me creo —replicó Lenina con firmeza—. Y me encanta que parezca de una casta inferior. Eso hace que me atraiga más y que quiera protegerlo. De todos modos, siempre he querido ir a una de esas reservas. Así que aceptaré su invitación.

—¿Qué voy a hacer contigo, Lenina? —dijo Fanny levantando la voz con desaliento—. Me rindo. Un día de estos vas a meterte en un lío.

Lenina se levantó.

—Bien, por hoy ya he tenido bastante —dijo—. ¡Me siento como una perla iluminada por dentro, rosada y reluciente!

Dejaron las máquinas de vibromasaje y pasaron a vestirse en silencio.

—¿Estoy bien así? —preguntó Lenina al cabo de un rato.

Llevaba una chaqueta azul, un sombrero azul y blanco, pantalones cortos azules, medias blancas y zapatos azules muy brillantes. Y, alrededor de la cintura, una cartuchera de piel azul,

con una hebilla de plata y la provisión reglamentaria de anticonceptivos.

—¡Perfecta, estás perfecta! —gritó Fanny, entusiasmada—. ¡Qué bonito cinturón malthusiano[14]! Tengo que conseguir uno igual. El mío tiene tres meses, y ya está pasado de moda.

—Sí, la ropa vieja hay que tirarla —dijo Lenina—. «Tirar es mejor que remendar, tirar es mejor que remendar», como nos enseñaban mientras dormíamos. A mí me encanta estrenar ropa. Además, hay que garantizar el consumo. Tengo que irme, Fanny. Le preguntaré a Henry Foster si recuerda dónde compró el cinturón. Es un regalo suyo.

—Hasta mañana, Lenina —dijo Fanny.

[13] Alusión a Karl Marx (1818-1883), filósofo, economista, sociólogo, historiador y político comunista alemán, autor de El capital. Es el creador del llamado materialismo histórico.

[14] En referencia a Thomas Malthus (1766-1834), economista británico interesado en las fluctuaciones de la población y autor del libro Ensayo sobre el principio de la población (1798). Aquí, el adjetivo «malthusiano» es sinónimo de «anticonceptivo».

Capítulo V

—¿Vas al sensocine esta noche, Henry? —le preguntó Benito Hoover a Henry Foster, mientras se dirigían en ascensor a la terminal de helicópteros en la azotea del edificio—. He oído decir que en uno de los últimos sensofilmes hay una escena de amor sobre una alfombra de piel de oso que resulta increíble. Están reproducidos todos los pelos del oso, con los efectos táctiles más asombrosos. Es como si uno estuviera allí, ya me entiendes.

En su mayoría, los ocupantes del ascensor eran hombres procedentes de los vestuarios Alfa. También estaba Bernard Marx, aislado en un rincón y mirando a los demás con desdén.

—¡Todos los pelos del oso! —exclamó Henry Foster—. ¡Tengo que ir a sentir eso!

Empezaron a hablar de Lenina Crowne.

—Es encantadora. ¡Qué chica tan alucinante! Maravillosamente neumática. Me sorprende que no hayas estado con ella.

—Tampoco yo lo entiendo —dijo Hoover—. Pero lo haré en la primera ocasión que tenga.

Desde su rincón, Bernard Marx oyó lo que decían y palideció.

«Hablan de ella como si fuera un pedazo de carne», pensó. «La degradan totalmente a la categoría de un cordero».

Deseaba acercárseles y partirles la cara.

—Sí, de veras, te recomiendo que la pruebes —seguía Henry Foster—. En definitiva, todo el mundo pertenece a todo el mundo.

Bernard los odiaba. Pero eran dos, y más altos y fuertes que él.

—Fanny Crowne también es una buena chica —comentó Hoover.

—Sí, pero no es tan neumática como Lenina —dijo Henry Foster.

Bernard Marx también la deseaba, pero estaba convencido de que su deseo era distinto, más variado e intenso, con más matices. Recordaba aquellas semanas de tímida indecisión durante las cuales él la había deseado y se había desesperado por no haber tenido el

valor suficiente para declarársele. Luego la había invitado a la Reserva. Y Lenina le había dicho que lo consideraría y que le contestaría cuando lo hubiese decidido.

Se abrió la puerta del ascensor y casualmente entró ella. Todos la acogieron con inclinaciones de cabeza y sonrisas amables. Pero, ante el asombro general, Lenina fue directamente hacia Bernard Marx.

—¡Bernard! —exclamó—. Te estaba buscando. Quería hablarte de nuestro proyecto de Nuevo México. De veras que me encantaría ir contigo una semana entera en julio. Es decir —y Lenina le dedicó su sonrisa más encantadora—, si es que todavía sigues deseándome.

El pálido rostro de Bernard se encendió. «¿Qué demonios le pasa?», se preguntó Lenina.

—¿No sería mejor que habláramos de esto en un momento más oportuno? —tartamudeó él, aparentemente muy nervioso—. Es que… con toda esta gente por aquí…

—¡Qué gracioso eres! —dijo Lenina con toda sinceridad, y prosiguió en otro tono—: Avísame al menos con una semana de antelación. Supongo que cogeremos el Cohete Azul del Pacífico, ¿no?

Antes de que Bernard pudiese contestar, el ascensor se detuvo.

—¡Azotea! —gritó el ascensorista, un Épsilon Minus de voz muy aguda.

La azotea rebosaba de luz y calor. Había un zumbido de helicópteros y un ronroneo más grave de los aviones cohete que surcaban, invisibles, el cielo radiante.

Bernard Marx suspiró con fuerza. Levantó la mirada al cielo, la deslizó por el azul del horizonte y la posó en el rostro de Lenina.

—¿Verdad que es hermoso?

Su voz sonó ligeramente temblorosa.

Ella le dedicó una complaciente sonrisa.

—Es una tarde perfecta para el golf de obstáculos —contestó Lenina, entusiasmada—. Y ahora tengo que irme, Bernard. Henry se enfada si le hago esperar. Acuérdate de decirme la fecha con tiempo.

Cruzó corriendo la espaciosa azotea hacia los hangares. Bernard se quedó mirando el centelleo cada vez más lejano de sus medias blancas, y su rostro se descompuso con una expresión de dolor.

Cuando Lenina llegó al pie de su aparato, Henry Foster ya lo había situado en el lugar de despegue y la esperaba sentado en la cabina.

—Cuatro minutos de retraso —le dijo, mientras ella subía y tomaba asiento a su lado.

Foster puso los motores en marcha y accionó el embrague del helicóptero. El aparato ascendió verticalmente en el aire. Londres se empequeñecía a sus pies.

Quince minutos después habían empezado su primera partida de golf de obstáculos.

Mientras, Bernard había cruzado rápidamente la azotea, con la cabeza baja. Era como un hombre perseguido por enemigos que no deseaba ver, por temor a que fuesen demasiado hostiles. Se sentía culpable y solo.

Hasta Lenina le hacía sufrir. Ella le había dicho que sí, y sin embargo seguía sintiéndose desdichado, porque la tarde le había

parecido perfecta para el golf de obstáculos y porque se había ido con Henry Foster. Desdichado, en fin, porque ella se había comportado como cualquier chica sana, y no de una manera anormal y extraordinaria.

Bernard condujo su helicóptero a las Oficinas de Propaganda, un edificio de sesenta pisos donde se editaban los diarios para las distintas castas y se transmitían programas de música sintética a los medios. Un grupo de Gammas le ayudó a aparcar. Con cierto complejo comprobó que eran más altos que él. Como las castas inferiores eran en general de menor estatura que las altas, había cierta tendencia a asociar la masa corporal con la superioridad social.

De ahí las risas de las mujeres a las que hacía proposiciones y las frecuentes bromas de sus compañeros. Esas burlas le inducían a sentirse como una anomalía o incluso como un intruso, lo que a su vez intensificaba el desdén y la hostilidad que le provocaban los otros.

Bernard ordenó a los trabajadores Gammas que avisaran a su amigo Helmholtz Watson, profesor en el Colegio de Ingeniería Emocional, que ocupaba los pisos superiores del edificio. Helmholtz también componía lemas y rimas para la hipnopedia. Era un hombre atractivo, de tórax ancho y espaldas cuadradas, corpulento aunque rápido de movimientos, un perfecto Alfa Plus.

Sus superiores lo consideraban muy inteligente, e incluso a veces demasiado. Su capacidad mental excepcional había producido en él efectos muy similares a los que en Bernard Marx había causado su baja estatura. También Helmholtz era una especie de intruso, también sentía que algo le faltaba y tampoco sabía qué podía ser.

Ese era el problema que Bernard le ayudaba a resolver, y para discutir sobre el cual se reunían algunas tardes.

Tres chicas muy guapas de la Oficina de Propaganda de la Voz Sintética abordaron a Helmholtz cuando salía del ascensor, para encontrarse con Bernard.

—¡Oh, Helmholtz! ¡Guapo! Ven a cenar con nosotras.

Él negó con la cabeza y se abrió paso.

—No, no.

—Serás el único hombre.

Helmholtz mantuvo su rechazo.

—No —insistió—, tengo cosas que hacer.

Las chicas lo siguieron y no se resignaron hasta verlo subir al helicóptero de Bernard.

—¡Estas mujeres! —gritó Helmholtz, mientras ascendía el aparato—. ¡Son terribles!

Bernard asintió, aunque le hubiera gustado poder tener tantas chicas como su amigo, y con tan poco esfuerzo.

Cuando llegaron y se acomodaron en los sofás neumáticos del salón de Bernard, Helmholtz le preguntó:

—¿No has sentido nunca como si tuvieras dentro de ti algo muy importante que decir o escribir, algo completamente nuevo que solo podrías hacer tú? Ya me entiendes, esas palabras que te hacen saltar de repente como si te hubieras sentado sobre un alfiler, que parecen tan nuevas y excitantes como si no las hubieras oído nunca. No basta con que las frases sean buenas. Lo que uno hace con ellas también debería ser bueno.

—¡Calla! —dijo Bernard de pronto, y a continuación susurró—: Creo que hay alguien tras la puerta.

Helmholtz se puso en pie, cruzó la sala de puntillas y abrió la puerta con un brusco y rápido movimiento. No había nadie.

Bernard suspiró.

—Lo siento —dijo—. Últimamente estoy un poco nervioso. ¡Si tú supieras! Supongo que, cuando la gente empieza a sospechar de ti, tú empiezas a sospechar de ellos.

Aunque se estaba sincerando, Helmholtz Watson se sentía incómodo al escucharlo. «¡Pobre Bernard!», pensó. «¿No podría aprender a contenerse y tener un poco más de amor propio?».

Capítulo VI

Hacia las ocho de la noche la luz empezó a anochecer. Con una voz de tenor sobrenatural, los altavoces de la torre del club de golf anunciaron el cierre de los campos de juego. Lenina y Henry abandonaron su partida.

Un incesante zumbido de helicópteros invadía el crepúsculo. Cada dos minutos y medio, una campana y unos estridentes silbidos anunciaban la salida de uno de los trenes monorraíles ligeros que llevaban a los golfistas de casta inferior de vuelta desde sus campos de juego segregados a la megalópolis.

Lenina y Henry subieron a su aparato y despegaron. A unos doscientos cincuenta metros de altura, Henry redujo las revoluciones de las hélices y permanecieron suspendidos durante unos minutos admirando el paisaje. Yendo hacia el sureste, a través de la oscura llanura, observaron los majestuosos edificios del crematorio[15]. Para garantizar la seguridad de los vuelos nocturnos, sus cuatro altas chimeneas estaban iluminadas con focos y coronadas con señales rojas de peligro.

—¿Por qué las chimeneas tienen esa especie de grandes balcones alrededor? —preguntó Lenina.

—¡Es para la recuperación del fósforo! —explicó Henry—. Antes el fósforo solía perderse cada vez que había una cremación. Hoy día se recupera más de un noventa y ocho por ciento, más de kilo y medio por cadáver adulto. Lo que, solo en Inglaterra, representa casi cuatrocientas toneladas de fósforo anuales. —Henry hablaba lleno de orgullo, como si la idea hubiera sido suya—. Es estupendo saber que podemos seguir siendo útiles aun después de muertos, sirviendo de abono a las plantas.

Lenina, mientras tanto, contemplaba la estación del monorraíl, en cuyos andenes se apiñaban los miembros de otras castas.

—Resulta curioso —observó— que el fósforo de esos Gammas, Deltas y Epsilones de ahí abajo sirva también para hacer crecer las

plantas, como el nuestro.

—Así es —le confirmó Henry—. Todos los seres humanos son fisicoquímicamente iguales.

Lenina recordó de pronto una ocasión en la que, siendo aún una niña, en la escuela, se había despertado en mitad de la noche y fue consciente, por primera vez, del susurro emitido por el aparato hipnopédico que le enseñaba las lecciones mientras dormía: «Todo el mundo trabaja para todo el mundo», decía el aparato. «No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones son útiles. No podríamos prescindir de los Epsilones». Una cantinela que se repetía una y otra vez.

—Supongo que a los Epsilones no les importa ser Epsilones —dijo Lenina en voz alta.

—Claro que no les importa —replicó Henry—. ¿Cómo puede importarles? Ellos no saben lo que es ser otra cosa. A nosotros sí que nos importaría. Pero es que nosotros partimos de salida con otros genes y hemos sido condicionados de forma distinta.

—Me alegro de no ser una Épsilon —aseguró Lenina.

—Si fueses una Épsilon —comentó Henry—, tu condicionamiento haría que te alegraras también de no ser una Beta o una Alfa. Es muy raro que alguien no responda al condicionamiento, como tu amigo Bernard Marx. Extremadamente raro, como un rinoceronte. Hay hombres que no se pueden domesticar. Bernard es uno de ellos. Por suerte para él, es muy bueno en su trabajo. De lo contrario, el director lo habría despedido hace tiempo.

Lenina no dijo nada.

—¿Estás segura de querer hacer ese viaje a la Reserva con él? —le preguntó Henry.

—¿Te preocupa que lo haga?

—¡Claro que no! Solo me pregunto si vale la pena o luego te parecerá un aburrimiento.

Henry accionó la hélice. Al sobrevolar el crematorio, el helicóptero se disparó hacia arriba, debido a la columna de aire caliente que subía de las chimeneas. Poco después, al entrar en la corriente de aire frío, descendió con brusquedad.

—¡Es como una montaña rusa! —exclamó Lenina con una carcajada.

—En realidad es algo más serio —replicó Henry—. Es algún ser humano que acaba de desaparecer definitivamente. La subida la ha provocado ese chorro de gases calientes. Resultaría curioso saber de qué sexo era, y de qué clase. En cualquier caso, una cosa es cierta: quienquiera que haya sido, fue feliz mientras vivió. Ahora todo el mundo es feliz.

—Sí, ahora todo el mundo es feliz —repitió Lenina, confortada con la idea.

Habían oído repetir estas mismas palabras ciento cincuenta veces cada noche durante doce años.

Tras aterrizar en la azotea de la casa de apartamentos de Henry, de cuarenta pisos, en Westminster, bajaron directamente al comedor. Allí, entre alegre y bulliciosa compañía, disfrutaron de una excelente cena. Con el café sirvieron soma. Lenina tomó dos tabletas de medio gramo y Henry tres. A las nueve y veinte cruzaron la calle para ir al recién inaugurado cabaré de la abadía de Westminster, en cuya entrada un letrero luminoso anunciaba la actuación: «Calvin Stopes y sus Dieciséis Sexofonistas»[16]. Otro proclamaba: «El mejor órgano de perfumes y colores de Londres. Muevan sus cuerpos al son de la música sintética más actual».

Dentro, el aire estaba muy cargado y era casi irrespirable. Cuatrocientas parejas bailaban bajo un techo abovedado por el que desfilaban paisajes cambiantes. Los dieciséis sexofonistas interpretaban una vieja canción: *No hay frasco en todo el mundo como este frasquito mío,* y sus instrumentos maullaban como melodiosos gatos a la luz de la luna. Lenina y Henry enseguida pasaron a ser la pareja cuatrocientos uno.

Los dieciséis cantaban:

Frasco mío, ¡eres lo que siempre he deseado!
Frasco mío, ¿por qué fui decantado?
Dentro de ti hay un cielo siempre azul,
dentro de ti siempre hace buen tiempo;
pues no hay un frasco en todo el mundo
como este frasquito mío.

Lenina y Henry estuvieron dos horas bailando sin parar. Sentían como si estuvieran en otro mundo, el mundo del interior del frasco, disfrutando de su buen tiempo y de su cielo eternamente azul. A ratos, los dieciséis dejaban sus sexofones, y el aparato de música sintética reproducía una suerte de valses lentos, que estaban muy de moda. Entonces Lenina y Henry parecían dos embriones gemelos, meciéndose dulcemente en las olas de un océano de sangre artificial embotellada.

—Buenas noches, queridos amigos —anunciaron los altavoces con amable cortesía.

Era la hora del cierre. Obedientemente, como todos los demás, Lenina y Henry abandonaron la sala. Cruzaron la calle, mientras ingerían nuevas dosis de soma, y subieron en ascensor al cuarto de Henry, en la vigesimoctava planta.

Pese a la embriaguez del soma, Lenina no olvidó tomar sus anticonceptivos. Años de hipnopedia intensiva y un repetitivo entrenamiento malthusiano desde los doce años hasta los diecisiete habían convertido aquellas precauciones en un acto reflejo, tan inevitable como el parpadeo.

—¡Ay!, ahora me acuerdo —dijo Lenina al salir del cuarto de baño— de que Fanny Crowne quería saber dónde conseguiste ese cinturón tan bonito que me regalaste.

---

[15] Crematorio: horno donde los cuerpos se queman hasta los huesos, eliminando todo tejido blando.

[16] En el original inglés se lee expresamente «sexophonists». No se trata, pues, de saxófonos, sino de sexófonos.

Capítulo VII

Cuando pensaba en Bernard, Lenina se percataba de lo raro que era. Tan raro que a veces se preguntaba si, en lugar de irse con él de vacaciones a Nuevo México, no debía cambiar de parecer e irse con otro hombre al Polo Norte. El problema era que ya conocía el Polo Norte porque había estado allí el verano anterior y lo había encontrado muy aburrido. No, decididamente, no podría soportar otra visita al Polo Norte.

Además, solo había estado una vez en América, y le encantaba la idea de pasar toda una semana en una reserva para salvajes. Que ella supiera, solo una docena de personas en todo el Centro habían estado en una reserva. Pero, como psicólogo Alfa Plus, Bernard era uno de los pocos hombres que podía conseguir un permiso especial. Para Lenina, la oportunidad era única. Y, aun así, tenía sus dudas sobre la conveniencia del viaje. Le bastaba recordar lo sucedido la primera tarde en que salieron juntos.

Hacía un tiempo fabuloso y Lenina había propuesto ir a nadar a una playa muy popular y después cenar en un nuevo restaurante. Pero Bernard dijo que habría demasiada gente, y también se había opuesto a jugar al golf electromagnético, porque lo consideraba una pérdida de tiempo.

—Entonces, ¿para qué sirve el tiempo? —le había preguntado Lenina con cierto asombro.

Al parecer, servía para pasear por la Región de los Lagos, porque eso fue lo que Bernard propuso. Para aterrizar en una montaña y andar un par de horas entre los brezos.

—Solo contigo, Lenina.

—Pero, Bernard, si estaremos solos toda la noche…

—Quería decir solos para hablar —murmuró él.

—¿Hablar? Pero ¿de qué?

«Andar y hablar, ¡qué forma tan rara de pasar la tarde!».

Por fin, Lenina logró convencerlo, y volaron a Ámsterdam para

ver un campeonato femenino de lucha, durante el cual él se había pasado toda la tarde refunfuñando a causa del gentío.

Camino de vuelta, mientras sobrevolaban el canal de La Mancha, Bernard había insistido en detener la hélice propulsora y permanecer suspendidos a solo treinta metros sobre las olas. El tiempo había empeorado, soplaba viento del suroeste y el cielo estaba encapotado.

—¡Mira! —le indicó Bernard.

—¡Qué horror! No quiero mirar —dijo Lenina, aterrada por el vertiginoso vacío de la noche y por las negras aguas que tenían debajo.

—Pero ¡si es precioso! —exclamó Bernard—. Me hace sentirme como si… —dudó, buscando las palabras adecuadas para expresarse— como si fuese más yo mismo, no sé si me entiendes. Más yo mismo, y no tan enteramente una parte de otra cosa. No solo una célula del cuerpo social.

Pero Lenina estaba llorando.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! —repetía ella sin cesar—. ¿Cómo te atreves a decir que no quieres ser una parte del cuerpo social? Si lo piensas, todo el mundo trabaja para todo el mundo. No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones…

—Sí, ya lo sé —dijo Bernard, con sorna—. «¡Hasta los Epsilones son útiles!». Pues yo también. ¡Pero ojalá no valiera para nada!

Lenina se escandalizó ante tal blasfemia.

—¡Pero, Bernard! —protestó en un tono de asombro y angustia—. ¿Cómo puedes hablar así?

—¿Que cómo puedo? No, el verdadero problema es: ¿por qué no puedo hablar así? O mejor, porque, a fin de cuentas, sé muy bien por qué no puedo: ¿qué es lo que sentiría si pudiera, si fuese libre, si no estuviera esclavizado por mi condicionamiento?

—Pero, Bernard, dices unas cosas tan horribles…

—¿Tú no desearías ser libre, Lenina?

—No entiendo lo que quieres decir. Yo soy libre. Libre de disfrutar del más maravilloso de los tiempos. Todo el mundo es feliz hoy en día.

Bernard se echó a reír.

—Sí, «hoy en día todo el mundo es feliz». Pero ¿no te gustaría ser libre para ser feliz de otra manera, Lenina? A tu manera, no

como todos los demás.

—No sé lo que quieres decir —repitió Lenina. Luego, volviéndose hacia él, suplicó—: ¡Ay! ¡Volvamos ya, Bernard! No aguanto más aquí.

—¿No te gusta estar conmigo?

—¡Claro que sí, Bernard! Es este espantoso lugar.

—Yo creía que aquí estaríamos más… más juntos, con tan solo el mar y la luna. Más juntos que entre el gentío y hasta que en mi habitación. ¿No lo entiendes?

—Yo no entiendo nada —dijo Lenina, convencida y decidida a preservar intacta su incomprensión—. Y tampoco entiendo por qué no tomas soma cuando te entran esas horribles ideas. Las olvidarías por completo. Y, en vez de sentirte desdichado, estarías alegre.

Bernard la miró en silencio, con expresión de gravedad.

—Está bien —dijo—, regresemos.

Pisando a fondo el acelerador, lanzó el aparato como un cohete hacia las alturas.

Media hora después, se encontraban en las habitaciones de Bernard. Este se tragó cuatro tabletas de soma de un tirón, puso la radio y la televisión y empezó a desnudarse.

Después de hacer el amor, ella le preguntó si le había gustado.

—Mucho —convino Bernard—. Sin embargo, ojalá todo hubiera acabado de otra manera.

—¿De otra manera? ¿Acaso era posible de otra manera?

—Hubiese preferido que no acabara yendo a la cama. No enseguida, no el primer día.

Lenina estaba alucinada.

—Y entonces ¿qué…?

Bernard empezó a contarle un montón de vaguedades incomprensibles.

—Quiero saber lo que es la pasión —le oyó decir Lenina—. Quiero sentir algo poderosamente…

—Pero fue divertido —insistió Lenina—. ¿Verdad?

—¡Oh, sí, divertidísimo! —contestó Bernard, con una voz que parecía profundamente infeliz.

—Ya te lo dije —le dijo Fanny a Lenina cuando esta le contó sus confidencias—. Es el alcohol que le pusieron en su sangre artificial.

—No me importa —insistió Lenina—, me gusta mucho. Tiene

unas manos preciosas. Y una forma muy atractiva de mover los hombros —suspiró—. Pero ojalá no fuese tan raro.

Al día siguiente, Bernard llamó a la puerta del despacho del DIC.

—Traigo un permiso para que lo firme —le dijo con el tono más desenfadado posible, y dejó el papel sobre la mesa.

El director le obsequió con una mirada de desaprobación. Pero el documento llevaba en la cabecera el membrete de la Oficina del Controlador Mundial y al pie la firma de Mustapha Mond. Todo estaba perfectamente en orden. El DIC no tenía otra elección. Escribió las iniciales de su nombre con lápiz y, cuando estaba a punto de devolver el documento, algo llamó su atención.

—¿Para la Reserva de Nuevo México? —le preguntó.

Su tono de voz y la forma de mirar a Bernard mostraban un extraño estupor.

Intrigado, Bernard afirmó con la cabeza. Se produjo un silencio.

El DIC se retrepó en su asiento, como si evocara un recuerdo lejano.

—¿Cuánto tiempo hace ya? —dijo, hablando más consigo mismo que con Bernard—. Veinte años, supongo. Casi veinticinco. Tendría su edad. Tuve la misma idea que usted —decía el director—. Quise echar un vistazo a los salvajes. Conseguí un permiso para Nuevo México y fui a pasar allí mis vacaciones de verano con la muchacha que tenía por aquel entonces.

Bernard le escuchaba asombrado e incómodo, sin comprender que un hombre tan discreto y convencional le hiciese aquella confidencia. Sentía ganas de salir corriendo del despacho.

—Era una Beta Minus —siguió el DIC—, y creo que tenía el pelo rubio. En cualquier caso, era muy neumática, de eso me acuerdo bien. Bueno, fuimos para allá, vimos a los salvajes, paseamos a caballo y todo eso. Y entonces, era casi el último día de mi permiso…, bueno, la chica se perdió. Habíamos estado cabalgando por una de aquellas montañas horrorosas. Hacía un calor espantoso, y después de comer dormimos la siesta. Al menos, yo dormí. Ella debió de salir a dar un paseo sola. Sea como fuere, cuando me desperté ya no estaba allí. Se organizó una búsqueda, pero no la encontramos. Es posible que se cayera por algún despeñadero, o que fuese devorada por un puma. ¡Solo Ford lo sabe! De todos modos,

fue algo horrible. Me afectó muchísimo por aquel entonces. Más de lo que debiera, lo admito. Porque, al fin y al cabo, se trata del tipo de accidente que hubiera podido ocurrirle a cualquiera y, naturalmente, el cuerpo social permanece aunque las células que lo componen cambien.

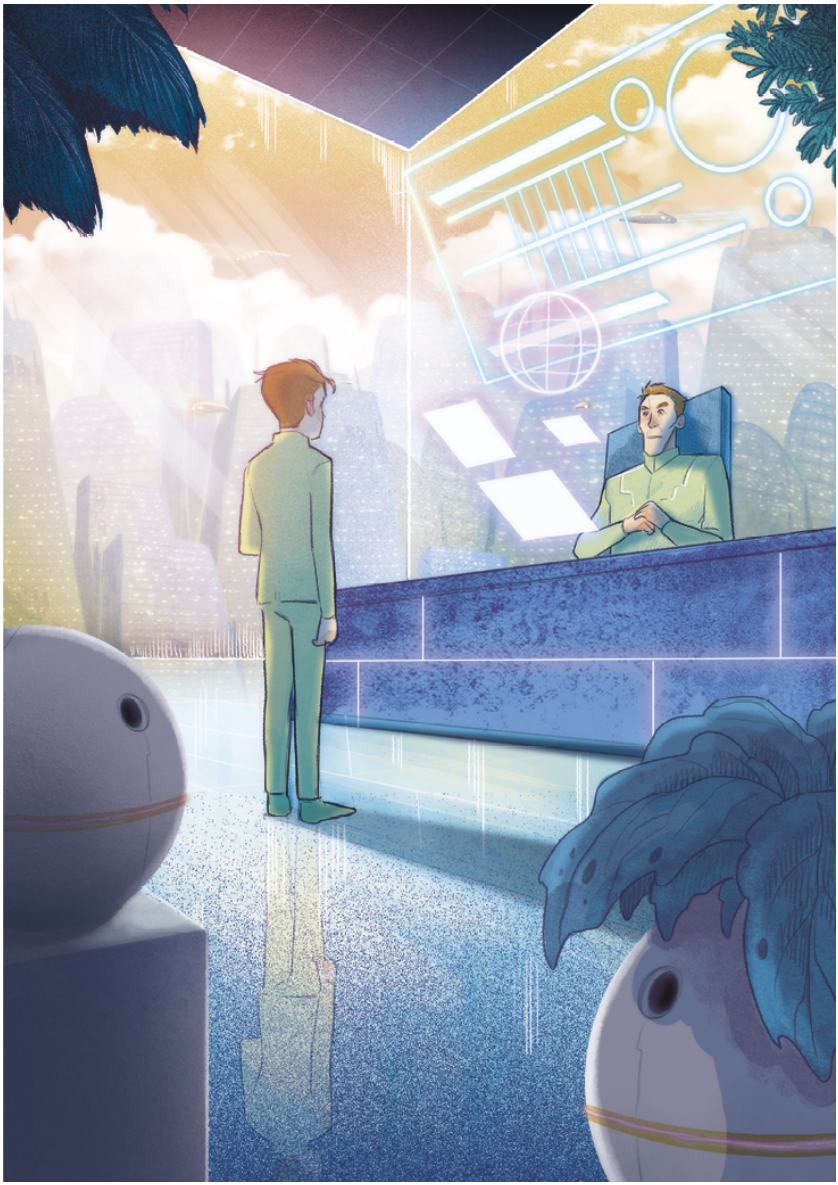
—Debió de ser una experiencia terrible —observó Bernard, casi con envidia.

Al oír su voz, el DIC recordó dónde estaba.

—No irá a imaginarse —dijo, frunciendo el ceño— que yo mantenía una relación emocional con aquella chica. No se trataba de un afecto duradero Todo fue perfectamente sano y normal.

Le entregó el permiso a Bernard.

—No sé, realmente, por qué le he contado esta anécdota. —Le miró con rabia—. Quisiera aprovechar esta oportunidad, señor Marx —prosiguió—, para decirle que no estoy en absoluto satisfecho de los informes que recibo acerca de su conducta antisocial en sus horas libres. Sé que en el fondo desaprueba el sistema. Usted podrá decir que no es asunto mío, pero sí que lo es. Tengo que velar por el buen nombre de este Centro. Mis trabajadores deben estar por encima de toda sospecha, y en particular los de las castas superiores. Por ello, señor Marx, le hago esta advertencia. Si llega a mis oídos otra opinión suya contra el sistema o nuestras instituciones, solicitaré su traslado a algún subcentro, a ser posible en Islandia. Buenos días.



Y volviéndose en su sillón giratorio, se puso a escribir.

«Esto le servirá de lección», se dijo. Pero estaba equivocado, porque Bernard salió de su despacho dando un portazo, convencido de que por fin tenía algo por lo que luchar, preparado para una batalla contra el orden permanente de las cosas, eufórico por la

conciencia de su importancia individual.

Se sentía lo bastante fuerte para encarar y superar las desgracias, incluso para tener que ir a Islandia. Y esta confianza era más fuerte porque, en realidad, no creía tener que enfrentarse con nada. Islandia era solo una amenaza estimulante, pero nada más. Nunca tendría que ir allí.

Se alejó silbando por el pasillo.

Capítulo VIII

El Cohete Azul del Pacífico llegó a Nueva Orleans con dos minutos y medio de adelanto. Perdió cuatro minutos a causa de un tornado en Texas, pero encontró una corriente de aire favorable y aterrizó en Santa Fe con menos de cuarenta segundos de retraso respecto a la hora fijada.

Lenina encontró el hotel de Santa Fe muy satisfactorio.

—¡Es sencillamente estupendo! —exclamó—. Hasta me entran ganas de quedarme aquí.

—En la Reserva no habrá nada de esto —la advirtió Bernard—. Ni televisión, ni sales de baño de aromas exquisitos, ni siquiera agua caliente. Si crees que no vas a poder soportarlo, quédate hasta que yo vuelva.

—Claro que puedo soportarlo —protestó ella, ofendida.

El alcaide de la Reserva, cuya firma necesitaban, era un Alfa Minus, bajo y rubicundo, de cara redonda y anchas espaldas, con una voz estruendosa, que se creía obligado a proporcionar a los visitantes una gran cantidad de información inútil.

—… quinientos sesenta mil kilómetros cuadrados —explicaba— divididos en cuatro zonas distintas, todas valladas con cables de alta tensión.

En aquel momento, y aparentemente sin razón alguna, Bernard se acordó de que se había dejado abierto el grifo del agua de colonia de su cuarto de baño en Londres. «Tendré que pagar una fortuna cuando vuelva», pensó, y se dijo que debía telefonear a Helmholtz Watson para pedirle que lo cerrara.

—No hay escapatoria posible. Quienes nacen en la Reserva, y recuerde, señorita —añadió el alcaide, dirigiéndose a Lenina—, recuerde que aquí los niños todavía nacen de verdad, por muy nauseabundo que nos parezca, están destinados a morir en la Reserva. Hay alrededor de unos sesenta mil indios y mestizos, absolutamente salvajes… Nuestros inspectores los visitan de vez en

cuando… Aparte de ellos y de gente como ustedes, no tienen ninguna comunicación con el mundo civilizado… Todavía conservan sus hábitos y sus repulsivas costumbres: el matrimonio, si usted sabe lo que es eso, señorita, la familia… Ignoran el condicionamiento… Tienen monstruosas supersticiones, practican el cristianismo, el totemismo y el culto a los antepasados… Obedecen a sus sacerdotes. Hablan lenguas muertas, como el zuñi[17] y el español. Viven entre pumas, puercoespines y lagartos venenosos… Padecen un sinfín de enfermedades infecciosas…

—¡No me diga! —dijo Lenina con un interés simulado.

Por fin el alcaide firmó sus papeles y los dejó ir. De vuelta en el hotel, Bernard llamó a Helmholtz, que le prometió ir a su casa y cerrar el grifo de inmediato, y aprovechó para contarle que el DIC había decidido enviarle al subcentro de Islandia.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lenina, cuando hubo colgado.

—¿Que qué pasa? —Bernard se desplomó en un sillón—. Van a enviarme a Islandia. Creía que no se atreverían.

—No pienses en el pasado ni en el futuro. Yo soy el presente —le animó Lenina, y le hizo tomar cuatro tabletas de soma.

Un helicóptero enviado por el alcaide y pilotado por un mestizo de uniforme verde, un Gamma, fue a recogerlos.

Tomaron asiento y despegaron. Diez minutos después, cruzaban la frontera que separaba la civilización del salvajismo. El mestizo les mostró la valla electrificada que atravesaba colinas y desiertos, cimas y altiplanicies. Aquí y allá, un mosaico de huesos o un pellejo descarnado mostraba el lugar donde el ciervo, el puma, el puercoespín o el coyote se habían acercado demasiado a los alambres exterminadores.

—Nunca aprenden y nunca aprenderán —dijo el piloto, señalando los despojos entre risas.

Bernard rio también, relajado por las tabletas de soma, y se quedó dormido mientras sobrevolaban el paisaje de la Reserva. Se despertó cuando ya habían aterrizado. Lenina llevaba las maletas a un edificio blanco y cuadrado, que era la hospedería, y el mestizo hablaba con un joven indio de aspecto huraño.

—Arriba está el poblado de Malpaís —le explicó el piloto, mientras Bernard bajaba del helicóptero—. Por la tarde hay una danza, que forma parte de sus ceremonias. El guía los llevará —

señaló con el dedo al joven indio—. Recuerden que son totalmente mansos. Conocen bien los efectos de nuestras bombas de gas y no se atreverían a hacerles ningún daño. ¡Mañana volveré!

Subió al helicóptero, puso en marcha el rotor y se despidió con una amplia sonrisa.

Lenina y Bernard dejaron el equipaje en su habitación de la hospedería y siguieron al joven indio.

—¡Qué raro es todo! —exclamó Lenina, mirando alrededor—. No puedo decir que me entusiasme. Y el guía tampoco. Además —añadió, bajando la voz—, apesta.

El sendero era muy empinado y avanzaban despacio. De repente, fue como si el aire se agitara y vibrase. Allá arriba, en el poblado, tronaban los tambores. Sus pies se contagiaron del ritmo y aceleraron el paso.

Un águila pasó volando tan cerca de ellos que el aire movido por sus alas abanicó sus rostros. En una grieta de la roca se apilaban un montón de huesos. Todo resultaba opresivamente extraño. Por fin llegaron a la cima, lisa como la cubierta de un barco.

Frente a ellos bailaban dos indios desnudos hasta la cintura, con los rostros cubiertos de dibujos rojos, negros y ocres y los torsos cubiertos de líneas blancas. Lucían enormes diademas de plumas, collares de hueso y cuentas de turquesa, y brazaletes de plata. Lenina observó que uno de los indios llevaba lo que parecían ser trozos de cuerda gruesa, pero en realidad eran serpientes. Pasaron a su lado sin mirarla, como si no existiera.

—No me gusta esto —repitió Lenina—. No me gusta nada.

Tampoco le gustó lo que vio a continuación. A la entrada del poblado tuvieron que esperar a su guía, que se había detenido para hablar con otros indios. Había basura por todas partes, polvo, perros y moscas. Con una mueca de asco, Lenina se acercó un pañuelo a la nariz.

—Pero ¿cómo pueden vivir así? —preguntó.

Bernard se encogió de hombros.

—En cualquier caso, llevan haciéndolo cinco o seis mil años —dijo—. Supongo que se habrán acostumbrado.

—¡Oh, Bernard! —exclamó Lenina, aferrándose a su brazo—. ¡Mira!

Le señaló a un indio esquelético, encorvado y casi desnudo, que

andaba con dificultad. Tenía unos mechones grises, la cara ennegrecida y arrugada y la boca hundida y sin dientes.

—¿Qué le pasa? —susurró Lenina, horrorizada.

—Pues que es viejo, nada más —respondió Bernard con aparente indiferencia.

—¿Viejo? —repitió Lenina—. Pero también nuestro DIC es viejo. Muchas personas son viejas, pero no tienen ese aspecto lamentable.

—Eso es porque no les dejamos llegar hasta ahí. Las mantenemos a salvo de las enfermedades, conservamos jóvenes sus cuerpos, les hacemos transfusiones de sangre joven. Además, muchos de ellos mueren antes de alcanzar la edad de ese anciano. Nos mantenemos jóvenes hasta que llegamos a los sesenta o setenta, y entonces, de pronto, morimos.

—Me parece espantoso —susurró Lenina—. ¡Es horrible! No deberíamos haber venido.

Buscó su dosis de soma en el bolsillo, pero descubrió que se lo

había dejado en la hospedería. Tampoco Bernard llevaba pastillas encima.

Lenina tendría que enfrentarse a los horrores de Malpaís sin ningún tipo de ayuda. Y los horrores le fueron llegando uno tras otro.

El espectáculo de dos mujeres jóvenes dando el pecho a sus bebés la hizo ruborizarse y volver la cara. Nunca había visto nada tan indecente en toda su vida.

En vez de ignorar la escena, Bernard se puso a comentarla. Quería demostrarle a Lenina que el condicionamiento no le impedía pensar de manera independiente.

—Debe de ser maravilloso tener una relación tan íntima —dijo—. Quizá la maternidad no sea tan mala, después de todo.

—¡Bernard! ¡Cómo puedes decir eso! —se escandalizó ella—. Por favor, vámonos. No quiero estar aquí. Aborrezco este lugar.

---

[17] Idioma del grupo lingüístico de los indios pueblo, hablado en Nuevo México y Arizona.

Capítulo IX

Poco después, el joven guía volvió e indicó que lo siguieran. Subieron por una escalera de mano y se encontraron en una amplia terraza. Bajo ellos, encerrada entre las altas casas, estaba la plaza del poblado, abarrotada de indios. Los tambores seguían sonando. De repente, cientos de hombres empezaron a cantar. Hubo un silencio, y luego las mujeres cantaron.

Un grupo de indios, ataviados con máscaras y cubiertos de pintura, surgieron de unas cámaras subterráneas y se pusieron a danzar dando vueltas progresivamente rápidas alrededor de la plaza. La multitud cantaba cada vez más alto. De pronto, el hombre que dirigía la danza se separó del corro, fue hacia una gran caja de madera que se encontraba en un extremo de la plaza, levantó la tapa y extrajo dos serpientes, que arrojó a los bailarines. Luego les lanzó otras. Las había de varios colores y dibujos: blancas, negras y moteadas.

Los bailarines giraban con las serpientes en las manos, agitando caderas y rodillas. Luego, a una señal del jefe, todas las serpientes fueron lanzadas al centro de la plaza. Casi desnudo, solo con un taparrabos de algodón, un muchacho de unos dieciocho años empezó a dar vueltas alrededor de las serpientes que se retorcían. Había completado la primera y ya estaba en mitad de la segunda vuelta, cuando de entre los bailarines surgió un hombre alto, que llevaba una máscara de coyote y en la mano un látigo de cuero trenzado.

El hombre coyote levantó el látigo y empezó a azotar al muchacho, que siguió su danza entre las serpientes. Con cada latigazo se oía un gemido. El muchacho dio cuatro, cinco vueltas. Estaba chorreando sangre. Lenina se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, basta, ya basta! —pidió.

Pero el látigo seguía cayendo inexorablemente. A las siete vueltas, el muchacho se tambaleó y cayó al suelo, cubierto de

sangre. Los bailarines fueron hacia él, retiraron las serpientes y abandonaron la plaza. Tres mujeres se llevaron el cuerpo del muchacho.

—¡Qué horror! —repetía Lenina—. ¡Toda esa sangre! ¡Lo que daría por un gramo de soma!

Bernard oyó unos pasos tras él y vio a un hombre que salía a la terraza y se les acercaba. Vestía como un indio, pero sus cabellos trenzados eran de color pajizo, tenía la piel blanca, aunque bronceada, y los ojos azules.

—Les deseo buenos días —dijo el desconocido en un inglés peculiar—. Ustedes son civilizados, ¿verdad? ¿Vienen del Otro Lado, de fuera de la Reserva?

—¿Quién es usted? —preguntó Bernard, perplejo.

—El más desdichado de los hombres —contestó con un suspiro, y, señalando las manchas de sangre del centro de la plaza, añadió —: ¿Ven ustedes aquella maldita mancha? Era yo quien debía haber estado allí. ¿Por qué no me aceptan para el sacrificio? Yo hubiera dado diez vueltas, doce, quince… De mí podrían haber obtenido el doble de sangre. Pero siempre es así. Me desprecian por mi piel blanca.

Los ojos del desconocido se llenaron de lágrimas. Avergonzado, se dio la vuelta.

Lenina no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quiere decir que hubiese querido que lo azotasen? —preguntó.

El desconocido asintió con la cabeza.

—Por el bien del poblado, para traer la lluvia y que crezca la cosecha. ¡Y para complacer a los dioses! Y, ¡cómo no!, para demostrar que puedo aguantar el dolor sin gritar. —Su voz adquirió una nueva resonancia y adelantó el mentón con aire desafiante—. Para demostrarles que soy un hombre… ¡Oh!

Hasta entonces había hablado sin fijarse en Lenina. Pero al verla se quedó deslumbrado. Boquiabierto, contempló, por primera vez en su vida, a una muchacha de piel clara, cabellos castaños y ondulados y expresión de interés.

Lenina le sonrió, atraída por la belleza de su cuerpo atlético y bien proporcionado. La sangre afluyó al rostro del joven, que bajó la mirada. Cuando volvió a alzarla unos instantes, comprobó que

ella seguía sonriendo.

Las preguntas se sucedieron en tropel. ¿Quién era? ¿Cómo y cuándo había llegado allí? ¿Desde dónde?

El hombre se presentó. Se llamaba John. Linda, su madre —Lenina se estremeció al oír la palabra—, había llegado desde el Otro Lado mucho tiempo atrás, antes de que él naciera, con un hombre que era su padre. Vinieron de visita a la Reserva, pero Linda había ido a dar un paseo a caballo en solitario, por las montañas del norte, y se había golpeado la cabeza al caer en un barranco.

—¡Siga, siga! —le alentó Bernard, que pensaba en la historia que le había contado el DIC.

Unos cazadores de Malpaís la encontraron y la llevaron al poblado. En cuanto al hombre que era su padre, Linda nunca había vuelto a verlo. Todo lo que John sabía era que se llamaba Tomakin, lo que coincidía con el DIC, cuyo nombre de pila era Thomas. El tal Tomakin dejó de buscarla y regresó al Otro Lado sin ella. En opinión de John, era un hombre desaprensivo y cruel.

—Así que yo vine al mundo en Malpaís —concluyó.

John condujo a Bernard y a Lenina hasta la cabaña donde vivía con Linda. Estaba algo alejada del resto del poblado y apestaba. Dos perros hambrientos hurgaban en la basura amontonada junto a la puerta.

—¡Linda! —llamó John.

Desde el interior contestó una voz femenina más bien ronca:

—Ya voy.

La puerta se abrió. Una mujer rubia y corpulenta cruzó el umbral y se quedó mirando a los forasteros, boquiabierta.

Lenina advirtió con repulsión que le faltaban algunos dientes, y que tenía la piel flácida y arrugada.

La mujer, que olía muy mal, corrió hacia Lenina con los brazos abiertos y empezó a estrecharla contra sus senos y a besarla.

—¡Ay, querida, lo que he sufrido! —decía Linda—. ¡Si tú supieras lo contenta que estoy de ver una cara civilizada después de tantos años! Sí, y ropas civilizadas. No esperaba volver a ver prendas como estas. ¡Y sin un gramo de soma que echarme a la boca! Solo un trago de mezcal[18] de vez en cuando, cuando Popé me lo traía. Popé era un hombre que conocí hace tiempo. Pero el

mezcal después te deja una terrible resaca y produce mareos. ¡Y yo me sentía tan humillada! Yo, una Beta, que siempre había trabajado en la Unidad de Fecundación, ¡teniendo un niño! Ponte en mi lugar. Aunque no fue culpa mía, lo juro. Todavía no sé cómo pude quedarme embarazada después de hacer todos los ejercicios malthusianos. Pero, a pesar de todo, sucedió. Recuerdo lo mucho que al principio me afectaba toda esta suciedad, esta falta de asepsia[19]. Es como vivir entre lunáticos. No saben nada de anticonceptivos ni de decantación. Por eso se reproducen sin parar. ¡Y encima se emparejan para toda la vida! Eso sí, como yo no estaba emparejada, los hombres hacían de mí lo que querían y las mujeres me odiaban, porque creían que pretendía quitarles a sus maridos. Una vez, un montón de mujeres me atacaron y me dejaron medio muerta. ¡Ay, Ford! Es de locura; insisto, una auténtica locura. Porque todo el mundo pertenece a todo el mundo, ¿no es así?

Lenina aprovechó la pregunta para liberarse de Linda.

—Debes haberlo pasado muy mal —dijo.

—Por suerte, John ha sido un gran consuelo para mí —continuó Linda—. Pero ha pasado mucho tiempo con los indios y en ocasiones tiene arrebatos de violencia. No sé si he sabido condicionarle adecuadamente. Cuando un hombre venía a verme, siempre se enfurecía. Una vez incluso intentó matar a uno.

«¡Qué estúpida soy por haberme dejado el soma en la hospedería!», pensó Lenina, horrorizada ante aquel baño repentino de realidad.

---

[18] Mezcal: bebida alcohólica tradicional mexicana, obtenida de la destilación del corazón o piña de la planta maguey. También llamada «mescal».

[19] Asepsia: higiene, conjunto de precauciones y cuidados para prevenir las infecciones.

Capítulo X

Mientras las mujeres hablaban, Bernard y John paseaban lentamente de un lado a otro de la terraza.

—Todo esto me resulta muy difícil de comprender —decía Bernard—. Es como si tú y yo hubiésemos vivido en distintos planetas, en distintos siglos. Tener una madre y vivir entre toda esta suciedad, adorando a los dioses y esperando la vejez o la muerte en una ceremonia violenta… Nunca lo entenderé, a menos que me lo expliques.

—¿Explicar qué?

—Todo lo que puedas recordar desde el principio.

—Desde el principio… —repitió John.

Frunció el ceño y se produjo un largo silencio, hasta que le vino a la mente una escena de su infancia más remota.

Linda y él habían terminado de comer y se habían quedado dormidos en la cama. De pronto, John se despertó y vio a un hombre enorme, espantoso, que tiraba de la colcha hacia abajo. Le decía algo a Linda, y Linda se reía. John, asustado, escondió su cara en el cuerpo de su madre.

—Con mi hijo aquí, no —dijo ella.

El hombre lo miró, se inclinó sobre la cama, lo agarró de un brazo y luego de otro, lo llevó a otra habitación y lo dejó en el suelo, antes de cerrar la puerta tras de sí. John se levantó y corrió hacia la puerta. De puntillas, pudo llegar al picaporte de madera. Lo levantó y empujó, pero la puerta no se abrió. Y su madre no contestó a sus gritos.

John también le habló a Bernard acerca de Popé, el amigo de Linda, que con frecuencia iba a visitarla. Le llevaba una calabaza llena de mezcal, una bebida que parecía agua pero olía muy mal y quemaba la boca, y que ella prefería llamar soma, aunque insistía en que no lo era, porque el soma no provocaba mareos y aquella bebida sí. Cuando su madre y Popé tomaban mezcal, reían y

hablaban muy alto, antes de irse al otro cuarto. John odiaba a Popé y a todos los hombres que estaban con su madre.

Una tarde, John regresó a casa y oyó los gritos de Linda. Entró corriendo en el dormitorio y vio a su madre defendiéndose de los ataques de dos mujeres. Una tercera mujer la estaba azotando con un látigo. Linda seguía gritando. John alcanzó la mano de la mujer del látigo y se la mordió tan fuerte como pudo. Ella lo empujó y él se cayó. Luego ella le golpeó tres veces con el látigo.

Cuando él le preguntó a su madre por qué le pegaban, Linda le contó que aquellas mujeres decían que los hombres que iban a verla eran sus maridos. Pero ella había sido educada de otro modo. Para ella, todos pertenecían a todos.

Otro día John la había llamado madre y Linda le había dicho:

—Yo no soy tu madre. Y nunca lo seré. Me he convertido en una salvaje y tengo crías como un animal… De no haber sido por ti, podría haber ido a ver al inspector y haber vuelto a Londres. Pero no con un bebé. ¡Menuda vergüenza!

John creyó que iba a pegarle, pero en vez de eso lo abrazó y lo cubrió de besos. Era como si Linda fuese dos mujeres al mismo tiempo. O quizá se debía al mezcal.

Según John, los mejores momentos eran cuando ella le hablaba del Otro Lado y le contaba que allí todos eran de todos, cómo todos eran felices y nadie estaba triste ni solo, porque vivían juntos.

Linda le había enseñado a leer, con la ayuda de dibujos que hacía en la pared con un trozo de carbón. John había aprendido con rapidez. Cuando ya supo leer todas las palabras que ella había escrito, Linda le dio un libro que había podido salvar entre sus cosas muchos años antes, cuando se quedó sola en la Reserva. Era un libro muy delgado, casi un folleto.

—A lo mejor no lo encuentras muy interesante —le había advertido Linda—, pero es lo único que tengo.

John había tardado un cuarto de hora entero en leer únicamente el título: *El condicionamiento químico y bacteriológico del embrión: Instrucciones prácticas para trabajadores Betas de depósitos de embriones.*

Luego, cuando según sus cálculos ya debía de tener los doce años, John se encontró en el suelo del dormitorio con un libro que nunca había visto antes. Era un tomo voluminoso, que parecía muy

viejo. Los ratones habían roído la cubierta, y algunas páginas estaban sueltas y arrugadas. El libro se titulaba *Obras completas de William Shakespeare*[20].

Linda le contó que era un regalo de Popé.

—Le he echado un vistazo y me parece un disparate. Apenas se entiende, pero quizá te sirva para practicar la lectura.

John había abierto el libro al azar. Las extrañas palabras retumbaban en su mente como truenos o tambores. Era tan hermoso que a ratos sentía deseos de llorar.

Desde entonces, cuando los chicos indios se reían de él y lo llamaban «Andrajo» —siempre iba vestido con andrajos, ya que Linda no sabía remendar la ropa cuando se les desgarraba—, les decía:

—Yo visto con andrajos, pero sé leer y vosotros no. Ni siquiera sabéis lo que es leer.

Cuanto más los chicos se burlaban y lo señalaban con el dedo, más se interesaba por la lectura. Pronto pudo leer y entender, o creer que entendía, hasta las palabras más largas.

Leer le reconfortaba, y cuando lo hacía no se sentía tan solo.

Bernard le miró directamente a los ojos.

—A veces yo también me siento solo —le dijo, en un arrebato de confianza—. Quizá debería seguir tu ejemplo. Pero nosotros destruimos la mayoría de los libros, sobre todo los antiguos.

John se sorprendió.

—Linda —replicó— me contó que nadie se sentía solo al Otro Lado.

Bernard asintió, afligido.

—Verás —dijo, con un susurro—, supongo que es porque soy algo diferente a los demás.

—Sí, eso es así —asintió John con la cabeza—. Cuando uno se siente diferente, se aísla de los demás o ellos lo aíslan.

Ambos permanecieron silenciosos unos instantes.

—¿Te gustaría venir a Londres con nosotros? —le preguntó Bernard, de pronto.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, por supuesto, si me conceden el permiso.

—Linda también tiene que venir.

Bernard dudó un poco, pero finalmente aceptó la propuesta.

De repente, John pensó en Lenina y su rostro palideció.

—¿Estás casado con Lenina? —le preguntó a Bernard con ansiedad.

—¿Si estoy qué? —balbuceó Bernard, incrédulo.

—Casado, ya sabes, para siempre —explicó John—. Es algo que no puede romperse.

—¡Oh, no, por Ford que no! —contestó Bernard, con un golpe de risa.

John también se rio pero por otra razón. Reía de alegría. Pensaba en Lenina, en aquel ángel radiante de juventud, vestida de color verde botella, y en su complaciente sonrisa.

—¡Oh, mundo feliz! —exclamó, citando a Shakespeare[21]—. ¡Oh, espléndido mundo nuevo, poblado por tan hermosas criaturas! ¡Partamos enseguida!

—A veces tienes una forma muy peculiar de hablar —dijo Bernard, mirando a John con asombro—. En cualquier caso, ¿no deberías esperar a ver ese mundo, nuevo para ti, antes de opinar?

Después de un día tan horrible, Lenina se sentía con el derecho de tomarse unas verdaderas vacaciones. En cuanto llegaron a la hospedería, se tragó seis tabletas de medio gramo de soma, se acostó y a los diez minutos dormía profundamente. Tardaría, como mínimo, unas dieciocho horas en volver al mundo real.

Entretanto, Bernard yacía pensativo y con los ojos abiertos en la oscuridad. No logró dormirse hasta bien entrada la noche. Pero su insomnio no había sido estéril. Tenía un plan. Era una idea que le rondaba desde que había descubierto la relación del DIC con Linda y con John.

Podía volar a Santa Fe, despachar sus asuntos y volver a Malpaís mucho antes de que Lenina despertara.

Puntualmente, a las 10:00 de la mañana siguiente, el piloto llegó en su helicóptero. Bernard le esperaba entre las pistas. Despegaron en el acto y aterrizaron en la azotea de la Oficina de Correos de Santa Fe a las 10:34. Tras exponer la situación varias veces, consiguió hablar por teléfono con el controlador mundial de Europa Occidental.

—Me he atrevido a pensar —balbuceó Bernard— que Su Fordería encontrará al salvaje y a Linda de gran interés científico.

—Sí, me parece que está en lo cierto —dijo Mustapha Mond con su voz grave y resonante—. Traiga a Londres a esos dos individuos.

—Su Fordería estará al tanto de que necesitaré un permiso especial.

—Ahora mismo —dijo Mustapha Mond— le enviaremos al alcaide de la Reserva las órdenes precisas. Diríjase de inmediato a su despacho. Buenos días, señor Marx.

Bernard subió a la azotea y le pidió al piloto que lo llevara a la oficina del alcaide, donde ya le aguardaba la autorización.

—No se preocupe por nada —le dijo el alcaide, impresionado por la importancia de la gestión—. Organizaremos su viaje con la máxima rapidez posible.

Aún tuvo Bernard tiempo de ir al hotel, bañarse, recibir un vibromasaje y un afeitado electrolítico y almorzar, antes de volar a Malpaís.

Mientras Bernard estaba fuera, John llegó a la hospedería.

—¡Bernard! —llamó—. ¡Bernard!

No obtuvo respuesta. Sin hacer ruido, subió corriendo por las escaleras e intentó abrir la puerta de su habitación, pero estaba cerrada.

Por un momento pensó que se habían marchado, abandonándoles a él y a Linda. Aquello era lo peor que le había ocurrido en su vida. ¿Cómo habían podido engañarle hasta ese punto?

De pronto se le ocurrió mirar por la ventana. Lo primero que vio fue una maleta con las iniciales de Lenina. Cogió una piedra y rompió el cristal. Un momento después, John se encontraba en la habitación. Abrió la maleta y, bruscamente, se encontró respirando el perfume de Lenina. Su corazón latía con violencia.

—¡Lenina! —susurró—. ¡Lenina!

Lo sobresaltó un leve ruido, como un suspiro. Se acercó a otra puerta, empujó y miró.

Allí, en una cama baja, vestida con un pijama rosa de una pieza con cierre de cremallera, yacía Lenina. Con una infinidad de precauciones innecesarias, pues se hubiera necesitado el disparo de un arma para poder despertar a la joven antes de la hora prevista, John se arrodilló cerca de ella. Estiró el brazo para tocarla, pero se detuvo a pocos centímetros de sus manos, temblando. La propia belleza se lo impedía.

Se oyó un zumbido del exterior, cada vez más intenso. ¡Era el helicóptero! John se puso en pie, saltó por la ventana rota y llegó a tiempo de recibir a Bernard Marx justo cuando este bajaba por la escalerilla.

Esa misma tarde, Linda, Lenina, Bernard y John abandonaron la Reserva y partieron hacia Londres y el mundo feliz.

---

[20] Dramaturgo y poeta inglés (1564-1616), es considerado el escritor más importante en lengua inglesa. Entre sus obras más célebres figuran Hamlet, Romeo y Julieta, Macbeth, Otelo, El rey Lear, El mercader de Venecia, Ricardo III.

[21] Paráfrasis de la escena I del V acto de La tempestad, una de las últimas obras escritas por

Shakespeare.

Capítulo XI

En las cuatro mil salas del Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres —«Esta laboriosa colmena», como al DIC le gustaba llamarlo—, todos estaban ocupados. Bajo los microscopios, sacudiendo furiosamente sus largas colas, los espermatozoides hundían sus cabezas en los óvulos y los fecundaban.

Desde la Sala de Predestinación Social, las escaleras mecánicas bajaban al sótano, y allí, en la penumbra escarlata, los fetos crecían o, manipulados, languidecían hasta convertirse en modestos Epsilones.

Sobre ellos, en los diez pisos destinados a dormitorios, los niños y niñas que aún tenían edad de dormir la siesta estaban tan atareados como todos los demás, ya que sin saberlo escuchaban lecciones hipnopédicas sobre higiene, sociabilidad y relaciones sexuales elementales. Las técnicas de laboratorio cantaban inclinadas sobre los tubos de ensayo, los predestinadores silbaban mientras trabajaban, y en la Sala de Decantación se contaban chistes.

Pero el semblante del DIC, cuando entró en la Sala de Fecundación, acompañado de Henry Foster, era severo.

—Un escarmiento ejemplar —decía—. Y ha de ser en esta sala, porque aquí hay más trabajadores Alfas y Betas que en ninguna otra del Centro. El caso del señor Marx debe servir de ejemplo. Será aquí donde le comunique mi decisión de enviarlo a Islandia. ¡Ah!, ahí viene.

Bernard entró en la sala y avanzó hacia ellos entre las filas de los fecundadores.

—Buenos días, señor director —dijo—. Como recordará, me citó aquí para hablar conmigo.

—Sí, señor Marx —dijo el director pomposamente—. Según creo, regresó usted de sus vacaciones anoche.

—Sí —contestó Bernard.

—Ssssí —repitió el director, alargando la ese como un silbido de serpiente. Luego reclamó la atención de los presentes—: ¡Señoras y señores!

Se hizo un profundo silencio y todas las miradas convergieron en él.

—Discúlpenme por interrumpir sus tareas, pero un doloroso deber me obliga a hacerlo —explicó el DIC—. La seguridad y la estabilidad de la sociedad están en peligro. Este hombre —y señaló acusadoramente a Bernard—, este hombre que está ante ustedes, este Alfa Plus, a quien tanto se le ha dado, y de quien, en consecuencia, tanto cabía esperar, ha traicionado la confianza depositada en él. Por sus heréticas opiniones sobre el deporte y el soma, por su rechazo a llevar una vida sexual sana y desinhibida, por su empeño en desobedecer las enseñanzas de Nuestro Ford, se ha puesto en contra de la sociedad. Por todo ello, me propongo destituirle de su puesto y solicitar su traslado a Islandia, un subcentro de baja categoría, donde tendrá pocas oportunidades de contagiar y corromper a otros.

El DIC hizo una pausa y luego, cruzándose de brazos, se volvió muy ceremoniosamente hacia Bernard.

—Marx —dijo—, ¿puede usted alegar alguna razón por la cual no debería ejecutar la sentencia que le he impuesto?

—Sí, puedo —contestó Bernard en voz muy alta.

—Entonces, manifiéstela —dijo el director, un tanto desconcertado.

—Por supuesto. Si esperan un momento… —añadió Bernard—. Está en el pasillo.

Fue hacia la puerta y la abrió de par en par.

—Entra, Linda —le pidió Bernard.

Una mujer gruesa de mediana edad, que destacaba mucho entre tantos cuerpos perfectos, vigorosos y juveniles, avanzó por la sala, mostrando su rostro arrugado, una boca donde faltaban algunos dientes y un vientre hinchado. Se oyó un murmullo de pasmo y horror. Luego, una joven empezó a chillar. Y otra, que se había subido a una silla para obtener una visión mejor, derramó el contenido de unos tubos de ensayo.

—Aquí está —le dijo Bernard, señalando al director.

—¿Acaso creías que no iba a reconocerlo? —le preguntó Linda, indignada, y se volvió para enfrentarse al DIC—. Por supuesto que te reconozco, Tomakin. Te hubiera reconocido en cualquier lugar del mundo entre mil personas. Pero tal vez tú me hayas olvidado. ¿No me recuerdas? ¿No te acuerdas de mí, Tomakin? ¡Soy tu Linda!

—¿Qué es toda esta monstruosa…? —empezó a decir el director.

—¡Tomakin! —repitió ella, rodeándole el cuello con los brazos y reclinando su rostro en el pecho de él.

Todos estallaron en carcajadas.

—¿… esta monstruosa patraña? —terminó de decir el DIC.

Con el rostro enrojecido, intentó liberarse del abrazo de Linda. Pero ella se le aferraba con desesperación.

—¡Pero si soy yo, Linda! ¡Soy tu Linda!

Las risas ahogaron su voz.

—¡Tú me hiciste un hijo! —chilló Linda, por encima del griterío.

Se produjo un súbito y pavoroso silencio. Los presentes titubeaban, sin saber adónde mirar. El director palideció bruscamente, dejó de forcejear y se quedó quieto, con las manos en las muñecas de Linda, mirándola fijamente, horrorizado.

—Sí, un bebé, y yo he sido su madre.

Linda se apartó bruscamente de él, avergonzada, muy avergonzada, y se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

—No fue culpa mía, Tomakin. Yo siempre hice mis ejercicios, ¿verdad? Siempre… No comprendo cómo… ¡Si tú supieras lo horrible que fue quedarme sola, Tomakin! Pero a pesar de todo, el niño me sirvió de consuelo. —Se volvió hacia la puerta y gritó—: ¡John! ¡John!

John entró enseguida, miró alrededor y, sin alterarse, cruzó la sala con rapidez, cayó de rodillas ante el director y dijo en voz alta y clara:

—¡Padre mío!

Todos estallaron en carcajadas histéricas, acompañadas de comentarios jocosos: «¡Padre mío!», «¡Y ese hombre es el director!», «¡Ay, Ford!», «¡Esta sí que es buena!». Los gritos y risotadas se sucedían, las caras parecían estar a punto de reventar y a algunos se les saltaban las lágrimas. Más tubos de ensayo llenos de espermatozoides cayeron al suelo, pero esta vez parecía formar parte de la diversión.

El DIC se sentía enfurecido, humillado e indefenso.

Se cubrió los oídos con las manos y salió temblando de la sala.

Pocos días después dimitió y no volvió a poner los pies en el Centro.

Tras lo sucedido en la Sala de Fecundación, las castas superiores de Londres suspiraban por ver a aquella deliciosa criatura que había caído de rodillas ante el director de Incubación y Condicionamiento —o, mejor dicho, el exdirector— y se había arrodillado a sus pies, llamándole «¡Padre mío!». Para la mayoría de sus miembros, era una broma demasiado buena para ser cierta.

Linda, en cambio, había tenido poco éxito. Ser una madre era ya suficientemente espantoso. Pero es que además ni siquiera era una salvaje auténtica. Había sido incubada en un frasco y condicionada como todo el mundo, por lo que carecía de verdadero interés. En consecuencia, solo veían en ella a una anciana gorda y descuidada.

No querían conocerla. Y ella, por su parte, tampoco deseaba conocerlos. Lo que más le gustaba, desde que había vuelto a la civilización, era la posibilidad de echarse en la cama en su pequeña habitación del trigésimo séptimo piso del edificio de apartamentos donde también vivía Bernard, con la radio y la televisión siempre encendidas, con el grifo del perfume abierto y goteando e ingiriendo tanto soma como le permitían, sin tener que padecer las jaquecas y los vómitos que causaba el mezcal.

Para satisfacer su debilidad, cada vez pedía dosis más elevadas y frecuentes. El doctor Shaw, que la trataba, dudó al principio, pero luego la autorizó a tomar todo el soma que quisiera, hasta los veinte gramos diarios.

—Estas dosis acabarán con ella en uno o dos meses —le confió el doctor a John—. Un día se le paralizará el aparato respiratorio, su corazón se detendrá y se acabó. Y es lo mejor. Si pudiéramos rejuvenecerla sería otra cosa, pero no podemos.

—Pero ¿no le acorta usted la vida dándole tanto soma? —objetó John.

—En un sentido, sí —admitió el doctor Shaw—, pero en otro sentido se la alargamos.

John lo miró fijamente, sin entender nada.

—El soma puede hacerle perder algunos años en el tiempo convencional —prosiguió el doctor—, pero piense en la vida de la que sin duda ya está disfrutando ahora mismo más allá del tiempo, en una existencia ideal que solo su mente conoce. Y, a fin de cuentas, no tiene que realizar ninguna labor importante…

—Aun así —insistió John—, no me parece justo.

—Está bien, si usted prefiere verla sufrir y lamentarse… —dijo Shaw encogiéndose de hombros.

Al final, John se vio obligado a ceder. Por eso Linda tomaba todo el soma que quería.

Era, por tanto, con John con quien todos querían relacionarse. Y como solo era posible contactar con él a través de Bernard, su guardián oficial, este se vio tratado, por primera vez en su vida, no como una persona cualquiera, sino como alguien de enorme importancia.

Nadie hablaba ya de las gotas de alcohol que habían caído en su sangre artificial, ni se burlaba de su aspecto físico. Y las mujeres se

lo disputaban.

Capítulo XII

Bernard había recibido instrucciones de mostrar al Salvaje, que era como se llamaba comúnmente a John, la vida civilizada en todos sus aspectos.

En aquel momento le estaba enseñando, a vista de pájaro, una panorámica de esa vida civilizada desde la torre más alta de Londres, que también servía de plataforma para el aterrizaje y el despegue de aviones cohete.

El avión cohete de Bombay llegó del cielo, y los pasajeros descendieron. Ocho gemelos idénticos, vestidos de color caqui, asomaron por las ventanillas. Eran el personal de a bordo.

—Mil doscientos cincuenta kilómetros por hora —dijo Bernard solemnemente—. ¿Qué le parece, John?

A John le pareció estupendo.

—Sin embargo —dijo—, Puck[22] podía poner un cinturón a la Tierra en cuarenta minutos.

«El Salvaje —escribió Bernard en su informe a Mustapha Mond— reacciona con poca sorpresa o admiración por los inventos de la civilización. Lo que, sin duda, en parte se debe al hecho de que había oído hablar antes de esos inventos a esa mujer, Linda, su madre…».

Mustapha Mond se saltó los párrafos siguientes y siguió leyendo:

«El Salvaje se niega a tomar soma y se le ve muy apesadumbrado porque su madre lo toma constantemente. Conviene destacar que, pese al aspecto repulsivo de Linda, el Salvaje la visita con frecuencia, y se le nota muy apegado a ella».

Lenina entró cantando en el vestuario.

—¡Qué contenta vienes! —exclamó Fanny.

—Sí, estoy contenta —contestó Lenina, mientras se quitaba la

ropa—. Bernard me ha llamado hace media hora. Tiene un compromiso inesperado, y me ha pedido que lleve al Salvaje al sensocine esta noche. Solo nosotros dos.

Y se dirigió con rapidez hacia el baño.

«Es una chica con suerte», se dijo Fanny al verla marchar.

Lenina, en efecto, era afortunada, sobre todo porque, al haber estado en la Reserva y haber vuelto con el Salvaje a Londres, compartía con Bernard una porción considerable de su enorme popularidad. La entrevistaban en los noticiarios, le pedían que diese charlas sobre sus experiencias e ilustres personajes la invitaban a salir con ellos.

—Todo eso está muy bien —le había confesado a Fanny—. Pero, en cierto modo, me siento como si estuviera engañándoles. Porque lo primero que quieren saber todos es cómo es eso de hacer el amor con un Salvaje. Y tengo que decirles que no lo sé. La mayoría, por supuesto, no me cree. Pero es verdad. Ojalá no lo fuera —añadió con tristeza y suspiró—. Es guapísimo, ¿no crees?

—Pero ¿es que no le gustas? —preguntó Fanny.

—Hay veces que pienso que sí y otras que no. Siempre hace todo lo posible por evitarme. Sale de la habitación cuando yo entro, procura no rozarme y ni siquiera me mira… Sin embargo, algunas veces, si me vuelvo de pronto, lo pillo mirándome, y entonces…, bueno, ya sabes cómo miran los tíos cuando les gustas.

Fanny asintió, convencida.

—No puedo entenderlo —añadió Lenina—. Porque, como ves, Fanny, me gusta mucho. Cada día me gusta más.

«Bueno, ahora tengo una gran ocasión», pensaba, mientras se perfumaba a conciencia después del baño.

Media hora después se encontraban en el sensocine.

Las luces se apagaron en la sala y en la oscuridad se alzaron unas letras llameantes que parecían sostenerse por sí solas y que decían: «Tres semanas en helicóptero, sensofilme estereoscópico y a todo color, maravillosamente cantado, con diálogos sintéticos y con acompañamiento sincronizado del órgano de perfumes».

—Aprieta las manijas metálicas que hay en los brazos de tu butaca —le susurró Lenina—. Si no lo haces, no sentirás los efectos táctiles.

El Salvaje siguió sus indicaciones y ambos se acomodaron en las

butacas neumáticas.

Mientras, las letras en llamas habían desaparecido. Siguieron diez segundos de total oscuridad, y, de pronto, deslumbrantes e incomparablemente reales, surgieron las imágenes estereoscópicas de un hombre y una mujer, fundidos en un largo abrazo.

El Salvaje se sobresaltó, al notar cada sensación en sus propios labios. Soltó las manijas y comprobó que el cosquilleo cesaba. Mientras, el órgano de perfumes exhalaba almizcle puro, y el abrumador arrullo de una paloma gigantesca inundaba el aire. Los seis mil espectadores del sensocine vibraban al mismo tiempo con un placer casi intolerable.

El argumento del sensofilme era demasiado simple. El amante del principio sufría un accidente de helicóptero y caía de cabeza. Con el condicionamiento alterado, desarrollaba una pasión exclusiva por la mujer y la raptaba. Tras un montón de aventuras y de acrobacias aéreas, tres apuestos jóvenes Alfas la rescataban. El raptor era enviado a un Centro de Recondicionamiento de Adultos, y la mujer se convertía en la amante de sus salvadores, que entonaban una canción final con acompañamiento orquestal y una explosión de gardenias en el órgano de perfumes.

El sensofilme había concluido, pero seguía desarrollándose en la mente de Lenina. Tenía las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la respiración acelerada. Se agarró del brazo del Salvaje y lo apretó contra su cuerpo mientras se dirigían a los ascensores. John la miró por un momento, pálido y deseoso, aunque avergonzado de su deseo. El no era digno, no era…

—Creo que no deberías ver cosas como estas —dijo.

—¿Cosas como qué, John?

—Cosas como ese horrible sensofilme.

—¿Horrible? —Lenina estaba realmente asombrada—. Pues a mí me ha gustado muchísimo.

—Es despreciable —dijo el Salvaje con indignación.

—No sé lo que quieres decir —contestó Lenina.

¿Por qué era tan raro? ¿Por qué de pronto perdía los papeles y lo estropeaba todo?

En el taxicóptero apenas la miró. Se sentía obligado por unas costumbres y unos rituales de cortejo que ya no se practicaban, y que procedían de las obras de Shakespeare. A veces, como si un

dedo hubiese tirado de una cuerda muy tirante, casi a punto de romperse, todo su cuerpo se estremecía en el asiento, con una repentina convulsión nerviosa.

El taxicóptero aterrizó en la azotea de la casa de Lenina.

«¡Por fin!», pensó ella al apearse, exultante. «¡Por fin!».

Pese a que el Salvaje se comportaba de un modo tan raro, confiaba en lo atractivo de sus propios encantos. De pie, bajo un foco, Lenina se miró aprobadoramente en el espejo de mano. Estaba irresistible. Y él era guapísimo. Parecía lleno de energía. No tenía por qué ser tan tímido como Bernard. Sin embargo, cualquier hombre ya lo hubiera intentado…

—Buenas noches —dijo tras ella una voz ahogada.

Lenina se dio la vuelta con rapidez. Allí estaba el Salvaje junto al taxicóptero, con los ojos fijos y muy abiertos. ¿Todavía dudaba? ¿En qué pensaba? ¿Tanto le costaba decidirse?

—Buenas noches, Lenina —repitió él, con una extraña mueca que parecía una disculpa.

—Pero, John… Creí que ibas a… Quiero decir que… ¿No vas a…?

John cerró la puerta del aparato y se inclinó para decirle algo al piloto. El helicóptero despegó.

Desde arriba, John miró por la ventanilla y pudo ver a Lenina con la boca abierta, llamándole. Su figura se fue empequeñeciendo a medida que se alejaba, y con ella desaparecieron la azotea y su entorno.

Cinco minutos después, John se encontraba en su habitación. Sacó de un cajón que guardaba con llave el tomo roído por los ratones, lo acarició con suavidad, pasó con cuidado sus páginas manchadas y arrugadas y se concentró en la lectura de *Romeo y Julieta.*

Secándose las lágrimas, Lenina cruzó la azotea hasta el ascensor. Mientras bajaba a la planta vigesimoséptima, sacó su frasco de soma.

«Esta vez —pensó—, un gramo no será suficiente».

Su desgracia era mayor que un gramo. Pero si tomaba dos corría el riesgo de no despertarse a tiempo a la mañana siguiente.

Encontró una solución intermedia, y dejó caer tres pastillas de medio gramo en la palma ahuecada de su mano izquierda.

[22] Personaje de La tempestad, de William Shakespeare. Es un espíritu burlón y travieso que sirve a Oberón, rey de los elfos.

Capítulo XIII

Bernard había organizado una reunión para gente muy selecta que deseaba conocer al Salvaje y estaba muy orgulloso de que todos los invitados hubiesen acudido. Pero, llegado el momento, el Salvaje se había atrincherado en su habitación y se negaba a hacer acto de presencia.

—¡John, abre, por favor! ¡Están todos aquí, esperándote! —le dijo Bernard a través de la puerta cerrada.

—Que esperen —replicó el Salvaje.

—John, sabes muy bien que los he invitado expresamente para que te conocieran.

—Primero debías haberme preguntado si quería conocerlos.

—Pero antes te gustaba salir, John.

—Precisamente por eso ya no quiero salir más. No me gustan vuestra civilización ni vuestra gente.

—¡Al menos hazlo por mí! —gritó Bernard—. ¿No lo harías por mí?

—No.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Y ¿qué hago yo ahora? —gimió Bernard, desesperado.

—¡Vete al infierno! —bramó el Salvaje desde el interior, con voz enfurecida.

—¡Pero si esta noche ha venido hasta el director de Crematorios y de Recuperación de Fósforo! —gritó Bernard con el rostro bañado en lágrimas.

Al final, Bernard, abatido, tuvo que informar a la impaciente asamblea de que el Salvaje no comparecería aquella noche. La noticia fue acogida con indignación. Los hombres estaban furiosos por haberle creído.

—¡Tomarnos el pelo de esta manera! ¡A nosotros! —repetían una y otra vez.

También las mujeres, entre las que figuraban algunas de las más bellas de Londres, se sentían embaucadas.

—¡Qué barbaridad! ¿Quién se cree ese hombrecillo que es? —decían en voz cada vez más alta.

Y se juraban no volver a salir con él nunca.

También Lenina había acudido a la reunión. Había tomado la importante decisión de revelarle a John sus sentimientos y decirle que le gustaba más que ninguna otra persona que hubiese conocido. Quizá entonces él se sentiría capaz de confesar sus sentimientos hacia ella.

«¿Por qué se puso tan raro la otra noche después del sensocine?», se preguntaba. «Y, sin embargo, estoy completamente segura de que le gusto. Estoy segura».

Pero, cuando Bernard anunció que el Salvaje no se presentaría, se sintió débil y enferma. Le pareció como si su corazón dejara de latir.

«Tal vez sea porque no quiere verme», se dijo. Y enseguida la hipótesis se convirtió en una certeza: «John se niega a salir de su habitación porque no le gusto y teme encontrarse conmigo. No le gusto».

—Una lástima, una lástima —le decía Henry Foster al director de Crematorios y de Recuperación de Fósforo—. Quizá le interese saber que nuestro exdirector estuvo a punto de enviarlo a Islandia.

—Sí —le contaba Fanny Crowne a cualquiera que quisiese escucharla—, lo del alcohol es absolutamente cierto. Yo sé de una amiga que conocía a una chica que trabajaba en el Almacén de Embriones por aquel entonces. Ella se lo dijo a mi amiga y mi amiga a mí…

Bernard oía aquellos comentarios y se sentía muy dolido. Poco antes se había encontrado lleno de confianza, pero ahora la autoestima se había desinflado como un globo. Hablaba con sus invitados, balbuceaba disculpas incoherentes, les aseguraba que el Salvaje asistiría la próxima vez, les rogaba que se sentaran a tomar un bocadillo de carotina[23], una rodaja de paté de vitamina A, un vaso de champán artificial. Los invitados comían y bebían, pero le ignoraban y se mostraban abiertamente hoscos con él, o conversaban entre sí, como si él no estuviera presente.

Cuando el último de los invitados dio un portazo y Bernard se

quedó completamente solo, se dejó caer en un sillón y, cubriéndose el rostro con las manos, empezó a llorar. Pocos minutos después, sin embargo, tomó dos gramos de soma y se quedó dormido.

Arriba, en su cuarto, el Salvaje leía *Romeo y Julieta.*

A la mañana siguiente, con el peor estado de ánimo posible, Bernard se dirigió en taxi a su trabajo en el Centro de Condicionamiento. La embriaguez del triunfo se había evaporado y había vuelto su antiguo yo, que se le antojaba como una carga.

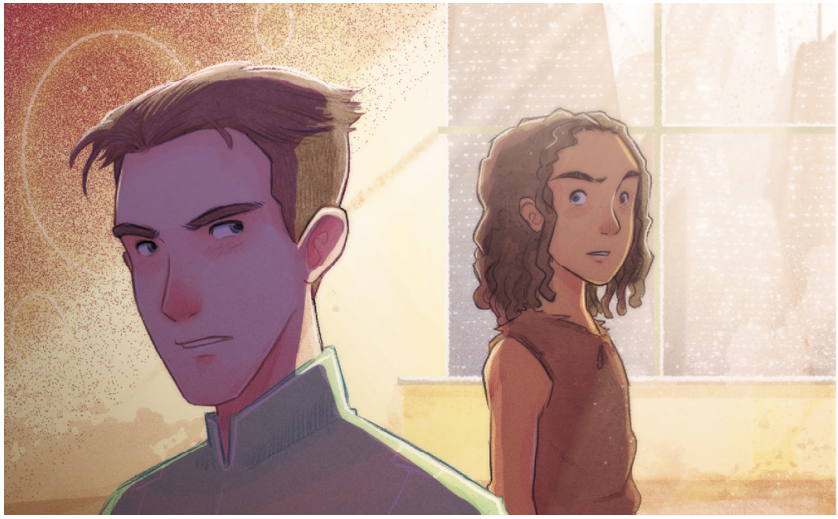
El Salvaje, inesperadamente, se mostró muy complaciente con aquel Bernard más inseguro.

—Te pareces más a como eras en Malpaís —le dijo cuando Bernard le contó su lamentable historia—. ¿Te acuerdas de cuando hablamos por primera vez? Sí, en aquella terraza. Pues ahora eres como eras entonces.

—Porque vuelvo a ser infeliz, por eso —respondió Bernard.

—Pues yo preferiría ser infeliz antes que gozar de esa felicidad engañosa y falsa que tenéis aquí —añadió el Salvaje.

—¡Pero si eres tú quien lo ha liado todo! —dijo Bernard con amargura—. ¡Te negaste a asistir a mi fiesta! ¡Y ahora todos están contra mí!



Bernard sabía que aquello era injusto y que el Salvaje tenía razón acerca del escaso valor de unos amigos que, ante el menor contratiempo, podían convertirse en los más crueles enemigos.

Pero, pese a saber todo esto y admitirlo, Bernard seguía alimentando, junto a su afecto sincero por el Salvaje, un secreto sentimiento de agravio.

Otro amigo en quien se apoyaba era Helmholtz Watson. En cuanto tuvo ocasión, Bernard le contó sus penas y aceptó sus palabras de alivio. Fue entonces cuando se enteró, con gran sorpresa, de que él no era el único que había tenido problemas, y de que Helmholtz también empezaba a ser mal visto por las autoridades.

—Fue por unos versos —le explicó Helmholtz—. Yo estaba dando mi curso habitual de Ingeniería Emocional Avanzada para los alumnos de tercer año. Les estaba hablando sobre el uso de los versos en la propaganda moral y en la publicidad, y se me ocurrió ponerles como ejemplo algunos poemas míos. Naturalmente era una locura, pero no me pude resistir —se echó a reír—. Sentía curiosidad por ver cómo reaccionarían. Además —continuó con un tono más serio—, quería ver si podía provocar en ellos la misma sensación que sentí yo cuando escribí esos versos. ¡Vaya por Ford! —Volvió a reír—. ¡Menudo follón se armó! Los alumnos me denunciaron al rector, que me amenazó con despedirme inmediatamente. Soy un hombre marcado.

—Pero ¿de qué iban tus versos? —le preguntó Bernard.

—Trataban sobre la soledad.

—Entonces no me sorprende —opinó Bernard—. Eso está en contra de todas las enseñanzas hipnopédicas.

—Ya lo sé, pero quería averiguar qué efecto producirían.

—Bueno, pues ya lo has visto.

—Ahora siento —dijo Helmholtz— como si empezase a tener un asunto sobre el que escribir, como si empezara a ser capaz de utilizar este poder que siento en mi interior.

«A pesar de sus problemas —pensó Bernard—, parece profundamente feliz».

Helmholtz y el Salvaje simpatizaron inmediatamente. En su tercer encuentro con el Salvaje, Helmholtz le recitó sus versos sobre la soledad.

—¿Qué te parecen? —le preguntó tras recitarlos.

—Escucha esto —le dijo el Salvaje.

Sacó su libro de Shakespeare del cajón donde lo guardaba y

empezó a leer en voz alta unos versos de *Romeo y Julieta.* Leía con verdadera pasión, porque no dejaba de verse a sí mismo como Romeo y a Lenina como Julieta.

Helmholtz escuchó con interés la escena del primer encuentro de los amantes, pero los sentimientos expresados en la escena del jardín le hicieron reír. Los esfuerzos de Romeo por conseguir a una chica le parecían de lo más ridículo. Pero, considerando el aspecto verbal, ¡qué magnífica pieza de ingeniería emocional!

—Ese viejo escritor —dijo Helmholtz— deja a nuestros mejores técnicos de propaganda a la altura del betún.

El Salvaje sonrió triunfalmente y reanudó la lectura, pero otros episodios de la tragedia volvieron a provocar la hilaridad de su oyente. Helmholtz se echó a reír a mandíbula batiente y perdió el control. No podía dejar de reír.

Pálido y escandalizado, el Salvaje lo miró con indignación, cerró el libro y volvió a guardarlo bajo llave.

«Nunca podré hablar con Helmholtz acerca de mis sentimientos por Lenina —pensó—. No me entendería».

---

[23] Carotina: pigmento presente en el jugo de la zanahoria y otras verduras y frutas. Sinónimo de caroteno.

Capítulo XIV

Había terminado otro día de trabajo, y Lenina y Fanny volvieron a coincidir en el vestuario. Lenina llevaba un tiempo comportándose de una manera muy extraña, y su mejor amiga había reparado en su malestar y su malhumor.

—Es absurdo que te lo tomes tan a la tremenda —dijo Fanny—. ¿Y todo por qué? ¡Por un tío, un simple tío!

—Pero John es el único que me importa.

—Como si no hubiera millones de hombres en el mundo…

—Pero a ellos no los quiero.

—¿Cómo puedes saberlo si no lo has intentado?

—Ya lo he intentado.

—Pero ¿con cuántos? —preguntó Fanny, encogiéndose de hombros desdeñosamente.

—Con muchos. Aunque la verdad es que no me ha ido nada bien.

—Hay que perseverar —le aconsejó Fanny.

—Pero mientras… —añadió Lenina.

—Pues toma soma.

—Eso hago.

—Pues sigue haciéndolo.

—Pero en los intervalos sigue gustándome. Y siempre me gustará.

—Bueno, pues si es así —propuso Fanny—, ¿por qué no vas de una vez a por él? Tanto si quiere como si no.

—Pero ¡si supieras lo raro que estuvo!

—Razón de más para presionarle.

—Eso es muy fácil de decir.

—Pasa de tonterías y actúa —dijo Fanny—. En serio, hazlo ya.

—No sé si podré —objetó Lenina.

—Bueno, pues tómate antes medio gramo de soma. Y ahora voy darme un buen baño —concluyó Fanny, y se alejó arrastrando la

toalla.

El Salvaje abrió la puerta al sonar el timbre.

Esperaba a Helmholtz, pero allí, en el umbral, estaba Lenina con una gorrita blanca y redonda, de estilo marinero, inclinada con elegancia sobre la oreja izquierda, y una especie de mono blanco de una sola pieza que terminaba en unos pantalones acampanados.

—¡Ah! —exclamó el Salvaje como si hubiera recibido un golpe en la cara.

Medio gramo había bastado para que Lenina se liberase de sus temores y de su vergüenza.

—¡Hola, John! —dijo esbozando una sonrisa.

Y entró en la habitación dejándolo atrás. Maquinalmente, el Salvaje cerró la puerta y la siguió. Ella se sentó. Se produjo un largo silencio.

—No parece que te alegres mucho de verme, John —dijo ella al fin.

El Salvaje le echó una mirada que parecía acusatoria. Bruscamente, se arrodilló ante ella y le besó la mano con reverencia.

—¿Que no me alegro? ¡Ay, si tú supieras! —susurró, y, atreviéndose a alzar los ojos, continuó—: Admirable Lenina, única entre las mayores maravillas del mundo. —Ella le sonreía con delicada ternura—. ¡Oh, tú, cumbre de la perfección! —Lenina se fue inclinando hacia él con los labios entreabiertos—. ¡La más deseable de las criaturas! ¡Mujer sin par…!

Los labios de ella estaban a punto de rozar los suyos cuando el Salvaje, de repente, se puso en pie.

—Por eso —dijo, apartando la mirada— quisiera hacer algo primero… Es decir, demostrarte que soy digno de ti. O, al menos, demostrarte que no soy del todo indigno.

—Y ¿por qué crees que hace falta…? —empezó Lenina, dejando la frase sin acabar.

—En Malpaís —murmuraba el Salvaje—, cuando se pide a una chica en matrimonio, hay que ofrecerle la piel de un lobo o de un puma.

—En Inglaterra no hay pumas —dijo ella con brusquedad—. Creo que ni siquiera quedan lobos.

—Supongo que no —replicó John—. Imagino que los matarían con gas venenoso o algo por el estilo desde los helicópteros. Yo nunca haría eso, Lenina. Pero haría cualquier otra cosa que me pidieses —prosiguió, cada vez más confuso—. Barrería el suelo si me lo ordenases.

—¡Pero si aquí hay aspiradoras! —exclamó Lenina, perpleja—. No hace falta.

—Ya lo sé. Solo quiero que sepas que soportaría cualquier prueba, por humillante o dolorosa que fuese, para merecerte. ¿Me crees?

—Pero si hay aspiradoras, y Epsilones que las manejan…

—También lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Por qué? Pues por ti, por ti. Solo para demostrarte que yo…

—Y además, ¿qué tienen que ver las aspiradoras con los pumas o los mismos pumas para que te alegres de verme?

—Haría cualquier cosa para demostrarte cuánto te amo, Lenina —estalló el Salvaje, al borde de la desesperación.

—¿De veras, John?

—Pero no quería decírtelo hasta que… —gritó el Salvaje—. Escúchame, Lenina, en Malpaís la gente se casa.

—¿Se… qué? —preguntó Lenina, totalmente desconcertada.

—Prometen vivir juntos y se casan para siempre.

—¡Qué idea tan horrible! —exclamó Lenina, escandalizada—. ¡Por el amor de Ford, John, di algo sensato por una vez! —Entonces, temerosa de que volviera a alejarse de ella mental y físicamente, se levantó de un salto, lo cogió de la muñeca y le dijo —: Contéstame a esta pregunta: ¿de verdad te gusto, sí o no?

Siguió un breve silencio. Después, en voz muy baja, como si le arrancasen las palabras, el Salvaje respondió:

—Te quiero más que a nada en el mundo.

—Entonces, ¿por qué diablos no me lo has dicho antes, en vez de hablarme de las aspiradoras y los pumas y de hacerme sufrir durante tantas semanas? —preguntó Lenina—. Si no me gustaras tanto, estaría furiosa contigo.

De pronto, Lenina deslizó los brazos alrededor de su cuello. El Salvaje sintió sus suaves labios contra los suyos. Eran tan deliciosamente suaves y tan cálidos que inevitablemente recordó aquellos besos del sensocine. Intentó librarse del abrazo, pero Lenina lo estrechó con más fuerza.

—¡Qué tonto! —decía Lenina—. ¡Con lo que te he deseado! Y si tú también me deseabas, ¿por qué no…?

—Pero, Lenina… —empezó a quejarse el Salvaje.

Y, como Lenina retiró los brazos de su cuello, John pensó, por un momento, que ella le había comprendido y que lo soltaba. Pero, al ver que ella se desabrochaba la cartuchera y la colgaba con cuidado del respaldo de una silla, empezó a sospechar que había sido malinterpretado.

—¡Lenina! —repitió como si quisiera detenerla.

Pero ella había tirado hacia abajo de la larga cremallera que abría su mono blanco y avanzaba hacia él con los brazos extendidos.

—¡Amor mío! ¡Si me lo hubieras dicho antes! —gritó.

Pero el Salvaje retrocedió aterrorizado, agitando las manos como si realmente se enfrentara con un puma.

—Bésame —le pidió Lenina.

Acorralado contra la pared, el Salvaje la agarró por las muñecas y la alejó de un empujón.

—¡Ay! ¡Me haces daño! —gritó Lenina, y cerró los ojos por un momento. Al volver a abrirlos no vio el rostro de John, sino los rasgos de un violento desconocido, distorsionados por una inexplicable furia.

—Pero ¿qué te pasa, John? —susurró, aterrada.

El Salvaje hizo rechinar los dientes, la cogió de los hombros y la zarandeó.

—¡Esto no es amor! —gritó—. ¡Es lascivia!

—¡Ay, no, no! —protestó ella.

—¡Vete! —gritó él.

Lenina levantó un brazo para protegerse la cara.

—¡No, por favor! ¡No, John…!

—¡Fuera! ¡Rápido!

Lenina se incorporó y se encerró en el cuarto de baño.

En la habitación, el Salvaje, frenético, daba largas zancadas de un lado a otro.

—John, ¿puedo coger mi ropa?

El Salvaje recogió el mono blanco del suelo.

—¡Abre! —ordenó, dando un puntapié en la puerta.

—No, no quiero… —dijo Lenina, recelosa.

—Entonces, ¿cómo quieres que te la entregue?

—Pásala por el ventilador[24] que hay sobre la puerta.

El Salvaje lo hizo y siguió dando largas zancadas. Lenina continuó sentada en el borde de la bañera, esperando a que se calmase para salir corriendo y escapar.

De pronto sonó el teléfono en el salón. Las zancadas cesaron de repente y Lenina oyó al Salvaje, que dialogaba con el silencio.

—Diga.

—…

—Sí.

—…

—¡Sí, ya se lo he dicho! ¡Soy el señor Salvaje!

—…

—¿Cómo? ¿Quién está enferma? Claro que me interesa.

—…

—Pero ¿es grave? ¿Tan mal está? Voy inmediatamente.

—…

—¿Que ya no se encuentra en sus habitaciones? ¿Dónde la han trasladado?

—…

—Park Lane, número 3, ¿es correcto? Gracias.

Lenina oyó cómo John colgaba el auricular y, después, unos pasos apresurados. Sonó un portazo y se hizo el silencio. ¿Se habría ido?

Con infinitas precauciones abrió la puerta y asomó la cabeza. Se tranquilizó al ver la habitación vacía y permaneció quieta unos segundos, escuchando. Entonces corrió hacia la puerta de entrada, la abrió, salió sigilosamente y cerró tras de sí de un portazo.

---

[24] Ventilador: aquí, abertura para renovar el aire en una habitación, sin necesidad de abrir puertas o ventanas.

Capítulo XV

El Hospital de Moribundos de Park Lane era un edificio de sesenta plantas. Cuando el Salvaje descendió del taxicóptero, un convoy de vehículos fúnebres aéreos, de vivos colores, despegó de la azotea y partió en dirección oeste, rumbo al crematorio de Slough.

En la puerta del ascensor, el portero principal le facilitó la información solicitada, y John descendió hasta el pabellón 81, situado en el decimoséptimo piso.

Era una sala amplia, bien iluminada. Las veinte camas estaban ocupadas. Linda agonizaba con todas las comodidades modernas. Alegres melodías sintéticas animaban el ambiente. A los pies de las camas, ante sus moribundos ocupantes, un televisor estereoscópico funcionaba desde la mañana hasta la noche.

—Intentamos —le explicó la enfermera que atendía al Salvaje— crear un ambiente realmente agradable, algo así como una mezcla entre un hotel de primera clase y una sala de sensocine, ¿me comprende? Queremos que los pacientes acepten la muerte con alegría.

—¿Dónde está? —preguntó el Salvaje, impaciente.

Acostumbrada a que los visitantes, cuando los había, la escucharan con atención, la enfermera se sintió ofendida.

—¿A qué viene tanta prisa? —dijo.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó el Salvaje.

—¿De que no muera? ¿Se refiere a eso?

John afirmó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Cuando envían a alguien aquí es porque no hay posibilidad de mejora. Pero ¿qué le pasa? —preguntó de repente, ante la expresión dolorida de John—. No se encontrará mal, ¿verdad?

John movió la cabeza.

—Es mi madre —dijo con un hilo de voz.

La enfermera le echó una mirada llena de pánico y aprensión.

—Lléveme con ella —dijo el Salvaje, esforzándose por hablar en un tono normal.

La enfermera lo condujo al extremo opuesto del pabellón, donde yacía Linda.

Tenía la cara hinchada y una expresión de felicidad. Sus párpados se cerraban cada dos por tres y parecía dormitar durante unos segundos. Luego, con una leve sacudida, volvía a despertarse momentáneamente.

Cuando la enfermera los dejó a solas, el Salvaje se sentó junto a la cama.

—Linda —murmuró, cogiéndole una mano.

Al oír su nombre, ella se volvió, y sus ojos brillaron al reconocerlo. Le apretó la mano y movió los labios, pero no llegó a articular ningún sonido. Después, de pronto, la cabeza le cayó hacia atrás y se quedó dormida. El Salvaje siguió a su lado, mirándola, buscando en su carne marchita aquella cara joven que tantas veces se había inclinado sobre él, de niño, recordando su voz, en particular aquellas historias del Otro Lado que ella le contaba en la Reserva: aquel hermosísimo Otro Lado cuyo recuerdo, como el de un paraíso de bondad y de belleza, él todavía conservaba intacto, sin corromper, pese al contacto con aquel Londres real, poblado por hombres y mujeres que se decían civilizados.

El ruido de unas voces agudas le hizo abrir los ojos. Un grupo de niños idénticos, guiados por la enfermera jefe, estaban de visita en el Hospital de Moribundos, como parte de su condicionamiento para acostumbrarse a la muerte.

Algunos se concentraron a los pies de la cama de Linda, repentinamente enfrentados con lo desconocido.

—¡Mirad a esa! —se decían en voz baja—. ¿Qué le pasa?

Nunca habían visto hasta entonces una cara que no fuese tersa y juvenil, ni un cuerpo que no fuera firme y delgado. Las moribundas de las otras camas tenían aspecto de jovencitas. En contraste, Linda parecía un monstruo deforme.

—¡Mirad qué dientes! —comentó uno.

El Salvaje se levantó y fue hacia ellos. Aterrados por su expresión amenazadora, la enfermera jefe y los niños retrocedieron y volvieron a dejarlos a solas.

Linda se despertó y abrió los ojos.

—¡Popé! —susurró—. ¡Oh, cómo me gusta, cómo me…!

Suspiró y se recostó de nuevo en las almohadas.

—¡Pero, Linda! —exclamó el Salvaje—. ¿No me reconoces?

El Salvaje sintió la leve presión de su mano. Se inclinó sobre ella y la besó.

Los labios de Linda se movieron.

—¡Popé! —repitió.

Súbitamente, el Salvaje se llenó de rabia.

—Pero ¡si soy John! —gritó—. ¡Sí, John, tu hijo!

El Salvaje la tomó por los hombros y empezó a zarandearla. Estaba enojado porque ella seguía deseando a Popé.

Y es que, en sus ensueños de soma, era con Popé con quien estaba.

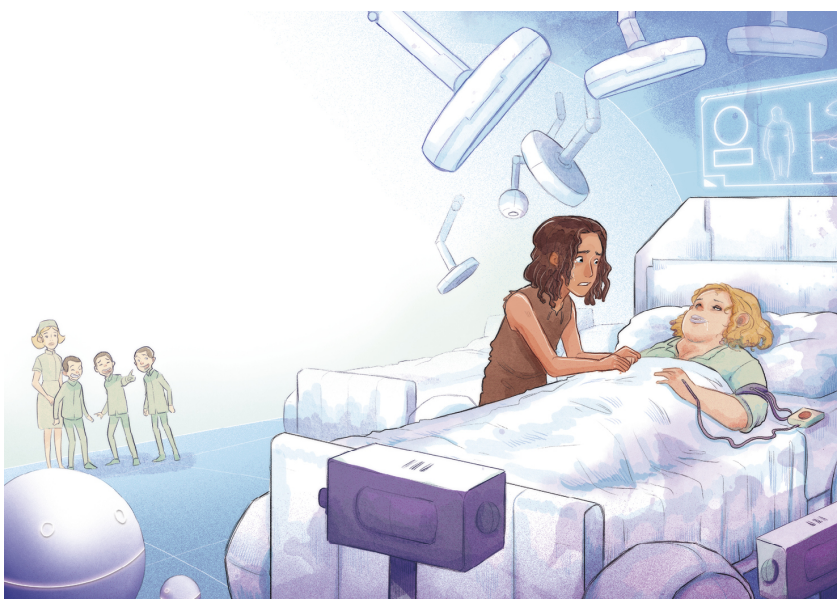
Linda abrió los ojos y por fin lo reconoció.

—¡John!

Y a continuación abrió la boca en un desesperado esfuerzo por llenar de aire sus pulmones. Pero era como si ya no supiera respirar. Intentó incorporarse, pero cayó sobre las almohadas. Su cara estaba desfigurada y sus labios habían adquirido un tono azulado.

El Salvaje se dio la vuelta y salió corriendo hacia el otro extremo del pabellón.

—¡Ayuda, rápido! —gritó—. ¡Rápido!



La enfermera jefe, que estaba ocupada con los gemelos, le reprochó la interrupción.

—¡Calle! ¡Piense en los pequeños! —dijo, frunciendo el ceño—. Podría alterar su condicionamiento.

Un niño empezó a chillar.

—¡Rápido, rápido! —dijo el Salvaje, agarrando un brazo de la enfermera y arrastrándola consigo—. ¡Ha pasado algo! Creo que la he matado.

En efecto. Cuando llegaron junto a ella, Linda ya había muerto.

El Salvaje permaneció un momento de pie, en silencio. Después se arrodilló y empezó a llorar.

La enfermera estaba escandalizada. ¿Debía recordarle a aquel hombre dónde estaba? ¿Tenía que reprocharle el terrible daño que podía causar a aquellos inocentes con aquel desagradable alboroto? ¡Como si la muerte fuese algo tan terrible!

La enfermera le tocó en el hombro.

—¿No puede usted comportarse adecuadamente? —le dijo en voz baja y airada.

Pero, al volver la mirada, vio que algunos niños iban hacia ellos, inquietos, y salió a su encuentro para impedir que se acercasen. De una bolsa que llevaba extrajo unas chocolatinas y las repartió.

—¡Ay, Dios, Dios, Dios! —repetía el Salvaje.

De pronto se sobresaltó. Cinco gemelos caqui lo miraban sonrientes, con las caras manchadas de chocolate y una chocolatina en cada mano.

Uno de ellos señaló la cama.

—¿Está muerta? —preguntó.

El Salvaje los miró en silencio. Luego, sin decir una palabra, se puso en pie y se dirigió a la puerta.

Capítulo XVI

El vestíbulo del Hospital de Moribundos de Park Lane estaba atestado. Ciento sesenta y dos gemelos Deltas, divididos en dos grupos Bokanovsky, se habían reunido al final de la jornada laboral para recibir su ración diaria de soma, de manos del vicetesorero adjunto.

Al salir del ascensor, el Salvaje se tropezó con todos ellos. Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a abrirse paso entre el gentío.

—¡No empujes! —le increparon—. ¿Dónde te crees que vas?

Se sentía muy extraño caminando entre aquel enjambre de criaturas idénticas, multiplicadas como en una serie de espejos, que le daban codazos y cuyas cabezas apenas le llegaban a los hombros.

—¡Reparto de soma! —gritó una voz—. En orden, por favor. Dense prisa.

Se había abierto una puerta, y llevaron una mesa y una silla al vestíbulo. La voz era la de un joven Alfa que había entrado con una caja negra de metal en las manos. Los gemelos estallaron en un murmullo de satisfacción y se olvidaron del Salvaje. El joven colocó la caja sobre la mesa y levantó la tapa.

—¡Oooh! —exclamaron al mismo tiempo los ciento sesenta y dos Deltas, como si estuvieran contemplando un castillo de fuegos artificiales.

El joven extrajo de la caja unos minúsculos pastilleros.

—Y ahora —dijo—, acérquense de uno en uno.

Los gemelos se aproximaron. Pero estaban algo inquietos, quizá por la presencia del Salvaje entre ellos, y les costaba guardar el orden.

—¡Los del fondo! ¡Sin empujar! —gritó el vicetesorero adjunto, enfurecido, y cerró de golpe la tapa de la caja.

—Dejaré de repartir si no se comportan correctamente.

Los Deltas se quedaron quietos. La amenaza había sido efectiva.

¿Quedarse sin soma? La idea les resultaba insoportable.

—¡Así me gusta! —dijo el joven, y volvió a abrir la caja.

Pero el Salvaje había tomado una decisión.

—¡Basta! —gritó con voz fuerte y sonora—. ¡Basta ya!

Se abrió paso a empujones hasta la mesa, entre el asombro de los Deltas y el temor del vicetesorero adjunto, que lo había reconocido.

—Oídme, os lo ruego —vociferó el Salvaje—. ¡Escuchadme! No toméis esa horrible sustancia. Es un veneno para el cuerpo y para el alma.

—Bueno, señor Salvaje —le interrumpió el vicetesorero adjunto con una sonrisa conciliadora—, ¿le importaría dejarme seguir con el reparto?

—¡Jamás! —gritó el Salvaje.

—Pero mire, amigo…

—¡Tire todo ese horrible veneno! —Se volvió hacia los gemelos —. ¡Vengo a liberaros de vuestras cadenas y a traeros la libertad!

El vicetesorero adjunto no oyó más. Se había escabullido del vestíbulo y estaba telefoneando a Helmholtz, en busca de ayuda.

Helmholtz, que en aquel momento se encontraba con Bernard, descolgó el auricular enseguida.

—Diga. Sí, al habla. —Después, tras un largo intervalo de escucha, gritó—: ¡Ford mío! ¡Voy enseguida!

—¿Qué ocurre? —preguntó Bernard.

—Un conocido del Hospital de Moribundos de Park Lane —dijo Helmholtz—. El Salvaje está allí. Parece que ha enloquecido. En cualquier caso, es urgente. ¿Vienes conmigo?

Cruzaron el pasillo corriendo, hacia los ascensores.

Cuando llegaron al hospital, el Salvaje seguía intentando convencer a los Deltas:

—¿No queréis ser libres? ¿Sabéis al menos qué es la libertad? ¿Queréis seguir siendo como niños que lloriquean y vomitan, a los que hay que contentar con golosinas?

Estaba furioso ante tanta estupidez. Los Deltas, que solo esperaban su ración de soma, le miraban con irritación y resentimiento, sin entender nada.

—¿Eso queréis? —repitió, sin obtener respuesta—. Muy bien, entonces tendré que hacerlo yo. Os obligaré a ser libres, tanto si

queréis como si no.

Abrió una ventana que daba al patio interior del hospital y empezó a arrojar los pequeños pastilleros de soma.

Por un momento, los Deltas permanecieron callados, horrorizados ante aquel espectáculo sacrílego.

—¡Se ha vuelto realmente loco! —exclamó Bernard—. Lo van a matar. Lo van a…

De pronto, los Deltas estallaron en un clamor y empezaron a avanzar amenazadoramente hacia el Salvaje.

—¡Ford mío, ayúdale! —exclamó Bernard, y apartó los ojos.

—¡Ford ayuda a quien se ayuda! —gritó Helmholtz, y se abrió paso entre la multitud.

—¡Libres, libres! —gritaba el Salvaje.

Y con una mano seguía tirando el soma al patio, mientras con la otra se defendía a puñetazos de los gemelos que le atacaban.

A su lado estaba Helmholtz, luchando también.

—¡Libres! ¡Hombres por fin! —continuaba gritando el Salvaje entre puñetazo y puñetazo—. ¡Libres! —prosiguió hasta que hubo arrojado todo el soma. Entonces levantó la caja metálica y les mostró que estaba vacía.

Dando alaridos, los Deltas cargaron contra ellos con redoblada fuerza.

También Bernard corrió hacia sus compañeros para ayudarles, pero lo pensó mejor y se detuvo. Luego, avergonzado, volvió a avanzar y a detenerse. Pensaba que podían matar a sus amigos si no les ayudaba, pero también que podían matarlo a él si se arriesgaba.

Entonces llegó la policía y Bernard corrió hacia ellos agitando los brazos, como si fingiera estar ayudando.

—¡Socorro, socorro! —repetía.

Los policías lo apartaron a un lado y empezaron a lanzar gas de soma por el vestíbulo y a disparar dardos con un potente anestésico.

—¡Rápido, rápido! —chillaba Bernard—. Matarán a mis amigos si no se dan prisa.

Harto de sus gritos, un policía le apuntó con su pistola y le alcanzó en el cuello con un dardo.

Bernard se desplomó y cayó al suelo.

De pronto, una voz empezó a hablar desde el aparato de música sintética. Era la Voz de la Razón, la Voz de los Buenos Sentimientos,

una grabación destinada a calmar a las masas.

—¿Qué es todo esto? —preguntaban los altavoces—. ¿Por qué no os comportáis bien? ¿Qué os impide ser felices?

Dos minutos después, la voz y el gas de soma habían producido su efecto. Los Deltas se besaban y acariciaban unos a otros entre lágrimas. Incluso Helmholtz y el Salvaje estaban a punto de llorar. Llegó una nueva provisión de pastilleros con soma, que se repartieron enseguida.

Satisfechos, los gemelos se dispersaron entre abrazos.

—¡Adiós, que Ford os guarde! —se despedían.

El sargento de policía se dirigió a Helmholtz, a Bernard y al Salvaje.

—¿Se han calmado ustedes o tendré que anestesiarles? —les preguntó, mientras les apuntaba con su pistola de dardos.

—Saldremos pacíficamente —contestó el Salvaje, mirándose las huellas de los golpes y las heridas.

Helmholtz, que había recibido un golpe en la nariz e intentaba contener la hemorragia con un pañuelo, asintió con la cabeza.

Bernard, que ya se había repuesto de la anestesia del dardo, se deslizaba disimuladamente hacia la puerta cuando el sargento se fijó en él.

—¡Eh, usted! —gritó—. No pretenderá escaparse.

Bernard se dio la vuelta con una expresión de inocencia ofendida.

—¿Escapar? Ni se me había ocurrido.

—Usted es amigo de los prisioneros, ¿no es cierto?

—Bueno… —dijo Bernard, y dudó.

Pero no, no podía negarlo.

—Y ¿por qué no habría de serlo? —preguntó.

—Entonces venga con nosotros —dijo el sargento.

Y los tres ocuparon sus asientos en el coche patrulla que los esperaba.

Capítulo XVII

Bernard, Helmholtz y el Salvaje fueron conducidos al despacho de Mustapha Mond.

—Su Fordería llegará enseguida —dijo el mayordomo, que era un Gamma, y se retiró.

Helmholtz rompió a reír.

—Esto parece más una reunión social que un juicio —comentó, mientras se dejaba caer en un sillón neumático—. ¡Anímate, Bernard! —añadió al ver el semblante entristecido de su amigo.

Pero Bernard no quería ser animado. En silencio, fue a sentarse en la silla más incómoda del despacho.

Entretanto, el Salvaje iba de un lado a otro, inquieto, mirando con una vaga curiosidad los libros de los estantes, todos más o menos recientes. Sobre la mesa, junto a la ventana, había un grueso volumen encuadernado en piel negra sintética: *Mi vida y mi obra,* por Nuestro Ford. El libro había sido publicado en Detroit por la Sociedad para la Propagación del Conocimiento Fordiano. Distraídamente, pasó las páginas leyendo frases y párrafos al azar. Justo cuando había concluido que el libro no le interesaba nada, la puerta se abrió y el controlador mundial para Europa occidental entró en su despacho con paso enérgico.

Mustapha Mond estrechó la mano a los tres, pero su interés se centraba en el Salvaje:

—Así que no le atrae mucho la civilización, señor Salvaje —dijo.

Tranquilizado por el semblante tranquilo del controlador, John decidió decir la verdad.

—No —respondió.

Bernard lo miró horrorizado. ¿Qué pensaría el controlador? Ser etiquetado como amigo de un hombre que despreciaba la civilización era algo terrible.

—Pero, John… —empezó.

Una mirada adusta de Mustapha Mond hizo que se callara.

—Sin duda hay cosas buenas —admitió el Salvaje—, pero no las he visto. Ni siquiera tienen buenos libros.

El controlador se dirigió al extremo opuesto del despacho y abrió una enorme caja fuerte empotrada en la pared. Hurgando en el oscuro interior de la caja sacó un grueso volumen negro y dijo:

—Usted no ha leído esto, por ejemplo.

El Salvaje cogió el libro.

—Sagrada Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento —leyó en voz alta.

—Trata de Dios, por cierto. Ni esto.

Era una edición de algunas obras escogidas de Shakespeare, que había perdido las tapas.

—Ni esto.

Y le dio otro volumen desvencijado.

—*El paraíso perdido*[25], de John Milton —leyó el Salvaje.

—Y tengo muchos más —continuó Mustapha Mond, y volvió a sentarse—. Toda una colección de antiguallas.

—Yo creía que ya no había verdaderos libros en Inglaterra.

—Le aseguro que soy una de las poquísimas personas que los tienen. Como usted sabe, están prohibidos. Pero, como yo soy quien aquí hace las leyes, también puedo quebrantarlas. Con impunidad, señor Marx —agregó, volviéndose hacia Bernard—, algo que me temo que usted no puede hacer.

Bernard bajó la cabeza, abatido.

—Pero ¿por qué están prohibidos estos libros? —preguntó el Salvaje.

—Porque son viejos —contestó Mond—. Esa es la razón principal. Aquí no nos sirven las cosas viejas.

—¿Incluso si son bellas?

—Especialmente cuando son bellas. La belleza es atractiva, y no queremos que nuestra gente se sienta atraída por cosas viejas. Queremos que aprecien las nuevas.

—Pero las nuevas son espantosas y estúpidas —dijo el Salvaje, haciendo una mueca—. Esas obras en las que solo hay helicópteros volando y en las que sientes los besos de los actores… ¿Dónde queda la imaginación?

—La imaginación es peligrosa. Conduce a la duda permanente. Además, los espectadores actuales no entenderían otra cosa.

Sí, eso era cierto. El Salvaje recordó que Helmholtz se había reído de *Romeo y Julieta.*

—Bueno, pues —dijo tras una pausa— podrían intentar hacer algo nuevo, pero de calidad, como *Otelo* o *Hamlet,* y dar a los espectadores la oportunidad de entender.

—Eso es lo que todos nosotros estamos deseando escribir —intervino Helmholtz, rompiendo un largo silencio.

—Y eso es lo que ustedes nunca escribirán —dijo el controlador—. Porque si fuera realmente algo como *Otelo* o *Hamlet,* nadie lo entendería, por muy nuevo que fuese. Y si fuese nuevo, no podría parecerse a esas obras.

—Y ¿por qué no? —preguntó el Salvaje.

—Sí, ¿por qué no? —repitió Helmholtz.

—Porque nuestro mundo no es el mismo que el de Otelo ni el de Hamlet. No pueden fabricarse coches sin acero; y no pueden crearse tragedias sin inestabilidad social. El mundo es ahora estable. La gente es feliz, tiene cuanto desea y nunca desea aquello que no puede tener. La gente nada en la abundancia y está a salvo. Nunca enferma, no teme la muerte e ignora los vaivenes de la pasión y los dolores de la vejez. No padece la vigilancia de padres ni de madres; ni tiene parientes por los que preocuparse. Nuestros hombres y mujeres están tan condicionados que prácticamente no pueden comportarse de un modo diferente del que se espera de ellos. Y si algo va mal, ahí está el soma. El soma que usted, señor Salvaje, va y tira por la ventana en nombre de la libertad. ¡La libertad! —dijo el controlador en tono irónico—. ¡Esperar que los Deltas sepan lo que es la libertad es como esperar que entiendan a Shakespeare! ¡Hijo mío!

El Salvaje permaneció un momento en silencio.

—A pesar de todo —insistió obstinadamente—, *Otelo* es bueno. *Otelo* es mejor que todos esos sensocines.

—Por supuesto que sí —dijo el controlador—. Pero ese es el precio que debemos pagar por la estabilidad. Hay que elegir entre la felicidad y lo que la gente solía llamar *obra de arte.* Hemos sacrificado las obras de arte. Ahora en su lugar tenemos los sensocines y los órganos de perfumes.

—Pero no tienen ningún sentido.

—Tienen su propio sentido. Aportan un montón de sensaciones agradables al espectador, lo que no es poco.

El Salvaje negó con la cabeza.

—Pues a mí todo esto me parece horroroso.

—Y lo es. La felicidad real siempre parece aburrida o simple.

—Supongo que tiene razón en eso —dijo el Salvaje tras un silencio—. Pero ¿es necesario fabricar esos rebaños de gemelos, a los que hay que contentar con soma?

—Veo que no le gustan nuestros grupos de Bokanovsky, pero le aseguro que son los cimientos sobre los que se construye todo lo demás.

—Me pregunto —dijo el Salvaje— por qué tienen ese sistema de castas, sabiendo que pueden producir lo que quieran en esos frascos. Ya puestos, ¿por qué no hacen que todos sean Alfa Doble Plus?

Mustapha Mond se echó a reír.

—Porque no queremos que nos acaben degollando —contestó—. Nosotros creemos en la felicidad y en la estabilidad. Una sociedad formada solo por Alfas no podría evitar ser inestable y desdichada, como estos amigos suyos —dijo, señalándolos—. Un Alfa enloquecería si tuviera que hacer el trabajo de un Épsilon. Únicamente de un Épsilon se pueden esperar sacrificios propios de un Épsilon, por la sencilla razón de que, como está condicionado, para él no son sacrificios. Y hablando de sus dos amigos… No crean que me he olvidado. Ha llegado la hora de decidir su suerte. ¿Qué les parece la vida en una isla?

—¿Enviarme a una isla? —gritó Bernard, y se puso en pie de un salto. Fue hasta el controlador y empezó a protestar airadamente y a gesticular ante él.

—Usted no puede enviarme a ninguna isla. Yo no he hecho absolutamente nada. Fueron ellos —señaló a Helmholtz y al Salvaje—. ¡Oh, por favor, no me envíe a Islandia! Prometo que colaboraré en todo lo que quiera. Por favor, deme otra oportunidad —empezó a llorar—. ¡A Islandia no! ¡Ay, no, Su Fordería, por favor…!

Entre lágrimas, cayó de rodillas. Mustapha Mond le pidió que se levantara, pero Bernard estaba en plena crisis. Al final, el controlador llamó a uno de sus secretarios:

—Traiga a tres hombres —le ordenó— y lleve al señor Marx a un dormitorio. Denle una buena vaporización de soma, acuéstenlo y dejen que duerma el tiempo que sea necesario.

El secretario salió y volvió con tres gemelos uniformados de

verde. Se llevaron a Bernard, que seguía gritando y sollozando.

Mustapha Mond se volvió hacia Helmholtz.

—A propósito, señor Watson, ¿le gustaría un clima tropical? ¿O tal vez algo más vigorizante?

Helmholtz se levantó de su sillón neumático.

—Preferiría un clima realmente horrible —contestó—. Creo que escribiría mejor si el clima fuese malo. Si hay mucho viento y tormentas, por ejemplo…

El controlador dio su aprobación, asintiendo con la cabeza.

—Me gusta su valor, señor Watson. Muchísimo, de veras. Tanto como oficialmente desapruebo su conducta —sonrió—. ¿Qué le parecen las Islas Malvinas?

—Sí, creo que me valdrán —contestó Helmholtz—. Y ahora, si no le importa, iré a ver cómo le ha ido al pobre Bernard.

—Y a mí, ¿qué destino me tiene reservado? —le preguntó el Salvaje a Mustapha Mond, cuando se quedaron solos.

—No pienso enviarle a ninguna isla —dijo el controlador—. Creo que nos será más útil si se queda con nosotros. Naturalmente, tendremos que vigilarlo un poco. Pero no se preocupe, podrá disfrutar de todas las comodidades.

—Pero yo no quiero comodidades —replicó el Salvaje—. Yo quiero la poesía, yo quiero el peligro real, yo quiero la bondad. Yo quiero el amor y el pecado.

—Me doy cuenta —dijo Mustapha Mond—. Usted reclama el derecho a ser desgraciado.

—¡Así es! Reclamo el derecho a ser desgraciado —repitió el Salvaje en tono desafiante.

—Por no hablar del derecho a envejecer, a sufrir las enfermedades, a pasar hambre, a vivir en el temor constante de lo que pueda suceder mañana, a padecer los tormentos más horribles.

Se produjo un largo silencio.

—Reclamo todos esos derechos —proclamó el Salvaje.

Mustapha Mond se encogió de hombros.

—Quedan todos a su disposición.

---

[25] Poema narrativo de John Milton (1608-1674), publicado en 1667. Se considera un clásico de la literatura inglesa.

Capítulo XVIII

La puerta estaba entornada. Helmholtz y Bernard, ya repuesto, entraron en la vivienda del Salvaje.

—¡John!

Del cuarto de baño les llegó un ruido desagradable.

—¿Te pasa algo? —preguntó Helmholtz.

El ruido se repitió dos veces más. Tras un largo silencio, la puerta del cuarto de baño se abrió y apareció el Salvaje, pálido y desmejorado.

—¡Vaya, sí que tienes mal aspecto! —exclamó Helmholtz—. ¿Te encuentras mal?

—Si quieres que te llevemos al hospital… —se ofreció Bernard.

El Salvaje lo miró con espanto.

—¡No, nunca! —dijo—. Espero no tener que volver nunca a pisar un hospital.

—Pero… ¿has comido algo que se te ha indigestado?

El Salvaje asintió con la cabeza.

—Esto que llamáis civilización —contestó—. Eso es lo que se me ha indigestado. No lo soporto. Ahora me estaba purificando. He tomado un poco de mostaza con agua caliente.

Sus amigos le miraron con asombro.

—¿Quieres decir que lo has hecho adrede? —preguntó Bernard.

—Así es como los indios se purifican. Pero ahora mismo estoy muy cansado.

Suspiró y se pasó una mano por la frente.

—No me sorprende —dijo Helmholtz, y añadió—: Hemos venido a despedirnos. Nos marchamos mañana por la mañana.

—Sí, nos marchamos mañana —dijo Bernard, que parecía haberse resignado—. Y a propósito, John —prosiguió—, quería decirte cuánto siento todo lo que ocurrió ayer. Estoy realmente avergonzado.

El Salvaje le interrumpió. Le cogió una mano y se la estrechó

con cariño.

—Helmholtz se ha portado muy bien conmigo —siguió Bernard tras una breve pausa—. De no haber sido por él, no sé qué habría hecho.

—¡No fue nada! —protestó Helmholtz.

Hubo un silencio prolongado. Pese a la tristeza común, o incluso a causa de ella, pues la tristeza era un síntoma del afecto que se tenían, los tres se sentían felices.

—Esta mañana fui a ver al controlador —dijo el Salvaje.

—¿Para qué?

—Para preguntarle si podría ir a las islas con vosotros.

—¿Y qué te contestó? —preguntó Helmholtz, impaciente.

El Salvaje negó con la cabeza.

—Que no puede dejarme ir.

—¿Por qué no?

—Me dijo que deseaba continuar con el experimento. Quiere saber qué le ocurre a un salvaje como yo cuando es trasladado a la civilización. Pero no estoy dispuesto a quedarme, ni por todos los controladores del mundo. Si lo hiciera, estaría perdido. También yo me marcharé mañana.

—¿Adónde? —le preguntaron.

El Salvaje se encogió de hombros.

—A cualquier sitio. Únicamente quiero estar solo.

El Salvaje se había instalado en un faro abandonado, cerca de Portsmouth. El edificio era de cemento armado y se encontraba en excelentes condiciones. «Casi resulta demasiado cómodo», había pensado el Salvaje tras explorar el lugar por primera vez, y se dijo que quizá podía compensar el exceso de comodidades aplicándose una autodisciplina más dura.

Su primera noche en el faro fue, deliberadamente, una noche en vela. Se pasó las horas de rodillas, rezando a todos los dioses de los que había oído hablar durante su vida en la Reserva. A ratos abría los brazos en cruz y los mantenía así durante muchos minutos, con los dientes apretados y el sudor cayéndole por la cara mientras repetía sin cesar: «¡Oh, perdóname! ¡Ayúdame a ser bueno!».

Cuando llegó la mañana sintió que se había ganado el derecho a habitar el faro, pese al buen estado de este, a que casi todas las

ventanas conservaban los cristales intactos y a que la vista desde la plataforma superior era magnífica.

Agarrotado tras su larga noche de penitencia, pero fortalecido interiormente por esa misma razón, subió a la plataforma y contempló el brillante amanecer. Al norte, la vista estaba limitada por unas elevadas cumbres de piedra caliza. Había una granja avícola en el valle que separaba esas cumbres de la colina arenosa donde se alzaba el faro. Al otro lado de este, hacia el sur, la tierra descendía formando largas lomas cubiertas de brezos, hasta unos estanques flanqueados de abedules.

Para el Salvaje, los alrededores eran tan seductores como la lejanía. Cerca del faro solo había bosques e inmensas extensiones de brezos. Y, como no había instalaciones deportivas ni otras razones para visitar la región, nadie iba. Durante los primeros días, John vivió solo y tranquilo.

Aún le quedaba algo del dinero que, a su llegada, le habían entregado para sus gastos personales. Con eso esperaba pasar el invierno. Cuando llegara la primavera, el huerto que se proponía plantar produciría lo necesario para independizarse del mundo exterior. Mientras, estaba la caza. Había visto muchos conejos, y en los estanques abundaban las aves acuáticas. Inmediatamente empezó a hacer un arco y unas flechas.

Tras su estancia en Londres, donde cuando quería hacer algo solo tenía que pulsar un botón o girar una manivela, le produjo un enorme placer trabajar en algo que requiriese habilidad y paciencia.

Casi había terminado de darle forma al arco de madera de fresno cuando se dio cuenta, con un sobresalto, de que estaba cantando. ¡Cantando! Había ido allí para castigarse a sí mismo, no para disfrutar. También se dio cuenta, avergonzado, de que llevaba mucho tiempo sin pensar en la pobre Linda, y en el triste comportamiento que había tenido con ella en su lecho de muerte. Había jurado recordarla en todo momento, y ahora se había distraído tallando su arco y cantando.

Media hora después, tres peones de labranza Delta Minus pasaron por allí en un camión y se sorprendieron al ver a un joven de pie ante el faro abandonado, desnudo de cintura para arriba y azotándose con un látigo de cuerdas anudadas. Por su espalda corrían hilos de sangre. El conductor del camión paró a un lado de

la carretera y, con sus dos compañeros, contempló boquiabierto el extraordinario espectáculo. Empezaron a contar los azotes. Al octavo golpe, el Salvaje interrumpió su autocastigo para salir corriendo hacia el bosque a vomitar violentamente. Cuando terminó, recogió el látigo y continuó azotándose.

—¡Por Ford! —exclamó el conductor.

Los gemelos eran de la misma opinión.

—¡Por todos los Ford de la tierra! —dijeron.

Tres días después llegaron los periodistas.

Seco y endurecido al fuego lento de la leña verde, el arco ya estaba terminado. El Salvaje pasó a ocuparse de las flechas. Había cortado y secado treinta varas de avellano, a las que había provisto de afilados clavos en sus puntas. Una noche hizo una incursión en la granja avícola y reunió las plumas necesarias para equipar a todo un ejército.

Estaba colocando las plumas en las varas de las flechas cuando el primer reportero se topó con él. Sin hacer ruido, con sus zapatos neumáticos, el hombre apareció a su espalda.

—Buenos días, señor Salvaje —dijo—. Soy el corresponsal de *El Radiotelegrama Horario.*

Como si le hubiera mordido una serpiente, el Salvaje se puso en pie de un salto, desparramando por todas partes las flechas, las plumas, el pincel y el bote de cola.

—Le pido disculpas —dijo el periodista—. No pretendía…

Se llevó la mano a una especie de casco de aluminio donde llevaba el receptor y el transmisor inalámbricos.

—Bueno, como le decía, soy el corresponsal de *El Radiotele*…

—¿Qué es lo que quiere? —le interrumpió el Salvaje con semblante hostil.

—Sin duda, nuestros lectores estarían profundamente interesados en conocer su versión. Serían solo unas cuantas palabras, señor Salvaje.

Desenrolló unos cables conectados a la batería portátil que llevaba abrochada a la cintura, los enchufó al mismo tiempo a ambos lados del casco de aluminio y accionó el botón de encendido.

—¡Hola! —dijo por el micrófono—. ¡Hola, hola!

Dentro del casco sonó un timbre.

—¿Eres tú, Edzel? Primo Mellon al habla. Sí, lo he localizado. El

señor Salvaje va a coger ahora el micrófono y dirá unas palabras. ¿Verdad, señor Salvaje? —Miró al Salvaje con una sonrisa zalamera —. Solo tiene que decirles a nuestros lectores por qué ha venido aquí. ¿Qué le ha hecho abandonar Londres de pronto? Y, naturalmente, cuénteles también lo de ese látigo. —El Salvaje se sobresaltó. ¿Cómo podían saber lo del látigo?—. Y hábleles también sobre las ventajas de la civilización y el progreso. Solo unas palabras, unas pocas…

Cogiendo al reportero por los hombros, John le hizo dar media vuelta y, con todas sus fuerzas, le asestó un puntapié en el coxis.

Ocho minutos después, una nueva edición impresa de *El Radiotelegrama Horario* salía a la venta en las calles de Londres. El titular de la primera página decía: «Reportero de *El Radiotelegrama Horario* recibe del misterioso Salvaje un puntapié en el coxis».

Ajenos al puntapié, otros cuatro reporteros visitaron el faro aquella misma tarde y fueron recibidos con una violencia cada vez más contundente.

Desde una distancia prudencial, y frotándose todavía las posaderas, el reportero de *El Monitor Científico Fordiano* gritó:

—Bruto ignorante, ¿por qué no toma un poco de soma y se tranquiliza?

—¡Ah!, ¿de veras? —dijo el Salvaje, y se le acercó con una gruesa vara de avellano en la mano.

El reportero huyó hacia su helicóptero.

Después de aquello, al Salvaje se le dejó en paz por un tiempo.

Una mañana estaba descansando en el faro, tras haber cavado durante horas, cuando de repente le pareció tener ante sí la imagen real y tangible de Lenina, que le llamaba «cariño» y le pedía que la estrechara en sus brazos. Era una ensoñación, claro, pero los brazos que le rodeaban el cuello parecían tan reales… ¡Y la fragancia de su piel! ¡Y su boca!

¡No! Se había prometido que solo pensaría en Linda. Tenía que castigarse. Se puso en pie de un salto, tomó el látigo, salió corriendo del faro y empezó a azotarse mientras gritaba:

—¡Ay, Linda, perdóname! ¡Soy malo y perverso! ¡Soy…! No, no…

Pero la presencia de Lenina seguía acosándole. Lenina, a la que había prometido olvidar. Aun entre azote y azote, su carne lacerada

la sentía inevitablemente real.

«¡Cariño, cariño…! —la oía decir—. Si tú también me deseabas, ¿por qué no…?».

A unos trescientos metros de distancia, desde su escondite cuidadosamente camuflado entre los matorrales, Darwin Bonaparte, el fotógrafo de caza mayor más experto de la Compañía Productora de Sensofilmes, observaba el espectáculo del Salvaje. Por fin su paciencia y su habilidad habían sido recompensadas. Tras cuatro días de terrible incomodidad, agazapado y arrastrándose por la espesura, había llegado su momento.

Enfocó cuidadosamente sus cámaras telescópicas, les añadió un telescopio más potente para obtener un primer plano del rostro enloquecido y desencajado del Salvaje, rodó a cámara lenta durante medio minuto para conseguir un efecto cómico exquisito, y grabó el ruido de los azotes, los gemidos y las palabras delirantes del involuntario actor.

«¡Bien, ha sido grandioso! —se dijo cuando todo acabó—. ¡Realmente grandioso!». Se secó el sudor de la cara. Cuando le añadiesen los efectos adecuados en el estudio sería un sensofilme excelente, tan bueno o mejor que su anterior documental, *La vida amorosa del cachalote.*

Doce días después, *El Salvaje,* de Darwin Bonaparte, se estrenó con enorme éxito de audiencia en todas las salas de sensocines de primera categoría de Europa Occidental.

El efecto del sensofilme fue inmediato. La tarde que siguió a la noche del estreno, la rústica soledad de John se vio bruscamente interrumpida por la llegada de un inmenso enjambre de helicópteros.

Se encontraba cavando en su huerta y pensando en la muerte de Linda cuando el zumbido que llegaba del cielo se convirtió en rugido y, de repente, se encontró a la sombra. Algo se había interpuesto entre el sol y él, interrumpiendo su trabajo y sus pensamientos.

Miró hacia arriba y vio sobre él, muy cerca, el enjambre de helicópteros flotando en el aire. Llegaron como langostas, suspendidos con aplomo en el aire, y fueron descendiendo a su alrededor, sobre los brezales. De cada aparato salía una pareja. Los hombres llevaban trajes blancos y las mujeres, camisetas de tirantes

y pantalones cortos. En pocos minutos había docenas de ellos formando un amplio círculo en torno al faro, riendo, tomando fotos, arrojándole cacahuetes. Y, como el tráfico era continuo, el número iba en aumento.

El Salvaje había retrocedido buscando cobijo. Como un animal acorralado, permanecía de pie, con la espalda apoyada contra el muro del faro, observando todas aquellas caras en silencio.

El impacto en su mejilla de un paquete de chicle bien dirigido lo sacó de su estupor.

—¡Largo de aquí! —gritó.

El hecho de que el Salvaje hablara provocó una explosión de risas y de aplausos.

—¡Viva el Salvaje! ¡Viva!

Y entre aquel bullicio oyó gritos de:

—¡Látigo, látigo! ¡Saca el látigo!

Obedeciendo a la sugerencia, el Salvaje descolgó el látigo de detrás de la puerta y lo blandió ante sus torturadores.

Estallaron aplausos, unos irónicos y otros clamorosos.

El Salvaje avanzó amenazadoramente hacia ellos. Una mujer gritó asustada. La fila de espectadores retrocedió por un momento, pero volvió a enderezarse enseguida. La conciencia de su ventaja numérica les daba un valor que el Salvaje nunca les había supuesto.

—¿Por qué no me dejáis en paz? ¿Qué queréis de mí? —preguntó.

—¡El látigo! —reclamaron confusamente cien voces—. Queremos ver el espectáculo del látigo.

Luego, al mismo tiempo y con un lento y pesado ritmo, un grupo situado en un extremo de la línea empezó a vociferar:

—¡El látigo! ¡El látigo! ¡El látigo!

Gritaban todos juntos, embriagados por el sonido y por la sensación de formar parte de una masa amorfa, orgullosa de su poder. Parecía como si fuesen a continuar así durante horas, casi indefinidamente. Pero, a la vigesimoquinta repetición, se callaron en seco.

Otro helicóptero había llegado. Se colocó sobre la multitud y luego descendió a escasos metros de donde se encontraba el Salvaje, entre la línea de espectadores y el faro. Luego, cuando el aparato tocó tierra y los motores se detuvieron, volvieron a estallar con

fuerza los mismos gritos repetitivos:

—¡El látigo! ¡El látigo!

La puerta del helicóptero se abrió y descendió primero un joven rubio de rostro enrojecido, y luego una chica con una gorra de béisbol, camisa blanca y pantalones cortos verdes de pana.

Al verla, el Salvaje se sobresaltó y retrocedió unos pasos.

La joven se detuvo, ofreciéndole una sonrisa temerosa. Transcurrieron unos segundos. La muchacha movió los labios para decir algo, pero su voz se ahogó en el ruidoso e insistente estribillo de los espectadores.

—¡El látigo! ¡El látigo!

La joven se llevó las manos al corazón. Una expresión desesperada de pasión sin límites y entrega total apareció en aquel rostro de muñeca, radiante como un melocotón. Sus ojos azules parecían hacerse más grandes, más luminosos. De pronto, dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Volvió a decir algo inaudible. Después, con un rápido y apasionado ademán, tendió sus brazos al Salvaje y avanzó unos pasos.

—¡El látigo! ¡El látigo! —repetían los espectadores.

De repente, tuvieron lo que querían.

—¡Maldita! —gritó el Salvaje, antes de abalanzarse sobre ella y empezar a azotarla.

Aterrorizada, Lenina dio media vuelta para huir, pero tropezó y cayó entre los brezos.

—¡Henry, ayúdame! —llamó a su compañero, pero este se había ocultado tras el helicóptero.

Con un alarido de gozosa exaltación, la gente se les acercó, atraída por el espectáculo de la sangre.

El Salvaje rechinó los dientes, dejó de azotar a Lenina, volvió el látigo contra sí y empezó a azotarse.

—¡Muere, muere! —se decía a sí mismo.

Asombrosamente, arrastrados quizá por el hábito de cooperación que su condicionamiento les había impuesto, los espectadores empezaron a imitar el frenesí de los gestos del Salvaje.

Fingían azotarle a él y a Lenina y entre sí, imitando el restallido del látigo con la boca.

Así permanecieron durante horas, hasta que se cansaron.

Había transcurrido la medianoche cuando el último de los

helicópteros emprendió el vuelo.

Exhausto por los azotes que le había dado a Lenina y se había dado a sí mismo, el Salvaje yacía durmiendo en el brezal.

El sol estaba ya muy alto cuando despertó. Siguió tumbado, parpadeando ante el resplandor. Luego, de pronto, lo recordó todo.

—¡Ay! —gritó, y se cubrió los ojos con una mano.

Aquella tarde, el enjambre de helicópteros que se aproximaba al faro formaba una oscura nube de diez kilómetros de longitud. Los violentos detalles de la noche anterior habían aparecido en todos los periódicos.

—¡Salvaje! —le llamaron los primeros en llegar, al descender de sus aparatos—. ¡Señor Salvaje!

No hubo respuesta.

La puerta del faro estaba entornada. Al empujarla, entraron en una penumbra de ventanas cerradas. A través de un arco, al fondo de la sala, podían ver la base de las escaleras que conducían a los pisos superiores. Unos pies se balanceaban justo bajo el vértice del arco.

—¡Señor Salvaje!

Despacio, muy lentamente, como dos temblorosas agujas de brújula, los pies giraban hacia la derecha, marcando el norte, el noreste, el este, el sureste, el sur, el sursuroeste. Se detuvieron y, al cabo de unos segundos, giraron, con idéntica lentitud, hacia la izquierda: sursuroeste, sur, sureste, este…

Apéndice

La elección del título

El título inglés de la novela, Brave New World, procede de las palabras que la joven Miranda, personaje de William Shakespeare en su obra La tempestad, acto IV, escena I, le dirige a su padre Próspero:

—¡Oh, espléndido mundo nuevo, poblado por tan hermosas criaturas!

Shakespeare escribió esas palabras en sentido irónico, porque Miranda, en su inocencia, desea verse pronto en un mundo maravilloso que desconoce y que en realidad no es tan espléndido.

A la hora de traducir Brave New World, la dificultad procede del término «brave», que significa «espléndido» y «maravilloso». Pero el título de Un mundo feliz ha triunfado desde que se tradujo por primera vez al español, en 1935, y en la práctica se ha hecho insustituible.

Curiosamente, la traducción francesa se titula Le meilleur des mondes (El mejor de los mundos), en alusión a una frase del libro Cándido, de Voltaire (1694-1778), donde se ironiza diciendo que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Estructura y personajes

La novela consta de 18 capítulos, divididos básicamente en tres partes: la descripción de la estructura social, política y científica del Estado Mundial; la estancia de Lenina Crowne y Bernard Marx en la Reserva de los salvajes y el intento de John el Salvaje y Linda, su madre, de adaptarse a la civilización, que conduce a la muerte de ambos.

En su prólogo de Un mundo feliz, titulado «El paraíso como pesadilla» (1989), Mario Vargas Llosa escribió: «Ocurre que hasta que no entran a actuar en ella [en la novela] Linda, John y las escorias de la Reserva, en Un mundo feliz no hay vida alguna, solo objetos, ideas y seres objetalizados por la ciencia y el acondicionamiento. Con el ingreso del Salvaje entra también, en la historia, lo inesperado, alguien con quien el lector puede identificar su propia experiencia».

Y es que, sobre todo en los tres primeros capítulos, los personajes apenas tienen ocasión de intervenir, y lo ignoramos todo sobre sus emociones y sus vivencias personales, ya que Huxley está empeñado en describirnos con detalle el Estado Mundial, la reproducción en el laboratorio, la jerarquía de las clases, el aprendizaje durante el sueño y los efectos del soma. En esos capítulos Aldous nos habla como el enciclopedista que es, el

escritor que informa de todo con exactitud y rigor, sin preocuparse de atender a los intereses del lector.

En uno de los ensayos de su libro A lo largo del camino (1925), titulado «Libros para el viaje», el propio Huxley confesó que su lectura favorita era la Enciclopedia Británica: «Cuando estoy lejos de casa, no transcurre un solo día sin que consulte uno de esos volúmenes. Es el libro de los libros. Volviendo sus páginas, escudriñando entre todos esos hechos fantásticamente variados que los azares de la disposición alfabética reúne, me regodeo. Es un vicio mental».

En las novelas situadas en el futuro suele haber personajes de buen grado aceptan las leyes prescritas, como en este caso Lenina Crowne y su amiga Fanny, que disfrutan limitándose a actuar como se espera de ellas, y los disconformes o inadaptados, que no se ajustan a la felicidad general o al menos son conscientes de que existen otros modos de vida.

En la novela hay al menos tres personajes de este tipo. Dos de ellos son Bernard Marx y Helmholtz Watson, ambos pertenecientes a la privilegiada clase de los Alfa. Marx padeció un leve error químico durante su gestación, que lo convirtió físicamente en un Gamma. Ese desajuste le impide mantener relaciones satisfactorias con los demás grupos o clases.

Otro inadaptado es Helmholtz Watson, cuyo exceso de inteligencia le impide estar satisfecho con su trabajo rutinario de redactar guiones y frases publicitarias para los cursos de hipnopedia, y aspira a escribir algo más creativo.

No es de extrañar que tanto Marx como Watson sean desterrados, el primero a Islandia y el otro a las Islas Malvinas.

El tercer inadaptado es John el Salvaje, que ha aprendido inglés leyendo las obras de Shakespeare y se siente abrumado sin los valores artísticos y espirituales de Malpaís. La falta de dignidad y el contraste de los pobladores del «Mundo Feliz» con las ideas de Shakespeare acerca del amor y el honor y con las tradiciones de los indios le llevan a huir de la civilización, a aislarse en un faro y a ahorcarse en el hueco de una escalera.

Es fácil suponer que, al escribir esta escena, Aldous Huxley evocara el triste final de otro inadaptado, su hermano Trevenen.

Lectores y críticos

En septiembre de 1931, Aldous Huxley escribió: «He estado muy ocupado en una tarea difícil: una novela a lo Jonathan Swift, es decir, una sátira, acerca del futuro. En ella se ponen de manifiesto los horrores de ciertas utopías y los espantosos efectos de la aplicación de la psicología, la fisiología y la mecánica a lo fundamental de la vida humana. Es un libro cómico, pero seriamente cómico».

Esta visión tragicómica, Un mundo feliz, apareció en enero de 1932 y fue

aclamada por la crítica y el público, con gran alivio para el autor, temeroso de la reacción de sus lectores ante una obra tan atrevida que, pese a su apariencia de farsa, advertía contra la imposición forzosa de las utopías y parecía poner en duda que la humanidad fuese capaz de resolver todos los problemas sociales y económicos.

«El señor Huxley ha demostrado su habitual maestría en Un mundo feliz», escribió Bertrand Russell. Y G. K. Chesterton (1874-1936), otro grande de las letras británicas, observó que, en contraste con el punto de vista de Huxley, las obras de H. G. Wells y de Bernard Shaw podían verse como el producto de unos optimistas ingenuos, y se congratuló de que el autor de Un mundo feliz hubiera sido lo suficientemente valiente como para burlarse no solo del Estado Mundial, del culto a Henry Ford y del viejo capitalismo, sino también del paraíso soñado del socialismo utópico.

Otras distopías

Aunque Un mundo feliz figura entre las principales novelas de la literatura distópica, no fue la primera. Ese lugar debe ocuparlo Nosotros, obra escrita por el autor ruso Evgueni Zamiatin (1884-1937). En 1919, Zamiatin concibió una novela en la que la ciudad de cristal y acero del Estado Único estaba separada por un muro del mundo salvaje, y la vida transcurría sometida a la autoridad de un personaje llamado el Bienhechor. No existía la vida privada, y el «yo» había dejado lugar al «nosotros». Publicado por primera vez en Reino Unido en 1924, el libro no tuvo verdadero éxito hasta que en 1929 se tradujo al francés, y hubo que esperar hasta 1988 para que apareciera en ruso, a causa de la censura.

Huxley siempre mantuvo que cuando empezó a escribir Un mundo feliz no había oído ni hablar siquiera de Nosotros, lo cual es evidentemente posible. En cambio, George Orwell, que en 1949 publicó 1984, sí reconoció expresamente su deuda con Zamiatin. De hecho, empezó a escribir su novela meses después de haber leído Nosotros y comentó que iba a utilizar la novela de Zamiatin como modelo.

1984 simula desarrollarse en ese año, en un Londres del futuro, parte de una región «que alguna vez fue llamada Inglaterra o Britania», integrada a su vez en un Estado llamado Oceanía, donde gobierna un partido único acaudillado por el omnipresente y vigilante Gran Hermano, guardián de la revolución, comandante en jefe y juez supremo. La novela cuenta la rebelión de Winston Smith, que trabaja en el Ministerio de la Verdad, donde reescribe la historia permanentemente, y de una joven rebelde llamada Julia, que tampoco soporta una sociedad donde la intimidad y el pensamiento libre están prohibidos.

El escritor y crítico social Neil Postman (1931-2003) comparó ambos libros, Un mundo feliz y 1984: «Orwell temía a aquellos que prohibían los

libros; lo que Huxley temía era que no hubiera ninguna razón para prohibir un libro, porque no habría nadie que quisiera leerlo. (…) Orwell temía que se nos ocultara la verdad; Huxley temía que la verdad se ahogara en un mar de irrelevancia. Orwell temía que nos convirtiésemos en una cultura cautiva; Huxley temía que nos convirtiésemos en una cultura trivial».

En una carta que escribió a George Orwell a propósito de 1984, Huxley expresó su convicción de que los gobernantes del mundo acabarían descubriendo que el condicionamiento infantil y la hipnopedia, es decir, dos de los procedimientos para controlar a la población mencionados en Un mundo feliz, eran más eficaces que las prisiones y otros castigos, y que la mejor manera de asegurarse el poder era hacer que la gente estuviera contenta y entretenida.

Por eso, en Un mundo feliz, el Estado Mundial se sirve de tantos entretenimientos para distraer a la población: el sexo, el consumo de ropa, el sensocine, la música sintética, el órgano de perfumes y el deporte colectivo —el individual podría generar frustración— son los pilares del ocio en esta civilización escapista, que además siempre puede recurrir al soma como salvavidas.

En la actualidad, muchos críticos citan a los tres autores, Zamiatin, Huxley y Orwell, conjuntamente, como padres del género de la distopía, y consideran que las similitudes entre sus novelas pueden considerarse como expresión de los temores y preocupaciones comunes ante el auge de los totalitarismos y el rápido avance de la tecnología y la sociedad de consumo en la época en que fueron escritas.

Después de Un mundo feliz

Inmediatamente después de publicar Un mundo feliz, Aldous emprendió la redacción de otra novela, Ciego en Gaza, donde describió cuatro períodos de la vida de un miembro de la alta sociedad inglesa, Anthony Beavis, entre los años 90 del siglo XIX, cuando todavía era un chico, y 1936. Los hechos, sin embargo, no se cuentan en orden cronológico. Por ejemplo, el libro empieza el 30 de agosto de 1933, sigue el 4 de abril de 1934, continúa al día siguiente y vuelve al 30 de agosto de 1933, para pasar al 6 de noviembre de 1902. Al final, tras el suicidio de un amigo, Beavis empieza a buscar el sentido de la vida, y parece encontrarlo en el pacifismo y el misticismo.

Antes de viajar a Estados Unidos en 1937, Aldous publicó otros libros de ensayos y de viajes. Había planeado permanecer solo nueve meses en el país, pero se quedaría para siempre. En Hollywood, los Huxley trabaron amistad con actores y directores de cine, y Aldous fue contratado como guionista.

Escribió los guiones de Más fuerte que el orgullo (1940) —adaptación cinematográfica de la novela Orgullo y prejuicio de Jane Austen (1775-1817)

— y Jane Eyre —adaptación de la novela de Charlotte Brontë (1816-1855) del mismo nombre—. Algunos de sus guiones, como el que redactó para una película biográfica sobre Marie Curie o el que Walt Disney le encargó sobre Alicia en el país de las Maravillas, la novela de Lewis Carroll (1832-1898), no llegaron a rodarse. Durante ese tiempo ganó bastante dinero, parte del cual invirtió en ayudar a los refugiados alemanes que se instalaron en Estados Unidos, huyendo de los nazis.

El mundo de Hollywood quedó retratado en dos novelas: Viejo muere el cisne (1939), que cuenta la historia de un millonario hollywoodiense, Jo Stoyle, que teme la muerte y busca la inmortalidad, y en Mono y esencia (1948), otra distopía, donde se transcribe un guion cinematográfico que escenifica la destrucción del mundo a consecuencia de una guerra nuclear.

Y es que las incursiones de Huxley en el cine no le impidieron seguir cultivando otros géneros literarios ni, alternándolos, continuar meditando sobre los problemas centrales de la vida. Con el paso del tiempo aumentó su interés por los temas que podríamos llamar espirituales, como la parapsicología, el misticismo y las drogas psicodélicas, lo que le proporcionó nuevos lectores entre los jóvenes.

En 1955, Maria, su mujer, falleció de cáncer. Al año siguiente, Aldous se casó con Laura Archera, violinista y psicoterapeuta de origen italiano, que durante un tiempo había sido amiga y compañera del matrimonio.

Huxley consagró al futuro de la humanidad al menos dos obras literarias más. Una es la colección de ensayos Nueva visita a un mundo feliz, donde el autor hace autocrítica de su propia novela y se pregunta qué cambiaría de ella. Por ejemplo, se asombra de que Un mundo feliz no contenga referencia alguna a la fisión nuclear, que le habría servido, entre otras cosas, para propulsar los cohetes y helicópteros que aparecen en el libro.

El futuro de la humanidad también es el tema principal de La isla (1962), su última novela y también su última y definitiva utopía. En dicha obra, Aldous construyó en un océano Pacífico imaginario un nuevo paraíso, la isla de Pala, una especie de contrapunto a la civilización de Un mundo feliz que aúna lo mejor de Oriente y Occidente y cuyos habitantes han optado por detener la industrialización. También tienen su soma, que en Pala se llama «moksha».

Los últimos tiempos

En la tarde del 12 de mayo de 1961, Aldous daba su habitual paseo por las colinas que se encuentran al norte de Hollywood cuando alguien le advirtió de que su casa estaba ardiendo. Aldous regresó apresuradamente. Entró en la casa en llamas y consiguió rescatar el manuscrito final de La isla y el violín Guarnieri de Laura. Cuando se disponía a volver a entrar, unos niños le convencieron de que no debía arriesgarse.

En el incendio se perdieron muchos recuerdos: el diario de Maria, su

primera esposa, donde ella había anotado todos los sucesos de su vida en común; cientos de cartas de sus amigos escritores: H. G. Wells, D. H. Lawrence, Virginia Woolf…; los manuscritos de muchas de sus obras; sus tres mil libros con notas al margen; los cuadernos llenos de ideas para nuevas obras, y una primera edición impresa del Cándido de Voltaire, herencia de Thomas Henry Huxley, el patriarca de la familia.

Aldous, que ya se sabía enfermo de cáncer desde hacía unos meses, aceptó la pérdida con serenidad ejemplar, e incluso ironizó al describir el suceso: «Aquella pandilla de niños me impidió volver a entrar en la casa antes de que llegaran los equipos móviles de la televisión, que, por cierto, accedieron al lugar media hora antes que los bomberos que, de haberse apresurado un poco, podrían haber salvado la casa».

Su último libro, publicado en septiembre de 1963, dos meses antes de su fallecimiento, fue Literatura y ciencia, un bellísimo ensayo donde constató las diferencias entre ambos campos, el literario y el científico, e insistió en su mutuo desconocimiento. Se quejó, en particular, de que los poetas contemporáneos siguiesen cantando a los ruiseñores como hacían dos siglos antes, sin reflejar las aportaciones de los etólogos, y abogó por una reconciliación o aproximación, que creía posible y de la que él era uno de los más evidentes ejemplos.

«Les guste o no, la nuestra es la Edad de la Ciencia», escribió, dirigiéndose a los escritores de ficción. Y, más adelante: «La condición previa de cualquier relación fructífera entre literatura y ciencia es el conocimiento, que debe fluir en ambas direcciones: desde la ciencia a la literatura y también desde la literatura a la ciencia».

Murió en su casa el 21 de noviembre de 1963.

Los periódicos de todo el mundo publicaron la noticia en páginas interiores, porque horas antes había sido asesinado el presidente de Estados Unidos, J. F. Kennedy.

El legado

Un mundo feliz hizo que Aldous Huxley fuese considerado uno de los testigos más lúcidos de nuestro tiempo. La novela sigue figurando entre los libros escritos en inglés más editados, traducidos y leídos, y con frecuencia aparece en las listas de las novelas más influyentes de todas las épocas. Prueba de su actualidad es que Royal Mail, la empresa británica de servicios postales y mensajería, la eligió en 2021 para figurar en una serie de sellos dedicados a las novelas británicas clásicas de ciencia ficción, junto con Frankenstein (1818), de Mary Shelley (1797-1851), y La máquina del tiempo (1895), de H. G. Wells.

La novela ha sido llevada varias veces al teatro, a la radio, al cine y a la televisión. Algunas versiones son muy libres; otras han sido actualizadas para

introducir elementos del presente. En la miniserie creada por David Wiener (2020), de la que llegaron a emitirse nueve episodios, un sistema de inteligencia artificial llamado Indra conecta a los ciudadanos a través de una red inalámbrica.

Edición en formato digital: septiembre 2024

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Un mundo feliz,* existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Vicente y Laura Muñoz Puelles, 2024
© De la ilustración: Xavier Bonet, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-143-4124-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.